



El legado de Rafael Lapesa Valencia, 1908 - Madrid, 2001

El legado de Rafael Lapesa Valencia, 1908 - Madrid, 2001

Rafael Lapesa

JUAN DE VALDÉS
LOGO DE LA LENGUA

Relación, estado y usos
por
RAFAEL LAPESA
Catedrático de Filología
PRIMERA EDICIÓN ILUSTRADA



HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

CELICER, S. L.
BUENOS AIRES
Editorial Espasa, S. A.
Cataluña, 150
CÁDIZ
Editorial Celis, S.
Valencia, 44 y 46

DECIR
MARQUÉS



tema: su última lección
Clavell, 1952, Mayo-Junio

... Poco a poco se dará una idea tan perfecta de inteli-
capacidad creadora y generosa vitalidad. Alto, robusto, de
razones; alegre, entusiasta y cordial, era ejemplar magnífico
y completa. Por eso fue debilmente pensoso saber que lo iba
un mundo irremediable. El lo ignoró durante mucho tiempo, con esa
que aparta a los enfermos de averiguar sus propios males. En
después, aliviado pasajeramente, volvió a sentir en
los días remata. Con todo, su progresivo decaimiento
vechos muy queridos; así, con melancolía, hablaba
sobre Fray Luis de León como de cosas imposibles
elaborar sus muchas notas para un
ta inevitable que seudiese a l

LOS AUXILIARES, M
TENCIA Y CAMBIO

INDICES
DE FORMA Y F

Genova Malin, Car.
de la posion
15(1) RES

RAFAEL LAPESA
DE LA EDAD MEDIA
A NUESTROS DÍAS
DIOS DE HISTORIA LITERA

INTRODUCCION A LOS ESTUDIOS LITERARIOS



NARRATIVAS
DE SANTILLANA

DO EL DÍA 21 DE MARZO
EXCELENCIA FENIXSA, POR EL

RAFAEL LAPESA MELGAR

Y COMPTON DEL
Sr. D. ALONSO



MADRID
1954

DALES

Rafael Lapesa
La trayectoria
de Garcilaso
Alianza Universida

SO

Quando me par
e a ver los pa
hillo, segun
qu'a mayor
Mas cuando de
a tanto mal
se, que ni a
ver acabar
Yo acabaré, q
a quien lab
si ella quis
Que pues ma
la suya en

serranillas



marqués de santillana

SINTAXIS. GENERALIDADES

BERNABÉ, Alberto

Rafael Lapesa E

LENGUA Y CULTURA
LINGÜÍSTICA HISTÓRICA.
Hª de la Lingüística

RAFAEL LAPESA

Fragmentos de mi
Vidas

DE BERCEO
A JORGE GUILLÉN

ESTUDIOS LITERARIOS



RAFAEL LAPESA



EXPOSICIÓN “EL LEGADO DE RAFAEL LAPESA (VALENCIA, 1908-MADRID, 2001)”

Organizan: Universitat de València, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Biblioteca Valenciana

Colabora: Diputación de Valencia

Lugar: Sala Permanente de la Biblioteca Valenciana. Monasterio de San Miguel de los Reyes, Av. de la Constitución, 284, Valencia

Fechas: De 14 de mayo al 14 de septiembre de 2008

Comisariado: María Teresa Echenique Elizondo, Francisco Javier Satorre Grau

Coordinación técnica: Miguel C. Muñoz Feliu (Biblioteca Valenciana)

Colaboradores: Salvador Chapa Villalba (Biblioteca Valenciana), Juan Galiana Chacón (Biblioteca Valenciana), Claudia Simón Aura (Biblioteca Valenciana), Fernando Lliso Bartual (Biblioteca Valenciana)

Fotografía y digitalización: Maque Falgás, Moisés Montañés Bori (Biblioteca Valenciana)

Restauración: Pepe Vergara (Biblioteca Valenciana), Mar Bensach (Biblioteca Valenciana)

Montaje: J. M. Trans

Diseño: Espirelius

Agradecimientos: Eloísa Palomar, Purita Pujol Lago

SIMPOSIO INTERNACIONAL “EL LEGADO DE RAFAEL LAPESA (VALENCIA, 1908-MADRID, 2001)”

Organizan: Universitat de València, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Biblioteca Valenciana

Colaboran: CEFIRE de Valencia y Diputación de Valencia

Lugar: Salón de Actos de la Biblioteca Valenciana. Monasterio de San Miguel de los Reyes, Av. de la Constitución, 284, Valencia

Fechas: 14, 15 y 16 de mayo de 2008

Comité científico: José Jesús de Bustos Tovar (Universidad Complutense de Madrid), Paloma García Bellido (University of Oxford), Juan Sánchez Méndez (Université de Neuchâtel), Javier Satorre Grau (Universitat de València), M.^a José Martínez Alcalde (Universitat de València), María Teresa Echenique Elizondo (Universitat de València)

Comité organizador: María Teresa Echenique Elizondo (Universitat de València), Javier Satorre Grau (Universitat de València), M.^a José Martínez Alcalde (Universitat de València), Fernando Lliso Bartual (Biblioteca Valenciana), Juan Galiana Chacón (Biblioteca Valenciana), Claudia Simón Aura (Biblioteca Valenciana), Salvador Chapa Villalba (Biblioteca Valenciana), Miguel C. Muñoz Feliu (Biblioteca Valenciana)

CATÁLOGO “EL LEGADO DE RAFAEL LAPESA (VALENCIA, 1908-MADRID, 2001)”

Autores:

Pedro Álvarez de Miranda (Universidad Autónoma de Madrid)
Francisco de Bustos Tovar (Universidad Complutense de Madrid)
José Jesús de Bustos Tovar (Universidad Complutense de Madrid)
María Teresa Echenique Elizondo (Universitat de València)
Antonio Lago Carballo (Fundación Ramón Menéndez Pidal)
Luisa López Grijera (Ann Arbor)
Francisco Javier Satorre Grau (Universitat de València)
Salvador Chapa Villalba (Biblioteca Valenciana)
Claudia Simón Aura (Biblioteca Valenciana)

Corrección de estilo: Albert del Toro Boiza (Biblioteca Valenciana)
Fotografía y digitalización: Maque Falgás, Moisés Montañés Bori (Biblioteca Valenciana)
Diseño: Paco Giménez Ortega
Coordinación técnica: Àfrica Ramírez Olmos

Editan:



Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas
Directora General del Libro, Archivos y Bibliotecas: Silvia Caballer Almela
Monasterio de San Miguel de los Reyes. Avda. Constitución, 284, 46019 Valencia.
<http://bv.gva.es>



Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales
C/ Fernando el Santo, 15 - 1ª planta
28010 Madrid
<http://www.secc.es>

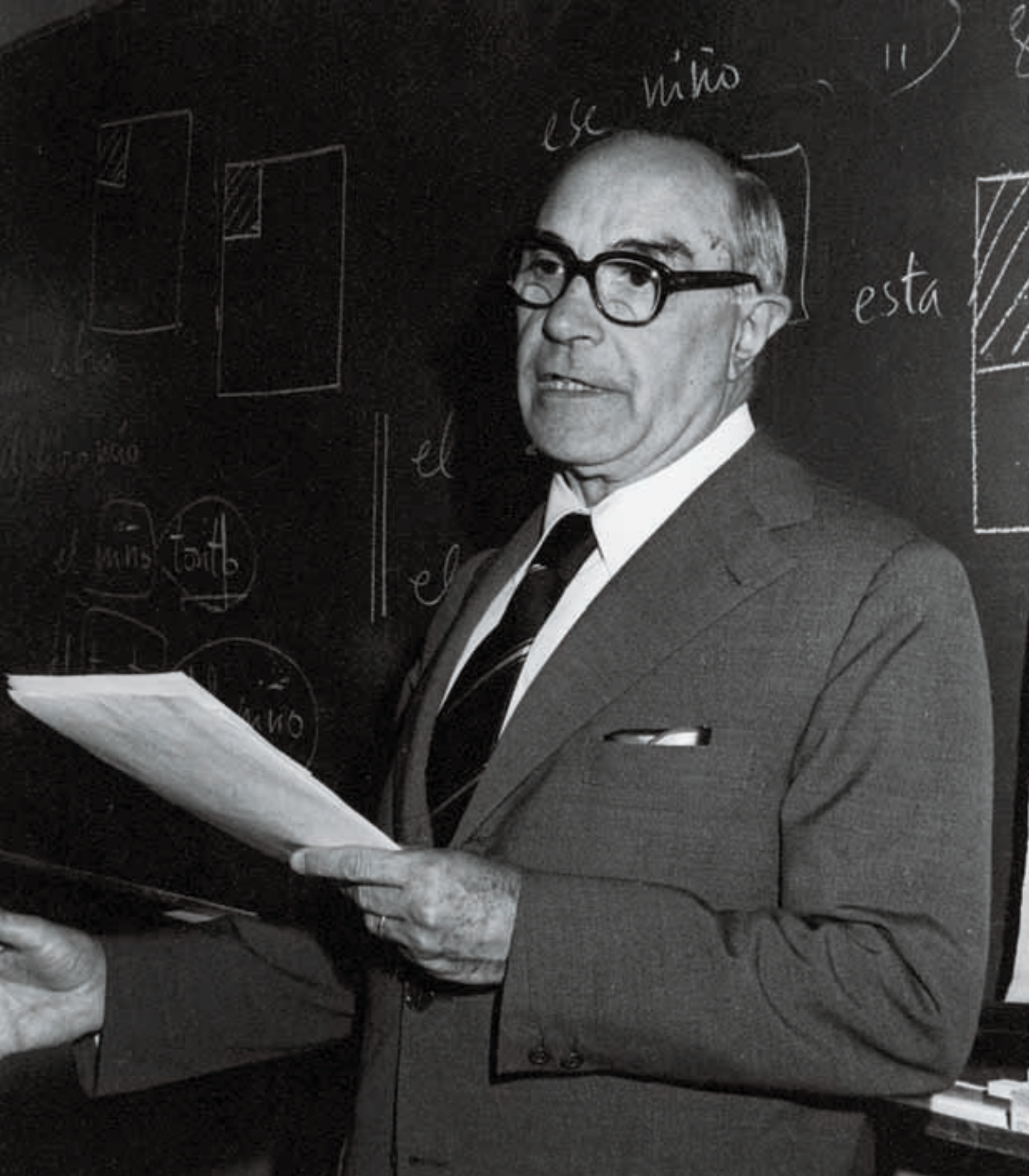
© De la presente edición: Biblioteca Valenciana. Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas
y Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales

© De los textos: sus autores
© De las piezas: sus propietarios
© De la fotografía de portada: Maque Falgás.

Impresión: LAIMPRESA CG

ISBN: 978-84-482-4943-4
Depósito Legal: V-2156-2008

Reservados todos los derechos.
No se permite reproducir, almacenar
en sistemas de recuperación de información
ni transmitir alguna parte de su publicación,
cualquiera que sea el medio empleado
(electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.),
sin el permiso de los titulares de
la propiedad intelectual





El legado de Rafael Lapesa Valencia, 1908 - Madrid, 2001

VNIVERSITAT
ID VALÈNCIA

GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE CULTURA I ESPORT
Biblioteca Valenciana



Colabora:



Prólogos

César Antonio Molina (Ministerio de Cultura)	9
Trini Miró (Conselleria de Cultura y Deporte)	11
Francisco Tomás Vert (Universitat de València)	13
Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales	15
Lapesa en la Academia	17
Pedro Álvarez de Miranda (Universidad Autónoma de Madrid)	
Rafael Lapesa en el marco de la Generación del Veintisiete	31
Francisco de Bustos Tovar y José de Bustos Tovar (Universidad Complutense de Madrid)	
Semblanza de un maestro en el centenario de su nacimiento	43
María Teresa Echenique Elizondo (Universitat de València)	
Don Rafael y la Fundación Ramón Menéndez Pidal	55
Antonio Lago Carballo (Fundación Ramón Menéndez Pidal)	
El legado de Rafael Lapesa en EE.UU.	63
Luisa López Grijera (Ann Arbor, Michigan)	
El profesor Rafael Lapesa	79
Francisco Javier Satorre Grau (Universitat de València)	
Los libros en la vida de Rafael Lapesa	
Salvador Chapa Villalba (Biblioteca Valenciana)	91
Archivo personal de Rafael Lapesa Melgar	
Claudia Simón Aura (Biblioteca Valenciana)	117

MINISTERIO DE CULTURA

Ministro: César Antonio Molina

Subsecretaria: María Dolores Carrión

Con motivo del centenario del nacimiento de Rafael Lapesa Melgar, el Ministerio de Cultura ha tenido la satisfacción de organizar, a través de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, esta exposición coproducida junto a la Biblioteca Valenciana y la Universidad de Valencia, que recoge el legado cultural aportado por el filólogo hispánico, uno de los máximos intelectuales españoles del siglo xx, cuya actividad ha quedado plasmada en una obra integradora de la historia lingüística y literaria peninsular.

El hecho de que Rafael Lapesa, filólogo, lingüista e historiador de la lengua, naciera en el seno de una familia hondamente preocupada por la formación cultural de los ciudadanos fue, sin duda, fundamento sólido para su vocación educativa, consolidada después en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, donde adquirió la tolerancia respetuosa que le acompañó a lo largo de su vida. Sus estudios universitarios y la sólida formación integral recibida a través del magisterio de Menéndez Pidal y de Américo Castro, cimentaron su dedicación a la historia de la lengua española en el Centro de Estudios Históricos de la Junta, y le prepararon para ocupar, en 1947, la Cátedra de Gramática Histórica –después denominada Historia de la Lengua Española– de la Universidad Central de Madrid.

Superados a partir de entonces los avatares sufridos como miembro y principal responsable en Madrid del Centro de Estudios Históricos durante la Guerra Civil, repartió su tiempo entre la Universidad y la Real Academia Española, con algunas salidas al extranjero: primero a Estados Unidos, donde estuvo en las Universidades de Princeton, Harvard, Yale, Berkeley y Wisconsin; y después, a universidades europeas e hispanoamericanas, principalmente en Argentina y México. Su jubilación no redujo en modo alguno su actividad, ya que continuó impartiendo cursos monográficos en el Colegio Libre de Eméritos y dictó cursos como profesor invitado. La importancia de su persona y de su obra queda reflejada en el gran número de nombramientos, premios, doctorados *honoris causa* y galardones recibidos a uno y otro lado del océano.

El conjunto de las piezas reunidas en *El legado de Rafael Lapesa* se conserva en la Biblioteca Valenciana de San Miguel de los Reyes, espacio en el que se exhibe la exposición y que, simultáneamente, acoge a los investigadores que quieren adentrarse en el estudio de su obra, ya que la Biblioteca custodia no sólo su archivo sino también su biblioteca personal, configurando un legado que, por fortuna, se mantiene unido.

Quiero agradecer el trabajo de los equipos pertenecientes a las instituciones que han participado en este proyecto, y de manera muy especial la labor de los comisarios de la exposición, gracias a los cuales se ha podido aportar una mayor luz sobre la contribución de Rafael Lapesa al mundo de las letras y las humanidades.

César Antonio Molina

Ministro de Cultura

CONSELLERIA DE CULTURA Y DEPORTE

Consellera de Cultura y Deporte: Trini Miró

Secretario Autonómico de Cultura: Rafael Miró Pascual

Directora General del Libro, Archivos y Bibliotecas: Sílvia Caballer Almela

La Generalitat no podía dejar pasar la oportunidad del centenario del nacimiento del profesor Rafael Lapesa Melgar (Valencia, 8 de febrero de 1908) para conmemorar dicho evento y, al tiempo, ofrecer la posibilidad de conocer de primera mano su biblioteca y archivo personales, adquiridos por la Biblioteca Valenciana en el año 2002.

Su vivencia en nuestra Comunitat tan sólo llegó hasta los ocho años, ya que en diciembre de 1916 su padre decidió trasladar a Madrid a toda la familia. Pese a ello, la remembranza de su infancia valenciana le acompañó toda su vida y la hizo patente, a través de sus propios textos, en más de una ocasión.

La influencia de Rafael Lapesa en los estudios lingüísticos contemporáneos ha sido decisiva, especialmente en los campos de la historia lingüística, la historia de la lengua literaria y la crítica literaria. Su Historia de la lengua española ha sido libro de cabecera de diversas generaciones de estudiosos de la lengua y su labor al frente del Diccionario histórico de la lengua ha sido encomiable.

Resulta difícil destacar alguno de sus numerosos méritos: catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española en la Universidad de Madrid, miembro de la Real Academia Española y de la Academia de Historia, diversos doctorados honoris causa o los premios Príncipe de Asturias de las Letras, Amado Alonso de la República Argentina o la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. Sin embargo, los rasgos que mejor lo definen son su exigente actitud de crítica, su brillante inteligencia aplicada al trabajo científico y sus profundos conocimientos que, unidos a su magisterio amable y exigente, generoso y enriquecedor, del que han disfrutado todos los que con él han colaborado y estudiado, conforman un temperamento intelectual que le ha hecho capaz de crear en silencio una gran escuela y lo hacen merecedor de la exposición y el simposio de homenaje que se le tributa en la Biblioteca Valenciana.

Su biblioteca ya puede ser consultada en su totalidad, y su archivo se encuentra en fase de descripción para ser puesto, lo antes posible, al alcance de cualquier investigador interesado. En todo caso, sirva como entremés de este festín cultural el presente catálogo y la exposición que introduce, donde los curiosos podrán encontrar una acertada visión de la vida y de la obra del reconocido filólogo y maestro de maestros, don Rafael Lapesa.

Trini Miró

Consellera de Cultura y Deporte

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Rector Universitat de València: Francisco Tomás Vert

Vicerector de Cultura: Rafael Gil Salinas

Rafael Lapesa Melgar, filólogo, profesor y académico, cimentó en Valencia el valor de la responsabilidad que le acompañó a lo largo de su extensa y fecunda vida. Durante su niñez, su padre Ricardo Lapesa, valenciano de Viver fundó colegios de Segunda Enseñanza en diferentes puntos de la Comunitat Valenciana (Pedreguer, Lliria, Sueca, Vila-real y Burriana), y aquí recibió su formación primaria, en su propia casa; fueron sus hermanas mayores las encargadas de enseñarle a leer y a escribir antes de trasladarse a Madrid, donde realizó sus estudios y residió la mayor parte de su vida.

Su trayectoria profesional puede ser calificada de excepcional: enseñó en universidades españolas y norteamericanas, fue miembro de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia, y recibió numerosos galardones. Cultivó la Filología entendida como disciplina de estudio integrador de la lengua y su literatura, inseparables, a su vez, de la historia, siguiendo en ello la estela de sus maestros Menéndez Pidal y Américo Castro. Ha sido, no obstante, la dedicación a las tareas docentes la impronta con la que verdaderamente ha quedado sellada su personalidad: queda constancia de ello en las más de cien tesis doctorales que llegó a dirigir y en los muchos discípulos continuadores de su obra que hay repartidos a lo largo y ancho del orbe universitario.

Es casi seguro que todo el que se acerque a la exposición presentada en este catálogo lo hará con un conocimiento previo, en mayor o menor grado, de quien protagoniza sus páginas: sus avatares biográficos, su espléndido currículum profesional y académico, su extensa obra filológica, su ejemplar personalidad humana; pero, sin duda, la celebración del centenario de su nacimiento en Valencia ha aportado nueva luz a su propia persona y a la ciudad en la que vivió sus primeros ocho años, tal como queda de manifiesto en el legado recogido en esta muestra expositiva sobre su vida y obra.

La Universitat de València acogió a Rafael Lapesa como doctor *honoris causa* en su claustro desde 1985. Hoy, en el centenario de su nacimiento, quiere recordar con satisfacción la vida y la obra de quien ha transmitido un magisterio que hoy sigue estando plenamente vigente en nuestra Universitat.

Francisco Tomás Vert

Rector Magnífico de la Universitat de València

SOCIEDAD ESTATAL DE CONMEMORACIONES CULTURALES

Presidente: José García-Velasco

Gerente: Ignacio Ollero Borrero

Directora de Proyectos: Carlota Álvarez Basso

Directora de Estudios y Publicaciones: Amaya de Miguel Sanz

Directora del Gabinete del Presidente: Laura Manzano Baena

Jefa de Prensa y Comunicación: Rosa Valdelomar Martínez-Pardo

Consejo de Administración

Presidente: José García-Velasco

Vocales

Concepción Becerra Bermejo

Rogelio Blanco Martínez

Fernando Escribano Mora

José Aurelio García Martín

Jesús Manuel Gómez García

José Ramón González García

Sixto Heredia Herrera

Javier Lanza García

José Luis Martín Rodríguez

José Luis Pérez Iriarte

Mercedes Reig Gastón

María Jesús Rodríguez de Sancho

Francisco Javier Sandomingo Núñez

Alberto Valdivieso Cañas

Secretario: Manuel Esteban Pacheco Manchado

La **SOCIEDAD ESTATAL DE CONMEMORACIONES CULTURALES (SECC)** ha organizado, junto a la Biblioteca Valenciana y la Universitat de València, esta exposición dedicada a la memoria de uno de los intelectuales más destacados del Centro de Estudios Históricos, creado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Esta exposición se integra, por tanto, en el programa que la SECC dedica desde 2005 a la Edad de Plata, y más concretamente a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas cuyo centenario iniciado en 2007 se prolonga hasta 2010, fecha de creación de los principales centros de la Junta, como el Instituto de Física y Química, la Residencia de Estudiantes o el propio Centro de Estudios Históricos, todos ellos creados en 1910. Gracias a esta afortunada conjunción la celebración del centenario de Lapesa se integra en el programa más amplio del centenario de la Junta, institución que le forjó como el intelectual y como el hombre cabal que siempre fue, y a la que permaneció espiritualmente vinculado y fiel a su memoria durante toda su vida.

La muestra repasa una vida dedicada con inteligencia y rigor a la transmisión del conocimiento y al cultivo de la lengua española, iniciándose en su infancia (cuando se forjara su vocación), deteniéndose después en la carrera desarrollada sobre todo en Madrid –vinculado a la Universidad Central y a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, instituciones ambas que le dotaron de un bagaje cultural de excepción, y más tarde a la Real Academia Española dirigida, como antes el Centro de Estudios Históricos, por su maestro don Ramón Menéndez Pidal– y en varias universidades extranjeras, y apoyada por un círculo intelectual de colegas amigos como Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Xavier Zubiri, Julián Marías, José Antonio Maravall o Pedro Laín Entralgo cuyo centenario también estamos celebrando. En este periplo se destacan sus contribuciones a la historia de la lengua común, y, sobre todas las cosas, su ejercicio en el aula: disciplinado, riguroso en la exactitud, medido en el tono, prudente en el método, apasionado en la convicción.

La SECC quiere agradecer su esfuerzo al equipo que ha trabajado, con rigor, en la organización de esta muestra, y de manera muy especial a sus comisarios, que a través del legado de Rafael Lapesa (custodiado en la Biblioteca Valenciana de San Miguel de los Reyes) nos acercan a uno de los maestros en el estudio de la lengua en un momento capital de la historia de la cultura española.

Rafaela



Lapesa en la Academia

Pedro Álvarez de Miranda

Universidad Autónoma de Madrid

lapesa

Verano de 1927. Un joven de 19 años se incorpora, llevado por quien ha sido su profesor de Latín en el instituto, a una sala de la Real Academia Española. Se trabaja allí en la preparación de una obra que va a llamarse *Diccionario histórico de la lengua española*. La tarea del joven aprendiz consiste en copiar textos previamente seleccionados que respaldan las definiciones de cada palabra o acepción. Su instructor es un hombre de cierta edad, menudo, que musita sentencias con aire misterioso. Sorprendido de que el alevín de lexicógrafo se atreva a cuestionar, en ocasiones, la adecuación de un texto al significado que se le atribuye, y a proponer otra interpretación, aquel gnomo bondadoso le espeta: “Usted será académico algún día”.

Pero la asistencia del joven a aquel taller dura muy poco. En septiembre de ese mismo año otro profesor suyo, en este caso de la universidad, le ofrece un puesto de becario en el Centro de Estudios Históricos (hay una plaza vacante, provocada por el fallecimiento en trágico accidente de un joven y prometedor dialectólogo). El recién licenciado acepta, y al poco está trabajando, a las órdenes nada menos que del director del Centro, en tareas que, casualmente, son también lexicográficas: la elaboración de un glosario de las voces romances presentes en los documentos que sustentan la gran obra de investigación que el maestro acaba de dedicar al momento auroral de la historia del idioma.

Desvelar el elenco de las *dramatis personae* es prácticamente innecesario en unos casos, y no, tal vez, en otros. Empezando por el final: el director del



Medalla del Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española.
[Colección particular. Fotografía de Maque Falgás.]

Centro de Estudios Históricos era, naturalmente, don Ramón Menéndez Pidal. El profesor universitario del joven, don Américo Castro. El malogrado investigador se llamaba Pedro Sánchez Sevilla. Aquel enigmático colaborador del primer *Diccionario histórico* era, en el relato de la anécdota que nos dejó su protagonista, un Sr. Bueso que, si no me equivoco, se llamaba don Agustín Manuel Bueso y Rucabado. El catedrático de Latín, y además académico, era don Vicente García de Diego. El joven protagonista lo es también de esta exposición y catálogo, conmemorativos del centenario de su nacimiento: don Rafael Lapesa Melgar.

Tras aquel muy fugaz paso por la Academia en 1927, la relación estable de Lapesa con la institución comienza veinte años después, cuando en 1947 (el mismo año en que obtiene su cátedra universitaria) ingresa por oposición en el recién fundado Seminario de Lexicografía. Esa relación durará ya más de medio siglo, y será extraordinariamente fructífera.

En varias ocasiones la ha evocado y explicado yo la persona que, sin duda, mejor la conoce (porque la conoce, además, testificalmente), el también académico Manuel Seco: en el homenaje que la Corporación tributó al maestro al cumplir los 80 años; en un artículo en *Ínsula* con motivo de los 90; en su necrología académica; en otro homenaje, en fin, póstumo, de la Universidad Complutense. También, naturalmente, en sus fundamentales trabajos sobre el *Diccionario histórico*. Tras todo lo cual será fácil comprender mi embarazo: las cuartillas que para esta ocasión se me han pedido, sobre un maestro mío, no podrán ser sino pálido eco de las excelentes ya escritas por otro maestro mío. Me viene aquí al recuerdo la dedicatoria de un trabajo de don Rafael, el titulado “Tendencias y problemas actuales de la lengua española”: uno de sus destinatarios era, precisamente, Manuel Seco, “a quien cito de una vez –se leía en ella– para no citarlo en cada párrafo”. Salvadas todas las (insondables) distancias, me encuentro en similar tesitura. Pero adueñarme del recurso sería redoblar el pillaje. De modo que mencionaré o citaré a Seco cuantas veces sea preciso.

Aquella obra en la que Rafael Lapesa trabajó por muy breve plazo, en el verano del 27, había empezado a prepararse en 1914, y de ella llegaron a publicarse dos tomos, en 1933 y 1936. Llevaron por título *Diccionario histórico de la lengua española*, pero se trataba, en realidad, de una especie de “diccionario de autoridades” ampliado en su cobertura cronológica respecto al que antonomásticamente se conoce como tal, el de 1726-1739. Fiel, en líneas generales, a la macroestructura y la microestructura del diccionario usual de 1925, agregaba citas, cuando estaba en su mano hacerlo, a las definiciones de este. Padecía debilidades y lagunas que no hace aquí al caso exponer (¿y que tal vez entrevió



Medalla de la Orden de Andrés Bello.

[Colección particular. Fotografía de Maque Falgás.]



Entrega de la medalla de la Universidad Complutense.
[Colección particular.]



Recepción en el Palacio de la Zarzuela.
[Colección particular.]

aquel joven de 19 años?). Baste decir, porque es detalle significativo, que, según se desprende del segundo tomo, la Academia había encomendado la confección de la obra a una “Comisión del Diccionario de Autoridades”, tres de cuyos miembros (García de Diego, Cotarelo Valledor y Casares) se repartían en calidad de “ponentes” responsables el tramo alfabético cubierto por dicho tomo.

Es difícil aventurar qué hubiera sido de ese diccionario si la guerra civil no hubiera existido. Paralizada la publicación en la entrada *cevilla*, cuando la Academia de la posguerra volvió sobre el proyecto lo hizo con muy débil empeño; pronto creyó conveniente “revisar el plan primitivo”, y “en vista de las deficiencias observadas, [decidió] emprender una obra

de nueva planta sobre bases más sólidas, con mayor amplitud de criterio y con materiales más abundantes y de mejor calidad”. Estas palabras las escribe la persona que pilota el cambio de rumbo, don Julio Casares. En coincidencia temporal con un admirable manifiesto de Menéndez Pidal, “El diccionario que deseamos” (1945), o acaso espoleado por él, Casares, un lingüista autodidacto y excepcionalmente dotado, buen conocedor de la lexicografía extranjera, concibe el ambicioso proyecto para un diccionario “total”, un nuevo *Diccionario histórico de la lengua española* paladinamente inspirado en el modelo del *Oxford English Dictionary*. Para llevarlo a cabo, promueve y consigue la fundación, en el seno de la Academia, del Seminario de Lexicografía (1946).

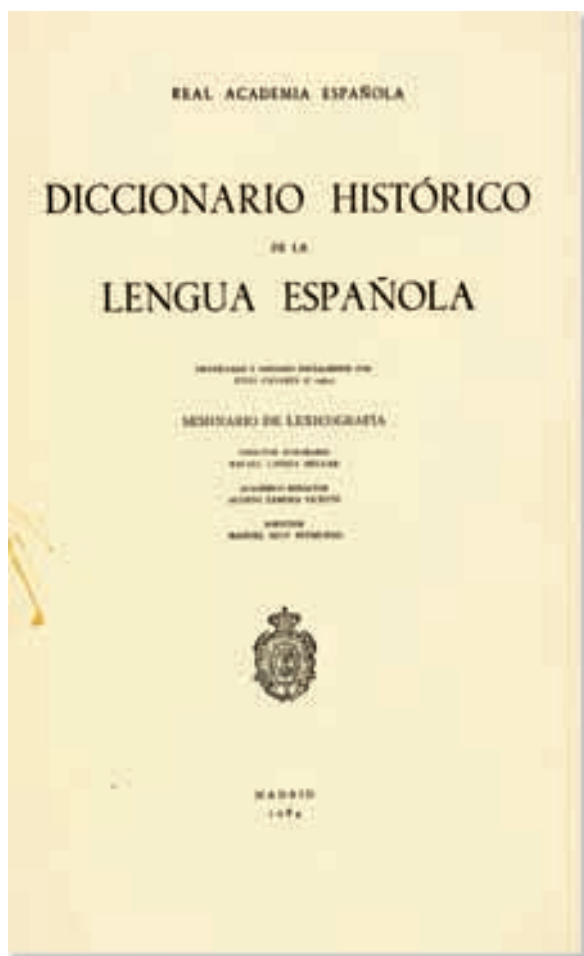
Es a este taller al que se incorpora desde el primer momento Lapesa. Y lo hace, como hemos dicho, tras superar unas pruebas selectivas que, si se desarrollaron como Casares las concibió y explicó, exigirían de los aspirantes tan no improvisables dotes como buen ánimo. Habrían, por ejemplo, de dilucidar, ante las aproximadamente 6.500 papeletas entonces acumuladas para el verbo *dar*, cuántas y cuáles correspondían a cada una de las 38 acepciones que dicho verbo tenía entonces en el diccionario usual, y qué retoques exigirían a la formulación de ellas; más aún, tendrían que poner remedio al hecho de que el léxico oficial no contuviera ninguna que diera razón de textos como “el Gobierno *ha dado* una ley o un decreto sobre abastos”, “la vela *daba* poca luz”, “la violeta *da* un olor suave”, “el radiador *da* excesivo calor”, “el sol *daba* de lleno en la ventana”, “conviene que al enfermo le *dé* el aire”, “lo mismo me *da* una cosa que otra”, “nuestras vidas son los ríos que van a *dar* en la mar”, etc.; y por si esto fuera poco, al candidato se le exigiría percatarse de que ese verbo no significa exactamente lo mismo en “el reloj *ha dado* las doce”, “las doce *dan* en el reloj” y “ayer me *dieron* las doce en la cama”. Al que no salga airoso, escribe Casares con crudo humor, “es muy evidente que, por muy relevantes que sean sus títulos, por muy selecta y envidiable que sea su formación científica para otros menesteres, no le ha llamado Dios por el camino humilde de la lexicografía”.

Lapesa, con títulos relevantes y formación científica envidiable además, sintió esa llamada, y decidió seguirla: para su carácter, que el camino fuera

“humilde” era un aliciente añadido. Con su talante siempre integrador y con su gran capacidad de trabajo, fue persona clave en la puesta en práctica del proyecto de Casares, al que aportó las señas de identidad de la escuela en que se había formado, y muy en particular una determinante: el rigor filológico. Atrajo a la empresa a los más destacados miembros de esa escuela: Salvador Fernández Ramírez (1948), Samuel Gili Gaya (1952), Alonso Zamora Vicente y Carlos Clavería (ambos en 1961), y a otros discípulos más jóvenes, entre ellos a quien sería su sucesor al frente de la obra y timonel no menos decisivo de ella, Manuel Seco (1962).

valenciano, na. adj. Natural de Valencia, antiguo reino y ciudad de España, capital de la Comunidad Valenciana, o de su provincia. U. t. c. s. || 2. Natural de la Comunidad Valenciana. U. t. c. s. || 3. Natural de Valencia, ciudad de Venezuela, capital del Estado de Carabobo. U. t. c. s. || 4. Perteneciente o relativo a aquel antiguo reino, a aquella provincia, a esa comunidad autónoma o a estas ciudades. || 5. m. Variedad del catalán, que se usa en gran parte del antiguo reino de Valencia y se siente allí comúnmente como lengua propia. || 6. f. Méx. Parte baja de las perneras del pantalón que se vuelve hacia fuera y hacia arriba. □ V. pasta ~, real ~.

Definición de “valenciano” por Rafael Lapesa recogida en el *Diccionario de la Real Academia Española*. [Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa.]



Diccionario histórico de la lengua española.
[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa.]

El testimonio de este último es, como ya he dicho, fundamental:

Lapesa, que durante toda su vida ha actuado con una modestia, una honradez y una generosidad que todos deberíamos imitar, siempre se ha negado a aceptar para sí el mérito exclusivo de haber edificado la metodología del *Diccionario histórico*, alegando que en ella trabajaron conjuntamente don Julio Casares, él mismo y don Salvador Fernández Ramírez —quien, en calidad de redactor jefe, participó activamente en las tareas del Seminario de 1948 a 1960—. Es justo hacerlo constar así, pero también es justo añadir que, por lo menos desde la publicación del primer fascículo del *Diccionario*, en 1960, la dirección efectiva de este corrió a cargo de Lapesa —yo soy testigo—, a pesar de que la dirección oficial estuvo en otras manos hasta 1968. Y estos años, de rodaje en buena medida, fueron decisivos para el perfilado y ajuste del plan en el paso del terreno proyecto al terreno realidad.

O, en otra ocasión:

Podemos afirmar... que si el proyecto de un nuevo *Diccionario histórico de la lengua española* es creación genial de don Julio Casares, la puesta en práctica de ese proyecto y el esfuerzo por llevarlo adelante durante muchos años es la obra juntamente magistral y titánica de don Rafael Lapesa.

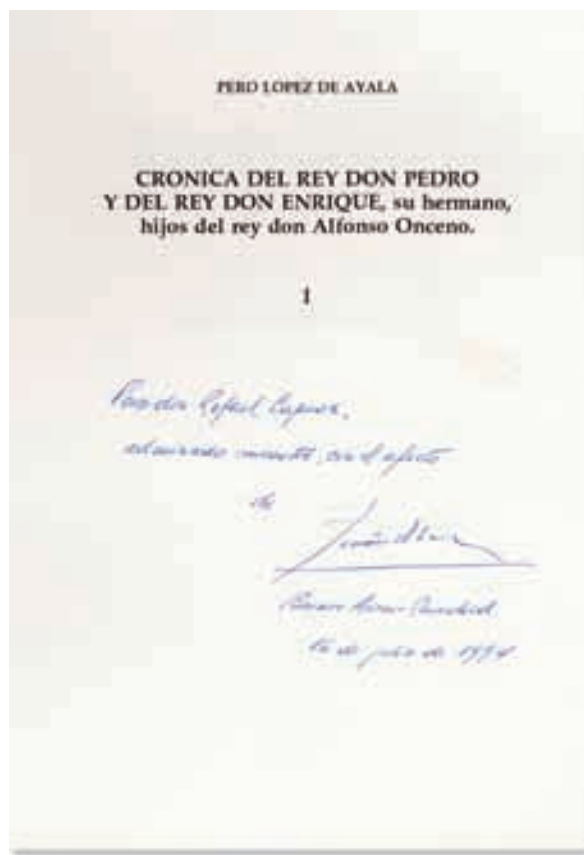
Importa más todo esto que la sequedad de rótulos y fechas, pero hemos de consignar unos y otras: Lapesa fue, desde muy pronto (1950), subdirector del Seminario de Lexicografía, y no ocupó nominalmente la dirección hasta 1969 (tras el fallecimiento de don Vicente García de Diego, sucesor a su vez en

ella de Casares, que había muerto en 1964). En 1981, menguadas sus posibilidades de dedicación a la obra como consecuencia de la enfermedad de doña Pilar, cederá el testigo a Manuel Seco. Pero seguirá amparando la obra y atendiendo consultas de los redactores.

Es también 1950 el año de la elección de don Rafael como académico de número. Cuando, unos años después, lea su discurso de ingreso (*Los decires narrativos del marqués de Santillana*, 1954), le dará la bienvenida, en nombre de la Corporación, Dámaso Alonso. Y al recoger este en 1962 su propio discurso en un volumen misceláneo, no dejará de añadir, en una nota actualizadora:

De heroica puede calificarse también su colaboración [de Lapesa] en el *Diccionario Histórico de la Lengua Española* de la Real Academia Española; en esta gran obra lleva Lapesa la dirección efectiva del equipo de colaboradores.

Es también sumamente significativo que desde temprana fecha fuera Lapesa el encargado de presentar en diversos foros internacionales el proyecto del *DHLE*. De 1956 es su ponencia ante el Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Madrid: “Colaboración de las Academias de la Lengua al Diccionario Histórico”. Va encaminada, especialmente, a solicitar ayuda a las Academias americanas en el proceso de papeletización, en el suministro de libros y en todo lo relacionado con los americanismos del magno repertorio. Pero no solo con ellos; como Lapesa inteligentemente advierte, “el interés no se limita a las palabras o acepciones exclu-



Dedicatoria de Germán Orduna.
[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa.]

sivas o características del español hablado en Hispanoamérica, en alguno de sus países o en Filipinas; nos interesan igualmente ejemplos americanos y filipinos de los usos comunes en el español de España”. El diccionario en el que se trabajaba debía ser –ya entonces– armónicamente panhispánico.

Al año siguiente, 1957, el Centre National de la Recherche Scientifique de Francia convoca en Estrasburgo una importante reunión de expertos, exploratoria de las posibilidades de lo que acabaría siendo el *Trésor de la langue française*. Lapesa acude a ella y, ante los máximos representantes de la lexicografía románica (Wartburg, Migliorini, Imbs, Robert...), presenta su informe “Le dictionnaire historique de la langue espagnole”. Fue la primera exposición sistemática de las características que había de tener el *DHLE*, y junto con el leído –en un momento de especial euforia, pues coincidía con la aparición del primer fascículo– ante el Tercer Congreso de Academias (Bogotá, 1960), preludia lo que será el magistral prólogo de la obra, aparecido al concluirse el tomo I (1972) y redactado, aunque no firmado, por Lapesa. Aquella ponencia de Estrasburgo –ha observado, de nuevo, Manuel Seco– presentaba ya con tal madurez la estructura del repertorio que su contenido pudo pasar sin apenas cambios, aunque sí con ampliaciones, al prólogo quince años posterior.

Todo diccionario de gran envergadura, por muy planificado que esté cuando se acomete, ha de enfrentarse a un sinfín de problemas imprevistos, a una casuística interminable en el diseño de su macroestructura y su microestructura. Así le ocurrió, desde luego, al *DHLE*, que tuvo que ir reajustando y puliendo sus métodos, primero con la guía de Lapesa, más tarde con la de su sucesor. Pero lo esencial, insistimos, está en el prólogo de 1972, que, enfrentado a problemas en buena parte inéditos hasta entonces entre nosotros, constituye en sí mismo un breve y útil tratado de técnica lexicográfica.



Felicitación por su 90 aniversario (1998).
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

No es ésta ocasión para detenerse en él. Limitémonos, tan solo, a reproducir unas líneas varias veces citadas, que expresan con toda sencillez y justicia la magnitud de la tarea:

Nuestro *Diccionario* pretende registrar el vocabulario de todas las épocas y ambientes, desde el señorial y culto hasta el plebeyo, desde el usado en toda la extensión del mundo hispánico hasta el exclusivo de un país o región, española o hispanoamericana, desde el más duradero hasta el de vida efímera...

Un planteamiento, como se ve, más ambicioso que el de la primera edición del diccionario de Oxford, pero anticipador de los criterios universalistas que esa magna obra ha adoptado para la segunda, y de la creciente atención de la lexicografía francesa a los usos de la *Francophonie*.

La labor cotidiana de Lapesa en el Seminario no fue solo de orientación y supervisión. Entregado personalmente a la redacción de artículos que por su envergadura arredrarían al más dispuesto, decidió aprovechar el contenido de dos de ellos para dar a conocer más ampliamente los frutos del trabajo, llamando de este modo la atención de la comunidad científica, con ejemplos paradigmáticos, sobre la magnitud de la empresa, la riqueza de los resultados y su fecundidad teórica. Surgen así sus dos artículos (en acepción, ahora, no lexicográfica del término) “*Alma y ánimo en el Diccionario histórico de la lengua española*” (1980) y “*Alma y ánimo en el Diccionario histórico de la lengua española: su fraseología*” (1981), que despliegan y comentan ante el lector el precioso abanico histórico de tan polisémico doblete.

Pero la dedicación de Lapesa a las tareas lexicográficas de la Academia no se circunscribió, naturalmente, al *Diccionario histórico*. En un magistral panorama sobre la trayectoria de la Corporación, tra-



Dámaso Alonso y Rafael Lapesa con Manuel Seco, en su ingreso en la Real Academia.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

zado por él en 1987 (“La Real Academia Española: pasado, realidad presente y futuro”), se muestra, como era de esperar, buen conocedor de la evolución del llamado “diccionario común” o “diccionario usual”, y lamenta que el abandono, a partir de 1780, del método ejemplificador inaugurado por *Autoridades* supusiera “grave quebranto” para el valor documental del Diccionario.

A lo largo de sus diecinueve ediciones [había escrito en 1972], nuestro *Diccionario* ha renovado —no siempre para mejorarlas— muchas definiciones del de *Autoridades*, ha duplicado el número de vocablos que registra y multiplicado el de sus acepciones. Pero queda mucho por actualizar y es infinito lo que hay que añadir.

De ahí que reclamara, siempre que tenía ocasión de hacerlo, el impulso para las tareas del *DHLE* como idóneo refundamentador del léxico oficial. Consciente, sin embargo, de que, aun con esa carencia, era posible la revisión y mejora del diccionario común, Lapesa siguió muy de cerca la aparición de sus sucesivas ediciones y colaboró en cuanto pudo a ellas. La edición 19ª salió con un Suplemento preparado por él. Antes, un trabajo de 1964, “Los diccionarios de la Academia”, está dedicado básicamente a comentar –de nuevo ante un Congreso de Academias, el de Buenos Aires– las novedades que iba a tener dicha edición, que no salió hasta 1970 pero se estaba imprimiendo desde 1963. Interesa conocer por él algunas interioridades (la revisión de las etimologías se encomendó a García de Diego y “todas las demás modificaciones” a Casares; las razones por las que se eliminaron los refranes; etc.), como interesan los comentarios sobre algunas novedades que aquella edición presentó en la microestructura de los artículos. También concierne a las tareas académicas un discurso de Lapesa pronunciado en 1985, “Necesidad de una política hispánica sobre neologismos científicos y técnicos”, que aporta su lúcida visión de tan delicada cuestión presente, pero también esenciales precisiones del historiador sobre la lengua del pasado. Y ha de mencionarse, en fin –por más que la discreción del interesado la mantuviera en absoluto silencio, diluida en el carácter colectivo de la empresa–, la activa intervención personal de don Rafael en la revisión del diccionario común para la edición hoy penúltima, la 21ª (1992).

Se implicó asimismo en las tareas gramaticales de la Corporación. Muy temprana es su ponencia “Sugestiones relacionadas con la futura edición de la *Gramática* de la Real Academia Española”, que, leída en el ya mencionado congreso madrileño de 1956, supuso el pistoletazo de salida para los trabajos que desembocarían años después en el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española* (1973); una última revisión de esta obra corrió a cargo de Lapesa, quien además la presentó en otro foro hispanoamericano, el IV Congreso de ALFAL (Lima, 1975); y prologó en 1985 el capítulo inacabado de Fernández Ramírez sobre *La derivación nominal*, concebido inicialmente para formar parte de aquel tratado.

Hay otro aspecto de la entrega de don Rafael a la vida académica que estimo merece recordarse: ningún otro miembro de la Corporación ocupó tantas veces como él en la segunda mitad del siglo xx la tribuna desde la que se contesta a los recipiendarios. Lapesa fue reclamado para ello en nueve ocasiones (Gili Gaya, 1961; Marías, 1965; Zamora Vicente, 1967; Enrique y Tarancón, 1970; Lázaro Carreter, 1971; Seco, 1980; Lorenzo, 1981; Quiroga, 1981; Ayala, 1984), y con motivo: es que sus discursos de bienvenida eran realmente modélicos, sin descuido de ninguna de las partes de que por tradición habían de constar (semblanza biográfica y *laudatio* del nuevo compañero, pero también repaso detenido de su obra –y nótese que en la lista hay filólogos, pero también creadores, y un pensador, y un miembro de la jerarquía eclesiástica– y comentario del discurso recién escuchado).

Su dedicación a la Casa fue constante. El escalafón de asistencias del año de su fallecimiento (2001) contabiliza para él 2.344, cifra que entonces sólo superaba, muy ligeramente, su fraternal amigo Pedro Laín (dos vidas para otro Plutarco: nacieron en el mismo año y mes, ingresaron ambos en la Academia en 1954, dejaron este mundo con diferencia de pocos meses). La disponibilidad de Lapesa para los requerimientos de la Institución fue siempre absoluta, aun a costa del sacrificio personal. Así, por renuncia a la dirección de –precisamente– el gran amigo, Lapesa fue elegido director interino de la Academia el 14 de enero de 1988, y ocupó el cargo hasta que se produjo la elección de sucesor trienal en la persona de don Manuel Alvar (1 de diciembre de 1988). Años atrás (1964-71) había sido Secretario de la Corporación, con lo que ello implicaba de dedicación sostenida a la marcha de buen número de variados asuntos. En el mencionado homenaje que sus compañeros le tributaron con ocasión de su 80 cumpleaños proclamó: “Mientras Dios me conceda salud y lucidez, me tendréis siempre al servicio de la Academia”. Y cumplió su promesa.

Rafael Lapesa dedicó su larga y fecunda existencia a tender puentes de unión: por lo pronto, uno, fundamental, entre la Filología española de la preguerra civil y la de la posguerra. Lapesa salvó y transmitió todo un legado, lo mismo que salvó, literalmente, valiosos papeles del Centro en el Madrid bombardeado. ¡Cuántas veces, en sus clases de la Universidad de Madrid, jubilado ya Dámaso Alonso,

lejanos y míticos en su exilio Castro, Navarro o Montesinos, pensé en la inmensa suerte que representaba para nosotros tenerle al menos a él, allí mismo, tan a nuestro alcance, tan accesible y cercano como lo estaba siempre!

Pero no es menos importante el puente que tendió entre la Academia y el mundo de la investigación filológica. Ante los que su maestro había contemplado más bien como ámbitos disjuntos, Lapesa, siempre integrador, generoso, entusiasta, posibilista, optó por ensayar, y lo hizo con éxito, el maridaje. De hecho, no es exagerado afirmar que si la mejor Filología española del siglo xx (o la Filología, *tout court*) llegó a entrar en el caserón de Felipe IV fue porque Rafael Lapesa la llevó allí de su mano.

En fin, se ha subrayado en más de una ocasión que solo el sentido profundo de la fidelidad y el no menos acendrado de la amistad explican la abnegación con que Lapesa se echó a la espalda, durante años, tareas como la del *Glosario del español primitivo* o la publicación de la gran obra póstuma de Amado Alonso sobre historia de la pronunciación española. No se ha señalado en cambio –a lo que se me alcanza– que idéntica actitud de noble generosidad, a más de completamente inmune a cualquier forma de capillismo, se descubre en el modo en que asumió un proyecto, el del *Diccionario histórico*, que ni era originariamente suyo ni procedía tampoco de un mentor o compañero de escuela, pero en el que descubrió enseguida los rasgos de las empresas que verdaderamente merecen la pena; más aún, de las sencillamente irrenunciables para alcanzar cabal

conocimiento nada menos que del devenir histórico, cultural y vital de todo un pueblo.

Tales opciones, de profundo sentido ético, lo mismo que su indesmayable vocación docente, robaron mucho tiempo a su propia obra individual (que, con todo, es amplísima y, lo que es más importante, de calidad excelsa). Con certeras palabras lo señaló,

por lo que al *Diccionario histórico* se refiere, el tantas veces citado Manuel Seco: “La gran lección de Lapesa en el Seminario ha sido su renuncia a miles de horas de su investigación personal en beneficio de la monumental tarea colectiva”. Bien mirado, es que el ejemplo y fruto consiguientes a esas opciones forman parte esencialísima de *su obra*.

Rafael Lapesa, nuevo secretario perpetuo de la RAE.

[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

Rafaela



Rafael Lapesa en el marco de la Generación del Veintisiete

Francisco de Bustos Tovar

José de Bustos Tovar

Universidad Complutense de Madrid

Lapesa

Rafael Lapesa nació el 8 de febrero de 1908. Por su nacimiento se halla entre dos generaciones, la del Veintisiete y la del Treinta y seis. Él mismo tuvo conciencia de esta situación de “tierra de nadie” tal como nos dice en la semblanza de don Américo Castro Quesada (1885-1972)¹: “[la Generación del Veintisiete] teóricamente comprendería hasta los nacidos en 1908, límite con la Generación de 1936 o de la postguerra. En realidad, los que vinimos al mundo en 1908 nos sentimos en una especie de tierra de nadie o de tierra de las dos”. En efecto, tanto su formación como sus relaciones personales están repartidas entre ambas generaciones. Esta dualidad de afinidades se advierte en las semblanzas de filólogos españoles que recogió en un librito publicado en 1998, aunque su redacción se hizo en momentos diversos. Estas afinidades se establecen, por un lado, con aquellos que claramente pertenecen al Veintisiete (entendida no sólo como generación poética sino como generación histórica y cultural), tales como los lingüistas y filólogos Salvador Fernández Ramírez, Amado Alonso, que ocupó un lugar muy especial en su vida personal e intelectual, José Fernández Montesinos, Manuel García Blanco, Tomás Navarro Tomás, Enrique Moreno Báez, Carlos Clavería, etc.; y, de otro, con poetas del Veintisiete, especialmente con Pedro Salinas, Jorge Guillén,

Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso, a quien considerará siempre, junto con Amado Alonso, su “hermano mayor”, personas todas ellas con las que mantuvo una continuada amistad.

Rafael Lapesa compartió el clima de valores intelectuales y morales que se gestó en España desde la Generación del Noventa y Ocho, que se centra para él en la figura de don Ramón Menéndez Pidal, y que continúa con la Generación del Catorce. Refiriéndose a Américo Castro, dice: “...Sus cuarenta y un años lo distanciaban de los dieciocho míos. Pertenecíamos a generaciones distintas y, dentro de cada una, la cronología nos separaba todavía más. Su generación era la del Catorce, espléndido conjunto cuyos componentes, nacidos entre 1878 y 1893, alcanzaron la madurez o se iniciaron en la vida intelectual durante los años de la primera guerra europea... Su enumeración, aún incompleta, es impresionante: Gabriel Miró y Enrique Díez Canedo (1879), Manuel Azaña (1880), Juan Ramón Jiménez y Ramón Pérez de Ayala (1881), Navarro Tomás (1884), Castro y Federico de Onís (1885), García Morente (1886), Marañón y Moreno Villa (1887), Ramón Gómez de la Serna (1888), Solalinde y Gili y Gaya (1892), Sánchez Albornoz (1893), etc.”².

Esa extensa nómina, citada por el propio Lapesa, que habría que ampliar con otros autores del Noventa y Ocho, como Antonio Machado, que dejaron en él una profunda huella, es indicativa del clima cultural en el que se desenvuelve su formación humana e intelectual desde su inicio juvenil. Claro está que no todos ellos influyeron de la misma mane-

1. Recogido en su libro *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998.

2. *Ob. cit.*, pp. 94-95.



Dámaso Alonso, a quien Rafael Lapesa consideraba como uno de sus "hermanos mayores".
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

ra ni con la misma intensidad. Así lo reconoce Lapesa cuando afirma que "...maestros que hayan influido no sólo en la formación científica, sino también en la humana, en la conducta, en ideal de vida, no he tenido sino dos: Menéndez Pidal y Castro... Dámaso y Amado Alonso fueron mis hermanos mayores en edad y saber, infinitamente mayores en valía; mis inolvidables maestros jóvenes"³.

3. *Ob. cit.*, "Mi recuerdo de Amado Alonso", p. 154.

Todo ello entronca, aunque indirectamente, a Rafael Lapesa con los valores surgidos en la Institución Libre de Enseñanza, sobre todo gracias a la influencia de Américo Castro, y, más directamente, con lo que representó el Centro de Estudios Históricos creado por la Junta de Ampliación de Estudios, donde Lapesa inició su labor investigadora.

Por lo que respecta, de manera ya concreta, a sus relaciones con la Generación del Veintisiete, hay que distinguir, de una parte, a los componentes de esa Generación desde el punto de vista de la creación intelectual y científica (Dámaso Alonso y Amado Alonso muy especialmente) y, de otra, a los poetas, muy especialmente Salinas, Guillén, Aleixandre y Dámaso Alonso, con los que mantuvo una intensa relación. Seguramente ello influyó en el método de análisis literario que habría de cultivar durante toda su vida. Recuérdese que Amado y Dámaso Alonso, desde perspectivas diferentes pero complementarias, fueron los creadores de la moderna Estilística española, haciendo realidad lo que Juan Marichal llamó la creación de una literatura crítico-literaria de la que España carecía. Particular atracción tuvieron para él las ideas centrales que rigen el pensamiento estilístico de Amado y de Dámaso Alonso, quienes, a su vez, habían recogido una tradición europea muy fecunda: Croce, Vossler, Bally, Husserl, Bühler, Cassirer, etc.), dándole una formulación extraordinariamente novedosa y fecunda: "¿Qué era esa 'estilística' pluridimensional y cambiante, intuitiva y profunda? Nos lo aclara el prólogo que Amado Alonso puso al volumen, al tomito en que, bajo el título de

“Introducción a la Estilística romance”... reunió en 1931 artículos de Vossler, Spitzer y Hatzfeld”⁴. Rafael Lapesa habría de recoger toda esta corriente de pensamiento que aparecerá, más o menos explícita, en sus trabajos de crítica poética y, de modo muy particular, en su concepción crítica de la obra de los poetas del Veintisiete. A Amado Alonso le debe, entre otras, una idea central: la de las potencialidades expresivas que cada lengua ofrece (Estilística de la lengua) y su actualización particular en cada obra y en cada poema. En efecto, su acercamiento a la poesía de Jorge Guillén revela la importante influencia que estas ideas ejercieron en Lapesa. Por ejemplo, en su trabajo “El sustantivo esencial en la poesía de Jorge Guillén”, analiza la correlación del sustantivo con y sin actualizador con las funciones expresivas del lenguaje y las estructuras sintácticas de la lengua general. Frente a una crítica excesivamente generalizadora y vaga, frecuente en aquella época, Lapesa recogió ideas compartidas por los dos Alonsos y, entre ellas, la de que toda crítica literaria debe empezar por la intuición del lector y terminar también con ella; a esta última se llega tras la inteligente acción del análisis crítico. Lapesa hace suya la conclusión de Dámaso Alonso de que “todo intento de apode-

rarse de la unicidad de la criatura literaria, es decir, del poema, ha de empezar en la intuición y ha de rematar en la intuición también. En medio queda una franja abierta al trabajo científico...” Lapesa añade: “...incapaz de llegar a la individualización deseada”⁵. Esta idea coincide con lo que también formuló Amado Alonso cuando habló del concepto de *delicia estética*, como objetivo último de la crítica literaria. Su finalidad es, en definitiva, alcanzar el más alto grado de intuición poética, objetivo que se logra cuando, tras el análisis crítico, se aprehende la unicidad de la creación poética. La unidad emocional de la percepción literaria es, por tanto, el resultado de un doble proceso, el que proporciona la intuición inmediata y el que resulta del proceso de análisis crítico. Rafael Lapesa aplicó estas ideas a muchos de sus estudios de análisis literario. Otro buen ejemplo de ello es, en forma sintética, su trabajo “Aleixandre canta por todos”⁶ y, de manera más extensa, “La evolución poética de Vicente Aleixandre”⁷. Que a la Estilística le corresponde tanto el análisis de la forma como del contenido, indisociables en su significación poética, fue un postulado metodológico compartido siempre por Lapesa.

Rafael Lapesa no tuvo igual trato con todos los poetas del Veintisiete. Particularmente cercanos en el ámbito personal le fueron, además del citado Dámaso Alonso, los poetas Pedro Salinas, Jorge Guillén y Vicente Aleixandre. Con ellos mantuvo una continuada amistad más allá del exilio que algunos de ellos hubieron de emprender tras la contienda civil.

4. *Ob. cit.*, pp. 158-159.

5. Lapesa, Rafael, “Dámaso Alonso, humano maestro de humanidades”, en *Homenaje Universitario a Dámaso Alonso*, Madrid, Universidad Complutense, 1972.

6. En *Ínsula*, enero-febrero, 1978.

7. Lapesa, Rafael, *De Ayala a Ayala. Estudios literarios y estilísticos*, Madrid, Istmo, 1988, pp. 307-323.



Pedro Salinas y Jorge Guillén.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

A Pedro Salinas lo conoció en 1928, en el Centro de Estudios Históricos, cuando Lapesa acababa de entrar como becario de Américo Castro. Salinas dirigía los Cursos de Extranjeros que se impartían en la Residencia de Estudiantes. Lapesa nos cuenta que allí se daba “clases prácticas en pequeños grupos, a cargo de profesorcillos, y clases generales, encomendadas a grandes profesores –Castro, Navarro Tomás, Salinas, Gili Gaya, Dámaso Alonso–, que además se repartían la inspección de nuestras prácticas. Una vez entró en mi clase don Pedro, cuando yo intentaba que los extranjeros de mi grupo conversaran empleando un vocabulario de espectáculos seleccionado y explicado previamente...” También evoca Lapesa una conversación que presencié entre Salinas y Alberti, quien venía de visitar la casa de fieras del Retiro: “El día-

logo que siguió fue un continuo chispeo de ocurrencias a propósito de toda la actualidad...”⁸. Esa relación de maestro a discípulo continuó en los cursos de verano de la Universidad de Santander desde 1934. Lapesa apreció en seguida que la alta calidad de los cursos se debía a la labor callada y eficacísima de su director. Esta primera relación se fue profundizando a lo largo del tiempo, tanto en los años previos a la guerra civil como a su reanudación en los Estados Unidos, tras el exilio de Salinas. Allí lo visitó Lapesa repetidamente en los años 1948 y 1949. Con especial emoción recuerda los libros de Salinas, que por razones políticas todavía

8. Lapesa, Rafael, “Pedro Salinas en mi recuerdo”, en *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles*, ob. cit., p. 124.



Con Vicente Aleixandre. [Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

no habían llegado a España, y que el poeta les dedicó a él y a su esposa Pilar: *Todo más claro, Cero, El defensor, El contemplado...*

Un emocionado resumen de esa relación de amistad y afecto se refleja en estas palabras literales de Lapesa: “En 1960 visitamos la tumba de don Pedro, frente al mar y nos hicimos con el disco que recoge la voz del poeta leyendo *El contemplado*. Lo conservamos como un tesoro. Y el *Largo lamento*, el asombroso poemario que explica el ansia de salvación expresa en *La voz a ti debida* y *Razón de Amor*, fue uno de los últimos libros que leí a Pilar [su esposa] cuando ya no podía hacerlo ella”⁹.

En la Universidad Menéndez Pelayo conoció a Jorge Guillén en el transcurso del verano de 1934, en parecida situación que la reflejada en su amistad con Pedro Salinas. Su encuentro decisivo fue mucho más tarde, tras la guerra civil, también durante su estancia en distintas universidades norteamericanas. Desde entonces los uniría una gran amistad, que continuó al regreso de Guillén a España. A su obra dedicó, además del estudio citado más arriba, diversos trabajos, en los que se manifiesta la empatía entre el crítico y el poeta. Como dato curioso, recordaremos su actitud conciliadora en la anamosidad, surgida desde hacía tiempo, de Juan Ramón Jiménez con Salinas y Guillén. Admirador profundo del primero, supo apreciar en toda su dimensión la de los dos últimos. La

afinidad amistosa con Jorge Guillén y su admiración poética se manifiesta en su trabajo sobre dos largos poemas de Guillén, “Lugar de Lázaro” y “Huerto de Melibea”, en los que el poeta se plantea el gran tema de la muerte y de la trascendencia. El rigor formal de los poemas y la serenidad humana, tan característicos de “la morada vital” de Jorge Guillén, son analizados magistralmente por Lapesa. Por su parte, el poeta le dedicó un memorable poema en el que se ahonda en la figura humana del filólogo, resaltando los aspectos más trascendentes de la persona. Recogemos aquí la última estrofa: “Baraúnda de siglos / Aún supervivientes / Rodea a este varón / Sin quebrar su silencio laborioso, / Estímulo de un aula. / Y con su firme temple de sonrisa, / –“Hombre esencial” dijeron los antiguos– / Estudiando palabras y poemas / Es el docto en su quid; / Ninguno más humano. / Con la linterna a lo Diógenes / Buscad sus pares pocos.”

Más arriba se han citado dos trabajos de Rafael Lapesa sobre Vicente Aleixandre. Con él coincidió en la Real Academia, donde se forjó su amistad y su admiración por la obra del otro miembro de la generación del Veintisiete que había permanecido en España tras la guerra civil. En el sintético y fino análisis de estos poemas se muestran huellas indudables de las afinidades esenciales del poeta y del crítico: “Los temas primeramente aparecidos como impulsos elementales se integran así en la totalidad de la vida consciente: al amor, al ansia de supervivencia y a la protesta contra la inautenticidad se añaden más tarde la melancolía del hombre maduro, la mirada hacia

9. *Ibidem*, p. 128.

los demás, la extensión abrazadora que convierte al poeta en voz de todos”¹⁰.

Del Dámaso Alonso filólogo y crítico literario se ha hablado antes. Su amistad con Lapesa fue permanente desde el momento mismo en que lo conoció en el Centro de Estudios Histórico. Pronto surgió una gran confianza entre ambos. Prueba de ello es la anécdota que nos cuenta el propio Lapesa: “...hacia 1928 o 29 nos encontramos Dámaso y yo, al salir de clase, en el tranvía que llevaba del viejo Hipódromo a la Puerta del Sol. Nos sentamos juntos, y Dámaso, inesperadamente, me preguntó: –Lapesa, ¿es usted creyente? –Sí, le contesté sorprendido. –¿Y no tiene dudas? –Bueno... –¿Y cómo se las arregla?... Yo entonces pensé, pues tenía recientes las lecturas de Unamuno, responder, como don Quijote, cuando rehusó poner a prueba su celada de cartón recién reparada; o tomando agua bendita, según el consejo de Pascal”¹¹.

Si grande fue su admiración por el Dámaso filólogo, no poca fue la que tuvo respecto de su obra poética, parcialmente eclipsada, al principio, por su magna obra filológica y estilística. Pocos críticos como Lapesa han comprendido y, en buena medida sentido como propias, las grandes ideas y emociones que laten en la poesía de Dámaso. El propio Lapesa lo ha resumido magistralmente con

estas palabras: “De pronto, con la edad madura y el hachazo de las guerras sintió la irresistible vocación de andar en las simas de los propios impulsos, expresar la insatisfacción de sí mismo, protestar contra la maldad e injusticia de los hombres, preguntarse por el destino que le está deparado y dar cuerpo verbal a la busca de un Dios oculto en la tiniebla”¹².

No nos consta que Lapesa tuviera algún tipo de relación personal con Federico García Lorca. Sí que asistió a algunas de sus lecturas en la Residencia de Estudiantes. En clase contaba a sus estudiantes que había advertido en los recitales del poeta que éste pronunciaba la *v* labiodental, arcaísmo que todavía enseñaban algunos maestros españoles, lo que no era obstáculo alguno para que las lecturas poéticas de Lorca fueran extraordinariamente conmovedoras. Que conoció su obra lo demuestran algunas referencias que hallamos dispersas en la obra crítica de Lapesa. La primera de ellas es una conversación con don Antonio Machado, con el que coincidió desde 1932 a 1934 en el Instituto Calderón de la Barca, en la que éste le comentaba la impresión que le había producido la representación de *Yerma* en 1934. A Machado le parecía “desorbitada exacerbación de impulsos elementales”. Poco después, en 1935, con motivo del tricentenario de Lope de Vega, María Elena Gómez Moreno y Lapesa organizaron en el mismo Instituto la representación de *Amar sin saber a quién*. La Barraca, el teatro estudiantil dirigido por Federico García Lorca, proporcionó tablado y cortinajes que instaló en el patio del Instituto. Quizás

10. Lapesa, Rafael, “La evolución poética de Vicente Aleixandre”, cit. p. 308.

11. Lapesa, Rafael, *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles*, cit. p. 175.

12. Lapesa, Rafael, “Dámaso, humano maestro de humanidades”, cit. p. 14.

ciertas reticencias iniciales desaparecieron con la enseñanza ejemplar de Amado Alonso y la lectura de dos de sus autores predilectos: uno, del Quijote, y otro, de *Poeta en Nueva York* y el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, lecturas que impresionaron vivamente a don Rafael.

En conclusión, Lapesa, que, como se ha dicho al principio, se sentía generacionalmente “en tierra de nadie o de las dos”, supo establecer puentes de relación, como crítico y como lector, con escritores y poetas que determinaron los aspectos más importantes de su experiencia vital. Vivió en su juventud con entusiasmo la esplendorosa época científica, cultural y literaria de la anteguerra que forjaron su personalidad, pero también supo sobreponerse a las dificultades del período posterior, trabajando incesantemente por recuperar una buena parte de los valores que lo habían formado como hombre y como intelectual. Junto a él, en esta tarea desempeñó una labor fundamental Dámaso Alonso, quien “hizo lo que parecía imposible: salvar y enriquecer la continuidad de la filología española. Quienes entonces andábamos, como hoy se dice, marginados, tuvimos siempre su estímulo cordial para seguir buscando el alma de España en su lengua y en sus escritores y para curar amarguras con el trabajo que, gracias a él, dejaba de ser solitario”.



Con Ramón Menéndez Pidal.

[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa.]

RAFAEL LAPESA

Nada más peregrino
que una conducta simplemente justa.
Y no según la gran justicia abstracta,
o en actitud preliminar de puro.
Una conducta justa por justeza,
por precisión, por limpidez ¡qué rara!
Rara entre vozarrones de energúmenos.

Este varón cordial
se ahinca en su tarea
con esfuerzo sin gesto, sin alarde.

.....

Baraúnda de siglos
aún supervivientes
rodea a este varón
sin quebrar su silencio laborioso,
estímulo de un aula.
Y con su firme temple de sonrisa
—«Hombre esencial» dijeron los antiguos—
estudiando palabras y poemas
es el docto en su quid:
Ninguno más humano.
Con linterna a lo Diógenes
buscad sus pares, pocos.

JORGE GUILLÉN

Poema compuesto por Jorge Guillén en honor a Rafael Lapesa.
[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa.]

Rafaela



Semblanza de un maestro en el centenario de su nacimiento

María Teresa Echenique

Universitat de València

plna

Rafael Lapesa recibió la formación escolar en el seno familiar; sus hermanas mayores se encargaron de enseñarle a leer y escribir, siendo así que su padre regentaba colegios privados en tierra valenciana durante su niñez. Quizá por ello la tarea de enseñar a otros estuvo impregnada de veneración, de donde nació su máxima con la que infundía ánimos a los discípulos noveles enfrentados con temor a su nuevo quehacer: “Cuando se tiene que enseñar a otros es cuando se aprende de verdad”.

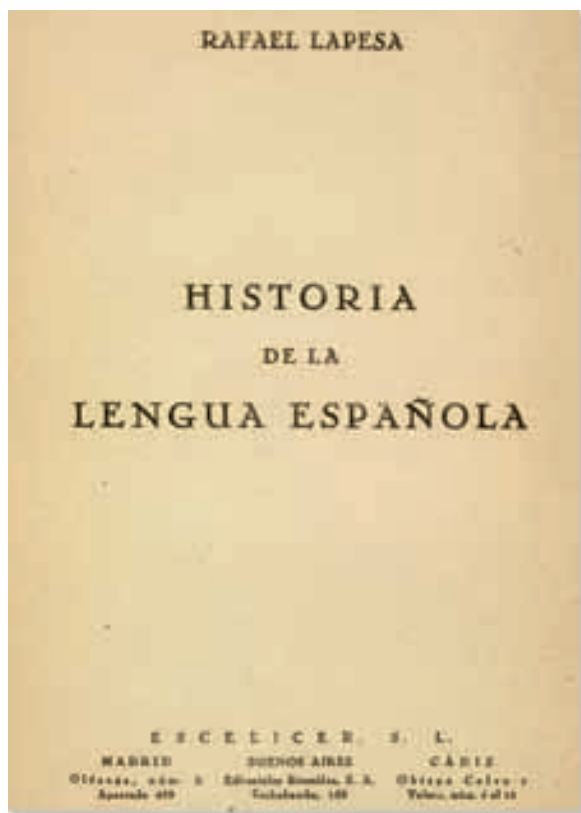
Estuvo siempre muy vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, lo que explica que la coeducación fuera para él un hecho natural; por ello mismo, jamás hacía distinciones por razón de la naturaleza masculina o femenina de sus colaboradores. Esta consideración igualitaria se ponía de manifiesto al referirse a figuras femeninas de relieve, como Margot Arce o M^a Rosa Lida: en su boca, esos nombres adquirirían la misma sonoridad que los de Dámaso Alonso o Navarro Tomás. De igual raíz nacía su modo respetuoso de entender el mundo y las relaciones humanas, fundado en la medida y corrección más afables que cabe imaginar. Era un hombre bueno, y su bondad forma también parte de su legado.

Su actividad en el Centro de Estudios Históricos le brindó la oportunidad de tener dos maestros, Américo Castro y Menéndez Pidal, de quienes se reconoció siempre discípulo. En 1930 ganó oposiciones a Cátedra de Instituto, pero pidió excedencia para continuar en el Centro de Estudios Históricos como colaborador; allí, en la sede de la calle

Almagro, permaneció hasta 1932 dedicado a la elaboración de un glosario del español primitivo, al tiempo que ayudaba a Menéndez Pidal en trabajos sobre la épica y el Romancero. De 1930 a 1932 sustituyó en la Facultad de Filosofía y Letras a Américo Castro en su estancia como embajador en Berlín, y a partir de 1932, al regreso del maestro, le fue confiado un curso introductorio de Historia de la Lengua española como profesor ayudante. En 1932 reingresó a la Cátedra de Instituto. Su destino fue Oviedo, si bien permaneció en Madrid en el Instituto Calderón de la Barca, pasando durante el comienzo de la guerra al también madrileño Lope de Vega.

Durante la guerra desempeñó el mismo papel profesoral. Fue después movilizado y enseñó a anal-fabetos como “miliciano de la cultura” (según palabras propias, en entrevista concedida a Magdalena Velasco Kindelan para el *Boletín del Ilustre Colegio oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias*, marzo-abril de 1985). Desempeñó un papel equiparable al de Secretario de lo que quedaba del Centro de Estudios Históricos, con el fin de mantener contacto con la Junta para Ampliación de Estudios, que había pasado a Valencia, donde estaba Dámaso Alonso, pero la guerra civil le apartó de cuanto se había ido construyendo en torno a sus maestros y le llevó a constituirse en solitario eje orientador del estudio histórico integral de la lengua española.

Tras la guerra le fue negada la renovación del nombramiento de profesor ayudante en la Facultad. Tras unos meses en el Instituto Beatriz Galindo, a



Primera edición de la *Historia de la lengua española*.
[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa.]



Novena y última edición de la *Historia de la lengua española*.
[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa.]

consecuencia de la depuración pasó a su Cátedra de Oviedo con sanciones que luego fueron borradas. De Oviedo se trasladó a Salamanca, donde estuvo de 1942 a 1947 (en la Universidad contó con alumnos como Manuel Alvar, Tomás Buesa o Carmen Martín Gaité), fecha en que ganó la Cátedra de Gramática Histórica (denominada luego Historia de la Lengua

Española) de la Universidad Central de Madrid, de la que había sido titular Américo Castro. Desde entonces repartió su tiempo entre la Universidad y la Real Academia Española, con algunas salidas al extranjero: cinco años en Estados Unidos entre el 48 y el 60, sobre todo en las Universidades de Princeton, Harvard, Yale, Berkeley y Wisconsin; después, en

universidades europeas e hispanoamericanas, principalmente Argentina y México. Se jubiló en 1978, si bien continuó impartiendo cursos monográficos en el Colegio Libre de Eméritos. Dictó un curso sobre Morfosintaxis histórica como Profesor invitado en la Universidad Autónoma de Madrid (1984-85).

Su paso por el Centro de Estudios Históricos, donde se incorporaban a gran velocidad los nuevos métodos europeos de investigación filológica, le permitió trabajar codo con codo con colegas de la talla de Tomás Navarro Tomás, Dámaso y Amado Alonso, y tantos otros (muchos de los cuales venían de países extranjeros a investigar allí), lo que le proporcionó una sólida formación. La concepción integral de la Filología emanada del Centro le confirió la amplitud intelectual necesaria para dedicar con igual maestría trabajos esenciales a la obra de literatos insignes como Garcilaso o el Marqués de Santillana, a autores desde Berceo a nuestros días, así como a poetas y prosistas de ayer y de hoy, y otros a la historia de la lengua, la morfosintaxis histórica o el léxico. Todo ello encontró reflejo en su magisterio en el aula, que enriquecía con el resultado de sus últimas contribuciones. Los autores literarios americanos, por una parte, y la lengua española en América, por otro, fueron siempre objeto de atención preferente. No está de más recordar que, a sus casi noventa años, dictó en el Colegio Libre de Eméritos de Madrid un curso titulado “Modernismo: Rubén Darío”, dentro de una serie de ellos dedicados al comentario de textos, materia para la que demostró dotes excepcionales, que año tras año transmitía en clase a sus alumnos.



Fotografía de Rafael Lapesa tomada el día de su boda, según nota explicativa de su propia mano al dorso.

[Colección particular.]

Su vida, así pues, giró siempre en torno a la enseñanza, lo que explica que sus discípulos sean legión, en el medio universitario y en el de la enseñanza en general.

El propio Rafael Lapesa nos ha dejado testimonio de todo ello en el prólogo que acompaña a la octava edición (que fue la penúltima y se publicó en 1980; aún preparó una novena edición publicada un año más tarde), muy corregida y aumentada:

Sale de nuevo, tras peripecias que no vienen al caso, un libro nacido hace mucho tiempo, en circunstancias que sí merecen recuerdo. Corría el año 37; en el duro Madrid de la guerra, yo estaba encargado de mantener la comunicación entre los restos del Centro de Estudios Históricos y la Junta para Ampliación de Estudios, trasladada a Valencia. Con tal motivo sostenía frecuente correspondencia con don Tomás Navarro Tomás, que en una de sus cartas me propuso que escribiera un breve manual de divulgación sobre la historia de la lengua española. Acepté y me lancé con entusiasmo a la ocasión de hacer

algo por la España de todos. Meses después, en la primavera de 1938, el libro estaba casi terminado; pero hube de interrumpir la redacción de lo que faltaba, pues, movilizada mi quinta, me destinaron a enseñar las primeras letras a soldados analfabetos, quehacer inolvidable como experiencia humana. Cuando terminó la guerra y volví a mi libro, comprendí que rebasaba los límites de la divulgación y podía ser instrumento útil para la iniciación de filólogos. La acogida que tuvo en ambientes universitarios y revistas lingüísticas me hizo incorporar en ediciones sucesivas los frutos de la investigación propia y ajena... El libro que en 1942 salió con atrevimiento juvenil reaparece cuando su autor ha entrado en eso que llaman ahora “la tercera edad”. Recuerdo inevitablemente la pregunta de la Epístola moral: “De la pasada edad ¿qué me ha quedado?”; y me respondo que, por encima del cansancio, queda el afán ilusionado por seguir inquiriendo el mensaje que se guarda en el ser y el devenir de nuestra lengua.



Carta de Navarro Tomás a Rafael Lapesa con motivo de la publicación de la *Historia de la lengua española*.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

Excelentísimo y Magnífico señor Rector de la Universidad de Valencia;
Ilustres Profesores que han tenido a su cargo la organización del presente Congreso;
Ilustres Profesores que van a intervenir en él, con los que estoy ligado por
lazos de admiración y afecto; Congresistas Todos:

¡ Con cuánto alegría, con cuánto gusto os hubiera acompañado en el presente acto! En primer lugar habría correspondido así a la alta distinción de haberme conferido la presidencia de honor del Congreso; en segundo término porque así habría podido aprender mucho escuchando las intervenciones de tantos colegas y amigos a quienes admiro y quiero; y finalmente por tratar relación con la juventud filológica valenciana. Y además, porque en el caso de la vida es confortable verse de nuevo en la ciudad de nacimiento y revivir los nunca olvidados recuerdos de la infancia. Pero mis 87 años recién cumplidos no han pasado sin dejar huella. Con palabras de Jorge Manrique, "Todo se torna graveza/ cuando llega al arrabal/ de senectud". Y he tenido que renunciar a viajes, y en el caso actual, a renunciar al pasado irreversible, a pláticas con amigos y colegas distantes, y a compartir personalmente el momento de una nueva actividad separada ante la creciente pujanza del español americano y de su estudio por los hispanohablantes de la otra orilla.

Gran idea la idea de convocar en Valencia este doble Congreso. Valencia, abierta al mundo más mediterráneo, pero en estos al margen de lo que fue la colonización de Hispanoamérica y la recepción de lo hispanoamericano en nuestro mundo. Pero desde los albores del presente siglo el creciente florecimiento de las letras y del pensamiento en el nuestro mundo hispanohablante han hecho cambiar radicalmente la situación: no son ya sólo países como Rubén Darío, Quijote, Vallejo

2

RAFAEL LAPESA MELGÁN
ACADEMIA DE PROFESORES
C/ MARQUE IBARRI MADRID, S. N.º 2
28012 MADRID

y Navarra los grandes influentes en la literatura española de nuestro tiempo y a su lado están pensadores como Roth, Alfonso Reyes y Velasco Paz, creadores de ficción narrativa como Borges, Nizkor, Juanita Miralles, Cacho, Fuentes, Cortázar, Sebaste... ¡qué nombres y qué abundancia de legados! Y si en los albores de la filología hispánica Alfonso Reyes y Riber Henríquez Ureña buscaron y recibieron su primera orientación en la escuela española de Menéndez Pidal o de sus discípulos de ella enviados a Buenos Aires - casa de Amado Alonso - o a Puerto Rico - casa de Navarro Tomás, Gildardo Gago, etc. - otros han [redacted] iniciado nuevas orientaciones con paciencia y entusiasmo ejemplares. El doble legado de Valencia puede y debe contribuir eficazmente al mutuo conocimiento que beneficia por igual a los estudiantes de las letras hispanas a uno y otro lado del océano Atlántico.

Muchas gracias.

Madrid, 14 de febrero de 1995.



Rafael Lapesa el día de su primera comunión.
[Colección particular.]

Fue en verdad ejemplar el esfuerzo de actualización llevado a cabo en su *Historia de la lengua*, que llegó a conocer nueve ediciones a las que fue incorporando los logros que la disciplina iba consolidando en el campo de las lenguas prerromanas, la dialectología, la relación entre la lengua hablada y la escrita a través de los siglos, la fonología diacrónica, la sintaxis histórica, la lexicografía histórica, con el fin de ofrecer a los estudiosos (estudiantes en su gran mayoría) los nuevos avances de la materia. De forma complementaria y más especializada, daba a la luz trabajos magistrales sobre textos, fueros, con especial atención al español americano en todas sus dimensiones. Lapesa no olvidó nunca su faceta de profesor de Instituto. Su *Historia de la lengua* nació desde esa perspectiva; después, ha servido de texto básico a generaciones de estudiantes universitarios hasta terminar siendo traducida al japonés tras su muerte.

A comienzo de curso entregaba a los alumnos separatas de los artículos que no tenía previsto desarrollar en clase, pero que consideraba necesarias para su formación. Era escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones, que ejercía con ardor y entusiasmo juveniles incluso en sus últimos años. Corregía pacientemente los exámenes parciales y los devolvía con enmiendas manuscritas para que el alumno supiera cómo debía enfrentarse al examen final. Cuando en 1974, rodeado de alumnos, contemplábamos en el la planta 8ª del edificio B de Filología el cristal horadado por la bala procedente de la policía, recordó con sobrecogimiento los graves incidentes estudiantiles que había presenciado unos años antes

en México; quedamos todos muy impresionados por su forma de entender los conflictos universitarios y aquella situación inesperada nos infundió el sentimiento de cercanía hacia nosotros que por aquel entonces era poco común en el profesorado universitario. Encontraba de manera inteligente la forma de compensar las lagunas derivadas de la situación estudiantil en los primeros setenta. También en 1974, cuando los alumnos le comunicamos a mediados de mayo que ya no iríamos más a clase para así poder dedicarnos a preparar los exámenes, él decidió dedicar el tiempo lectivo que restaba a hablar sobre el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, con carácter voluntario y sin que, por lo tanto, formara parte de la materia de examen. En ese mismo curso, tras el examen final citó para una nueva prueba a un grupo de estudiantes que no lo habían superado: se trataba de alumnos que no mostraba interés por las enseñanzas filológicas que él impartía, pero mostraba gran entusiasmo por corrientes lingüísticas entonces renovadoras; en el nuevo encuentro devolvió a cada uno de ellos su examen suspendido con el fin de que lo rehiciera, tras advertirles que la calificación negativa no tenía justificación en su caso. Alguno de ellos es hoy catedrático universitario.

La Morfosintaxis histórica del español ha sido materia construida palmo a palmo por el propio D. Rafael a lo largo de su dilatada y fecunda vida académica. Durante cuarenta años fue publicando trabajos esenciales que sirven tanto a los estudiosos de la historia de la lengua como de la literatura, al tiem-



Caricatura de Rafael Lapesa por Gallego.
[Colección particular.]

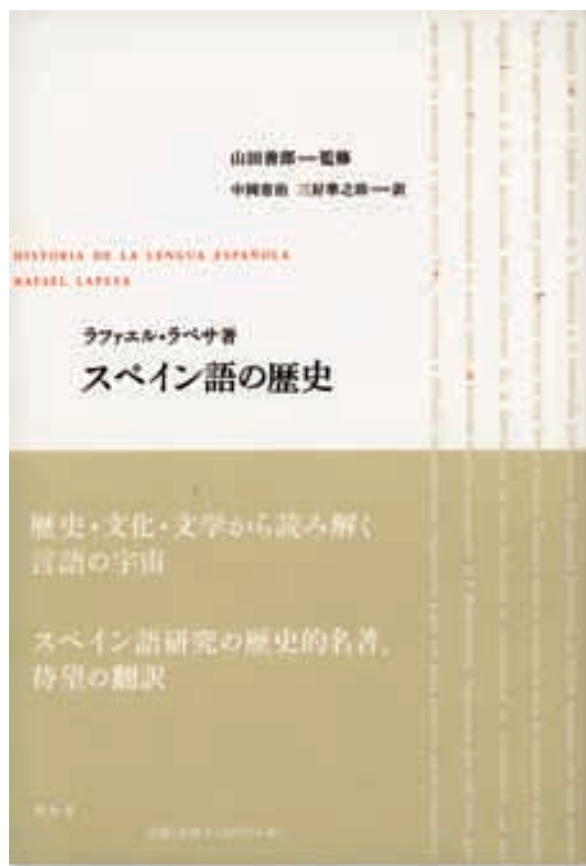
po que aportan un corpus de trabajo basado fundamentalmente en textos literarios de diferentes épocas. A lo largo y ancho de sus años de magisterio fue integrando en el aula los resultados de su actividad investigadora. Dedicó su atención investigadora a todo el

dominio peninsular, muestra de lo cual son sus continuas alusiones al dominio catalán, portugués, asturiano y vasco, principalmente.

En el año 1995 el Departamento de Filología organizó en Valencia un Congreso sobre *Historia de la lengua española en América y España* del que fue nombrado Presidente de Honor. Su edad no le permitió asistir, pero se comprometió a escribir un texto para que fuera leído en su inauguración, tal como se hizo en el Paraninfo de la Universitat de València, en el acto inaugural presidido doblemente por el Rector Pedro Ruiz y por Emilio Alarcos Llorach. Transcribo el texto, que es testimonio de su talante personal y vocación a las tareas docentes en su sentido más amplio:

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector de la Universidad de Valencia; Ilustres profesores que han tenido a su cargo la organización del presente Congreso; Ilustres profesores que van a intervenir en él, con los que estoy ligado por lazos de admiración y afecto; Congresistas todos:

¡Con cuánta alegría, con cuánto gusto os hubiera acompañado en el presente acto! En primer lugar habría correspondido así a la alta distinción de haberme conferido la presidencia de honor del Congreso; en segundo término porque así habría podido aprender mucho escuchando las intervenciones de tantos colegas y amigos a quienes admiro y quiero; y finalmente por trabar relación con la juventud filológica valenciana. Y además, porque en el ocaso de la vida es confortante verse de nuevo en la ciudad de nacimiento y revivir los nunca olvidados recuerdos de la infancia. Pero mis 87 años recién cumplidos no han pasado sin dejar huella. Con palabras de Jorge Manrique, “todo se torna graveza / cuando llega al arrabal / de senectud”. Y he



Traducción al japonés de la *Historia de la lengua española*.
[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa.]

tenido que renunciar a viajes, y en el caso actual, a remozar el pasado irreversible, a platicar con amigos y colegas distantes, y a compartir personalmente el crecimiento de una nueva actitud española ante la creciente pujanza del español americano y de su estudio por los hispanohablantes de la otra orilla.

Gran idea ha sido la de convocar en Valencia este doble Congreso. Valencia, abierta al mítico mar mediterráneo, parecía estar al margen de lo que fue la colonización de Hispanoamérica y la recepción de lo hispanoamericano en nuestro mundo. Pero desde los albores del presente siglo el creciente florecimiento de las letras y del pensamiento en el nuevo mundo hispanohablante han hecho cambiar radicalmente la situación: no son ya poetas como Rubén Darío, Huidobro, Vallejo y Neruda los grandes influyentes en la literatura española de nuestro tiempo; a su lado están pensadores como Rodó, Alfonso Reyes y Octavio Paz, creadores de ficción novelesca como Borges o Rulfo, García Márquez, Carlos Fuentes, Cortázar, Sábato... ¡qué inmensa y deslumbradora legión! Y si en los albores de la filología hispánica Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña bus-

caron y recibieron valiosa orientación en la escuela de Menéndez Pidal o en vástagos de ella enviados a Buenos Aires –caso de Amado Alonso– o a Puerto Rico –caso de Navarro Tomás, Gili Gaya, etc.–, otros han iniciado nuevas orientaciones con pericia y entusiasmo ejemplares. El doble Congreso de Valencia puede y debe contribuir eficazmente al mutuo conocimiento que beneficie por igual a los estudiosos de las letras hispanas a uno y otro lado del antaño Mar Tenebroso. Muchas gracias. Madrid, 14 de febrero de 1995. Rafael Lapesa.

No cabe mejor colofón para cerrar estas pocas páginas de homenaje al maestro que hoy nos encuentra a todos unidos en su recuerdo.



Anillo de la Universitat de València .

[Colección particular. Fotografía de Maque Falgás.]

Rafaela



Don Rafael y la Fundación Ramón Menéndez Pidal

Antonio Lago Carballo

Fundación Ramón Menéndez Pidal

plna

A mediados del año 1982 Jimena Menéndez Pidal me pidió que hablase con el Ministro de Educación y Ciencia, Federico Mayor Zaragoza, (con el que yo era subsecretario), para informarle acerca del problema presentado por su hermano Gonzalo a propósito de la casa que ambos, y por indiviso, habían heredado de su padre, don Ramón. Se trataba de evitar la venta del chalet y del solar en Chamartín. A juicio de Jimena la solución para salvar este problema sería que el ministerio adquiriese el inmueble y la finca. Mayor Zaragoza me pidió que solicitase de los servicios administrativos del Ministerio un informe sobre tal posibilidad, el cual fue negativo pues no había partida presupuestaria para ello. Por indicación de Ministro me entrevisté con su colega de Hacienda, Jaime García Añoveros, quien repitió la negativa por la misma razón: la carencia de una partida presupuestaria idónea para tal operación.

Tras el triunfo del PSOE en las elecciones de octubre, Jimena expuso el problema a José María Maravall, nuevo ministro de Educación, con el mismo resultado negativo. Por su parte, Federico Mayor regresó a su cátedra universitaria y a la Fundación Areces, como principal asesor científico, lo cual abría la posibilidad de presentar a don Ramón Areces la cuestión que inquietaba a Jimena. Areces reaccionó muy favorablemente e invitó a un almuerzo a Jimena y a quienes compartíamos su preocupación: Rafael Lapesa, Joaquín Pérez Villanueva y yo. Por parte de la Fundación Areces asistieron Isidoro Álvarez, Federico Mayor, Juan Manuel de Mingo y Florencio Lasaga. La

conversación fue muy esclarecedora de la situación, se manejaron datos y cifras, y se precisó, especialmente por Lapesa, la labor que se desarrollaría en la casa de Menéndez Pidal, si quedaba garantizada su permanencia, por un grupo de estudiosos e investigadores, bajo la dirección de Diego Catalán, nieto de don Ramón y heredero de su archivo documental.

Como principal conclusión, el presidente de la Fundación Areces señaló la necesidad de que se constituyese una Fundación, con la titularidad de Ramón Menéndez Pidal, como interlocutora de la por él presidida. Y asimismo sugirió la conveniencia de que se publicase una biografía escrita por algún buen conocedor de la vida y obra del insigne historiador, iniciativa que fructificó pocos meses después gracias al buen texto escrito por Pérez Villanueva.

Diego Catalán en su libro *El Archivo del Romancero, patrimonio de la humanidad* (Madrid, 2001) reproduce la carta que Rafael Lapesa escribió el 30 de junio de 1983 a Ramón Areces en la que puntualizaba, como observador privilegiado, la importancia y significación tanto de la Biblioteca Menéndez Pidal como del archivo científico, y encomiaba la labor realizada por las Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, más tarde Instituto Universitario, existente en la Universidad Complutense, dirigido por Diego Catalán. Lapesa concluía así su carta:

Me ha movido a escribirla el testamento de mi maestro, que en una de sus disposiciones recomienda a sus hijos *que para mayor utilidad de dicha Biblioteca procuren organizar a base de ella un centro de trabajo, abierto a un público más o menos restringido.*

Sin duda alguna, la rica personalidad de Jimena y la autoridad moral y el prestigio intelectual de Lapesa influyeron decisivamente en Areces. De acuerdo con lo por él sugerido, el 8 de noviembre de 1983 quedó formalmente constituida la Fundación Ramón Menéndez Pidal, y los firmantes de la carta fundacional elegimos como presidente a Rafael Lapesa. Por su parte, la Fundación Areces realizó la compra de la finca y la casa en que vivió don Ramón Menéndez Pidal, y llevó a cabo las obras de restauración necesarias en el edificio.

El 11 de noviembre de 1985 con un solemne acto público, presidido por la Reina Doña Sofía y por el ministro de Cultura, Javier Solana, quedó inaugurada la sede de la Fundación. Don Rafael saludó a la Reina explicándole el interés de aquella efeméride:

En esta ocasión, Señora, habéis querido honrar con vuestra gentil presencia la morada en que vivió y trabajó durante medio siglo una de las máximas figuras que ha tenido España en el cultivo de las ciencias humanas. Don Ramón Menéndez Pidal buscó en esta casa, apartada entonces del bullicio ciudadano, un ambiente donde la vida familiar y el



Miembros del Centro de Estudios Históricos madrileño reunidos en torno a Ramón Menéndez Pidal.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

estudio se asociaron indisolublemente. Rodeada de un sencillo jardín donde los olivos de la paz tienen a su lado las jaras y romeros de la flora serrana, esta casa fue vivienda, biblioteca y –como habéis oído Jimena– taller familiar... Toda la casa conserva la presencia espiritual de aquel claro varón que fundó la escuela filológica española y la puso al nivel de la mejor europea; que descubrió a España la tradición épica, hasta entonces borrosa o ignorada, alentadora de las grandes realizaciones históricas hispanas que con su interpretación del pasado español nos llevó a meditar lo que en éste hay de excelente y lo que es preciso repudiar. Pero en esta casa no habitan sólo los recuerdos: en ella se mueve la actividad interna y fructífera de un experimentado grupo de investigadores que continúan las tareas emprendidas por el maestro... A pesar de todo, la continuidad de las tareas y el mantenimiento de la casa misma han corrido grave peligro. A fin de evitarlo, se constituyó en noviembre de 1983 la Fundación Ramón Menéndez Pidal, que inmediatamente se puso en tratos con la Fundación Ramón Areces; y ésta, tras adquirir la propiedad de la finca, concedió a título de gracia su ocupación y uso a la Fundación Menéndez Pidal para “asegurar –según reza el convenio– la continuidad de las investigaciones filológicas e históricas del eminente sabio, así como para conservar su recuerdo en la casa que fue su vivienda y lugar de trabajo.

Don Rafael Lapesa ejerció la presidencia de la Fundación con la dedicación y el acierto que se podía esperar de su sabiduría y experiencia. Seguía con atención e interés las investigaciones que llevaba a cabo el grupo dirigido por Diego Catalán y la preparación de los libros que la Fundación publicó en aquellos años. Hasta que la enfermedad mermó sus fuerzas físicas presidió atentamente las reuniones

del Patronato de la Fundación. Hasta entonces, habíamos convenido en que yo pasara a recogerlo a su casa y, en cambio, mientras sus piernas se lo permitieron, él regresaba caminando desde Chamartín a la residencia de profesores en la calle de Isaac Peral. Poco a poco, le fue costando más entrar en el coche, y un día con su discreto humor me confesó al sentarse a mi lado: “–Con los años he llegado a saber que es más fácil sacar la pata que meterla...”

Muy pocos años antes de su muerte, hizo entrega a la Fundación Menéndez Pidal de las colecciones de revistas especializadas que había acopiado a lo largo de su vida, las cuales fueron colocadas en la Sala “Rafael Lapesa”, inaugurada el 27 de junio de 1994.

La última visita de Lapesa a la casa de don Ramón tuvo lugar el 8 de febrero de 1998, para asistir al homenaje que le fue tributado con motivo de cumplir noventa años. Fue un acto, presidido por la ministra de Educación Esperanza Aguirre, en el que se vio rodeado de antiguos discípulos y de amigos deseosos de dar testimonio de su afecto y devoción. Como ofrenda a don Rafael se dio cuenta en aquella ocasión del acuerdo adoptado por la Fundación Ramón Menéndez Pidal y la Fundación Ramón Areces relativo a “la informatización del *Glosario del primitivo léxico ibero-románico* y la subsiguiente publicación del primero de sus fascículos, tal como ha sido preparado por don Rafael Lapesa a lo largo de muchos decenios de trabajo, varias veces interrumpido por adversas circunstancias”.



Rodeado de discípulos el día de la inauguración de la Sala "Rafael Lapesa" en la casa de Menéndez Pidal en Chamartín (1995). De izquierda a derecha: Diego Catalán, José Miguel Embid, Francisco Marcos, Milagro Laín, Ana Flores, María Teresa Echenique, Rafael Lapesa y Concha Ares.
[Colección particular.]



Sala "Rafael Lapesa" inaugurada en Chamartín en 1995.
[Colección particular.]

Esta larga investigación durante algunos años había coincidido con otra surgida del deseo de don Rafael de dar cumplimiento a la petición que en 1952 le había hecho Amado Alonso en Arlington, al final de su vida, para que Lapesa concluyese su obra de mayor empeño: *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, encargo que Lapesa cumplió, dejando aparte, durante un tiempo, otros trabajos propios. Por

cierto, de los últimos días de Amado Alonso dio cuenta don Américo Castro, que asistió al entierro de su amigo, en una carta a don Ramón Menéndez Pidal:

Ha sido buena dicha que Lapesa y Pilar [Lago] llegaran poco antes de morir [Alonso]. Lapesa es lo más parecido a un santo que conozco: bondad sin tasas, generosidad, sabiduría sin vanidad. A la chita callando, desliza juicios de gran acuidad.

Diego Catalán, discípulo de Lapesa, coincidiría con este juicio en su contribución al libro ofrecido a don Rafael, con motivo de su jubilación de la cátedra universitaria:

Una exquisita medida, una prudencia ilimitada, una excesiva fidelidad a sus maestros y a sus compañeros de generación de trabajo, un desagrado innato por todo acto de exhibicionismo personal han impedido a Lapesa arrogarse el papel de "maestro". Y, sin embargo, ninguna tan merecedor de ese título como él.

Poco tiempo después de aquel 8 de febrero, don Rafael hubo de ser hospitalizado y a la salida del hospital se vio forzado a recluirse en su casa y a abandonar su labor de investigación. "Su ausencia física de las reuniones [del Patronato de la Fundación Menéndez Pidal] simbolizó, consecuentemente, el cierre final de unos tiempos históricos", escribió Catalán en su libro sobre el Archivo del Romancero.

El 1 de febrero de 2001 falleció don Rafael Lapesa y con él España perdía un *hombre esencial*, como lo definió Jorge Guillén. La exposición sobre su vida y obra, auspiciada por la Generalitat Valenciana, es una elocuente demostración de la verdad encerrada en la afirmación del poeta.

P.D.: Hubiese correspondido a don Diego Catalán Menéndez-Pidal escribir un artículo para este catálogo, dada su condición de distinguido discípulo de don Rafael Lapesa, a quien sucedió en la presidencia de la Fundación Menéndez Pidal, pero una grave caída sufrida por el profesor Catalán a media-

dos del mes de diciembre último y el posterior período de rehabilitación, movieron a los organizadores de esta Exposición a solicitar mi colaboración.

Ya entregado mi texto, el 9 de abril una parada cardíaca, ponía fin en Madrid a la vida de don Diego Catalán, gran filólogo, historiador y continuador de la obra de su eximio abuelo.



Glosario del primitivo léxico ibero-románico, culminación personal de la obra iniciada en 1927 en el Centro de Estudios Históricos .
[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa.]

Rafaela



El legado de Rafael Lapesa en EE.UU.

Luisa López Grijera

Ann Arbor

Lapesa

Lo que podemos llamar el legado de Rafael Lapesa en los Estados Unidos es mucho mayor de lo que uno podría imaginar, pues no sólo tiene sus raíces en los cursos dictados por él en algunas de las más distinguidas universidades americanas, sino de su contacto académico en España, donde orientó a muchos americanos que estaban formándose en el hispanismo. Ante todo conviene recordar que los cursos graduados se imparten en estas universidades selectas a un pequeño número de alumnos –entre dos y ocho–, por lo que más que clases resultan seminarios. Por eso no hay que sorprenderse de que los nombres no sean muchos, aunque sí, como se verá, todos aquellos han acabado siendo figuras destacadísimas del hispanismo internacional. Algunos ya se han marchado, pero he recogido el testimonio de varios de los que aún continúan estudiando tal como el maestro.

Lapesa vino a los EE.UU., con sus cuarenta años ya cumplidos, como profesor visitante en el curso universitario de 1948-49. Aquel joven que se había doctorado a los 23 años, y era catedrático de instituto desde 1930, había ganado por oposición la cátedra de Gramática histórica de la Lengua Española en la Universidad Central de Madrid en 1947. Su *Historia de la Lengua Española* había aparecido en 1942, y ese mismo año del viaje a América, 1948, aparecían en Salamanca y en Madrid dos valiosos libros suyos: *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés*, y *La trayectoria poética de Garcilaso*. Recuerdo estas fechas porque don Rafael mismo me contó que la Universidad de Harvard le había ofreci-

do una plaza “antes de ganar las oposiciones” en España –es decir antes de 1947–, pero, agregó, que no aceptó ese puesto porque hubiera significado dejar abandonadas las nuevas generaciones españolas. Volvieron a ofrecérsela al morir Amado Alonso en 1952, pero por la misma razón tampoco aceptó. En el curso universitario de 1948-49 fue profesor visitante además en Princeton y en Yale: tres de las más ilustres Universidades de la llamada “Ivy League”. Unos años más tarde, en los cursos 1952-53 y 1953-54 volvió como visitante a Harvard, a Yale y a Pensilvania. Dictó conferencias y cursillos también en otras universidades. En 1956 fue visitante en Madison, Wisconsin.

Aunque en este nuevo mundo de la electrónica no es fácil obtener datos de archivo del viejo mundo del papel, con todo, gracias a la ayuda personal de colegas amigos –Francisco Márquez Villanueva y Luis A. Murillo para Harvard, Ivy Corfis para Wisconsin y Elías Rivers para Yale, a los que agradezco infinitamente su ayuda–, he podido juntar un par de datos sobre los cursos dictados y los tópicos, pero no así sobre el nombre de sus estudiantes. Tristemente este trabajo de consulta de archivos me ha sumergido en un doloroso *memento mori*: muchos de los antiguos colegas y alumnos de don Rafael, que con gran gusto hubieran podido narrar episodios de entonces, ya no están. En primer lugar haremos un paseo por esas visitas, y en segundo le veremos orientando a estudiantes americanos que viajaban a España para estudiar y completar investigaciones.



De la pronunciación medieval a la moderna en español: tomos I y II de la obra de Amado Alonso preparados y dispuestos para la imprenta por Rafael Lapesa.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

Sobre su primera estancia en la Universidad de Harvard, en el verano de 1948, debo recoger unas líneas del mismo don Rafael: había ido invitado por el que llamaba “hermano mayor”, Amado Alonso, que acababa de llegar huyendo de la persecución peronista en Buenos Aires. Don Rafael comenta que allí Alonso “pronto se rodeó de nuevos discípulos

valiosos, tanto norteamericanos como de origen hispánico o centroeuropeo: entre ellos se contaban Claudio Guillén, Juan Bautista Avallé-Arce y Edward Glaser”. Este último, que tanto sirvió a la erudición hispánica a pesar de su temprana muerte, estaba trabajando con don Amado su tesis doctoral, que defendió hacia 1951, y que en la siguiente visita de

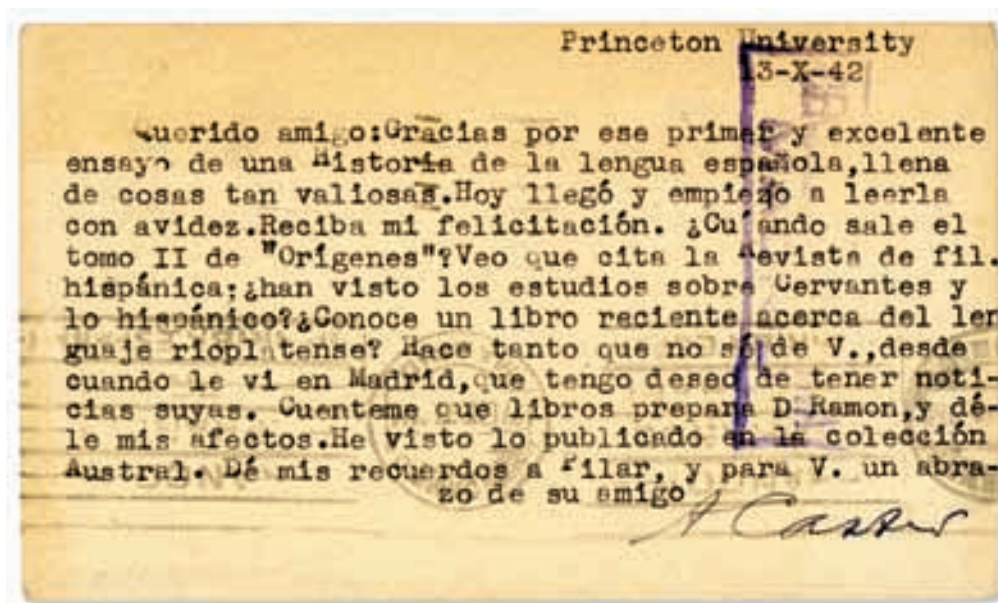
Lapesa, siendo ya Instructor, prestó “muy eficaz ayuda en los primeros momentos de mi trabajo y asumió después la penosa tarea de completar –en realidad, rehacer totalmente– la bibliografía que aparecerá en el volumen III” (Idem, p. 8) de la obra póstuma de Amado Alonso: *De la pronunciación medieval a la moderna en español*.

De Yale no he conseguido datos de archivo sobre títulos y tópicos, pero sí el testimonio personal de uno de aquellos alumnos: el del gran filólogo americano –que fue presidente de la Sociedad Internacional de Hispanistas– Elías Rivers, que era entonces un incipiente aprendiz de español:

Entre 1948 y 1952 los aprendices del hispanismo en Yale University tuvimos la gran suerte de tener como profesores visitantes de España a Dámaso Alonso y a Rafael Lapesa. Yo entonces apenas sabía español, pero me atreví a asistir a las clases que dictaron. Con don Dámaso descubrí la poesía del Siglo de Oro, materia que seguí estudiando con don Rafael.

Y sobre éste añade un precioso comentario:

Las clases de éste eran siempre un modelo de claridad bien ordenada, y aprendía yo cada vez más. Era una cuestión de su afectuosa personalidad: con toda su erudición era siempre modesto y asequible, y así empezó en Yale nuestra amistad.



Postal de Américo Castro (1942).

[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

De aquella primera estancia suya en Yale recuerdo las conversaciones sobre el maestro con otro estudiante de entonces, Theodore Anderson, que como Jefe del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Texas fue uno de los promotores en la década de los sesenta del bilingüismo inglés-español en las escuelas de primeras y segundas letras en aquel Estado.

En Princeton, donde era entonces profesor su maestro, don Américo Castro, supuestamente debieron asistir a sus cursos Manuel Durán, Stephen Gilman y Juan Marichal.

La estancia de 1952 tuvo otros problemas, además de la enseñanza; y hay que decir que no fue demasiado placentera para Lapesa: unos de sus grandes amigos, al que él ha llamado “el hermano mayor”, Amado Alonso, estaba gravemente enfermo. Un discípulo aventajado de Amado Alonso, el hoy gran cervantista Luis A. Murillo, me dice de aquellos días:

Yo llegué a Harvard en Septiembre de 1949 ya cuando don Rafael había vuelto a España, y no le conocí hasta que volviera en 1952. Cuando en junio de 1951 me presenté al examen [de doctorado], Amado Alonso ya estaba muy enfermo. En enero de 1952, estando Amado Alonso en condiciones muy graves, se decidió que para el año académico 1952-53 vendría Rafael Lapesa a sustituirle en el primer semestre, y Raimundo Lida en el de primavera [1953].

En efecto, en ese semestre de primavera de 1952 don Rafael enseñaba en New Haven, lo que le per-

mitía viajar a la cercana Boston para ver a su amigo y hacer proyectos, como él mismo lo narra:

En febrero de 1952, presintiendo Amado Alonso que su enfermedad no le permitiría acabar la obra cuyo primer volumen aparece ahora, me encomendó que en tal caso me hiciese cargo de ella y la pusiera en condiciones de publicación. La circunstancia de encontrarme entonces en los Estados Unidos me permitió frecuentar la comunicación con él durante los últimos meses de su vida. Pude sí conocer el plan de la obra, el estado en que se hallaban sus distintas partes y el pensamiento del autor sobre los capítulos que no había llegado a redactar. Entre marzo y mayo, sobreponiéndose a todo con un esfuerzo ejemplar, dictó Amado Alonso los prólogos y el capítulo II, y dispuso las modificaciones que habían de hacerse (Amado Alonso, *De la pronunciación medieval a la moderna en Español*, Ultimado y dispuesto para la imprenta por Rafael Lapesa, Madrid, Gredos, 1955. p. 7).

El 26 de mayo de 1952 muere don Amado y en el otoño de ese mismo año Lapesa enseña en Harvard un Seminario sobre tópicos de la literatura española y un Curso de nivel graduado de Lingüística hispánica, como me comunica generosamente Francisco Márquez Villanueva, que comenta: “La plantilla del Departamento era muy pequeña, con Amado Alonso [que había sido su] única estrella... La *junior faculty* de entonces eran Glaser, Boyd-Bowman y Juan Marichal.

Y en el otoño de 1953 vuelve don Rafael a enseñar en Harvard, reemplazando al amigo, un curso 201 de Historia de la Lengua Española, y otro 300, como el año anterior, de Lingüística hispánica. En la primavera de 1953 ese curso lo enseñó Dámaso Alonso.

PRINCETON UNIVERSITY

PRINCETON NEW JERSEY

31 de enero de 1944

Department of Modern Language and Literature

Querido Lapesa: Releyendo su carta de 13 de octubre, con los datos que amablemente me envió sobre el apóstol Santiago, vec que no contesté a la pregunta del Sr. Vázquez de Parga sobre lo que yo tengo sobre ese tema; lo de "germanus Domini" se encuentra en un artículo de E. Díaz-Jiménez en ~~xxxxxxx~~ ~~xxxxxxx~~ ~~xxxxxxx~~ ~~xxxxxxx~~ ~~xxxxxxx~~ en Boletín de la Acad. de la Historia, 1892, en una nota sobre reliquias halladas en la catedral de León. Aparte de eso tengo mucho sacado de autores árabes, que no le envío por formar una zona muy extensa del libro que preparo; es asunto complejo que tiene referencias a la Antigüedad clásica, a los evangelios apócrifos y a otras cosas. Este año confío en que salga el libro, y ya lo verá V. No he utilizado ~~xxx~~ lo que me dice del Códice Calixtino, porque de eso sólo tengo lo publicado en la Patrologia, tomo 163, en donde he hallado datos parecidos. Hay "exceso de prueba", como dicen los abogados. El problema histórico es, por otra parte, algo distinto de lo que sugieren los hechos, puesto que éstos sólo son "síntomas" de vida; la forma de vida es lo que dió origen y sentido a esos y otros muchos hechos. Desde luego la importancia de Galicia en la forja de Castilla fué incalculable.

Don Ramón escribió preguntando con tanta curiosidad sobre este trabajo, que algo le he dicho. No quisiera perturbar su ancianidad laboriosa con problema que salen fuera de su modo de pensar. Yo estoy por el método "biográfico" al tratar de la historia de un pueblo, y él tal vez prefiera el documental; un pueblo no tiene "modo de ser" (las piedras tienen), sino "maneras de hacer", de proceder. Se ve muy bien en la forma en que se utilizó Santiago.

Le repito las gracias por los ejemplos de Gomez en el siglo X. He puesto una nota agradeciéndole a V. y a D. Ramón sus datos, aunque sólo digo que el nombre ya aparece a principios del siglo X. Es natural que el ár. khoms diera gomiz, gomez, y que predominara este último por ser muchos los patronímicos en -ez. No está aquí la revista de Derecho de Coimbra y no puedo ver lo de quintan. Aunque sea difícil probar el detalle, me parece evidente que algo es quinto, alxhoms (para el acento, comp. álgebra). Lo que queda oscuro es porque el nombre de persona quedó sin artículo (khoms-gomez) y el nombre común lo conservó (alxhoms, -algo). Se diría "ese es hijo del gomez", y de ahí "un gómez". ¿Y qué an-

tigüedad tendrán los nombres de lugar Gómez? Hay muchos en el Diccionario de Madár, mi única fuente. No creo que haya Algomez.

Cuánta falta me haría tenerlo cerca, no sólo por esto, claro. Dé nuestros afectos a Pilar, y que pasen muy buen año. Nosotros hemos tenido unas Navidades fastidiosas, pero ahora el Año Nuevo comienza bien; nunca se creyó, por otra parte, que nada fuera mal.

Gracias otra vez por sus valiosos datos, y a ver si me da todos los informes que pueda; ya lo citaré debidamente, pues ya sabe que me gusta agradecer todo dato.

Un abrazo de su buen amigo

Castro

Como ya hemos visto, en las buenas Universidades americanas cuentan con pocos alumnos: en los cursos de pregrado de lengua suelen tener un límite máximo de 12 a 15 alumnos. Los graduados se suelen enseñar con tres o cuatro. De esta época dos amigos y colegas doctorados en Harvard por aquellos años, Juan Bautista Avalu-Arce y Monroe Hafter me dan algunos datos. Hafter me da uno muy humano: el maestro “Vivía en Lowell House”, que es una de las residencias de Harvard del tipo de los colegios de las viejas universidades británicas. Quiénes fueron sus estudiantes entonces no he podido averiguarlo porque no hay registros en los archivos departamentales, pero he podido hilvanar algunos datos proporcionados por amigos que, si bien no se sentaron en sus clases, tuvieron relación con él porque formó parte de sus tribunales de examen o porque dirigió en parte sus tesis. Sobre los alumnos de aquel momento me dice Luis A. Murillo que “en el otoño de 1952 los jóvenes Monroe Hafter, Robert Russell y Sumner Greenfield, estudiantes graduados, pudieron haber asistido a las clases de don Rafael”. No conozco a Russell. Desdichadamente Sumner Greenfield, excelente valleinclanista, nos ha dejado ya hace unos años. Y Hafter me escribe:

puesto que ya había acabado los cursos requeridos para el doctorado en español, nunca me senté en una de sus clases, pero fue uno de los miembros del tribunal de mi examen de doctorado, preliminar a ser admitido en la etapa de escribir la tesis. Esto ocurrió en el año 1954 aproximadamente. Yo recuerdo que estaba un poco tenso porque no sabía qué esperar de un profesor español que no tenía

experiencia en el sistema americano, pero el profesor Lapesa fue en todo momento simpático y benevolente, como si se tratara de alguien de la familia que quisiera ayudar... Fue tan amable y divertido que yo perdí toda preocupación. Y pasé mi examen.

Hafter escribió su tesis sobre Gracián bajo la dirección de Raimundo Lida. Murillo estaba escribiendo la suya, sobre “El diálogo en el Renacimiento español”, con Amado Alonso, bajo cuya dirección había trabajado dos semestres. Y me dice:

después de la muerte de Amado Alonso en mayo de 1952, fue director de mi tesis don Rafael durante el tercero de los cuatro semestres en que trabajé en ella. No recuerdo más que una consulta con él: me exigía en lo fundamental, exponer un aspecto lingüístico de la tradición clásica, i.e., el diálogo en prosa, escrito... pero familiar. Fue Raimundo Lida quien aprobó la tesis en junio de 1953.

Pero ese asesoramiento y ayuda don Rafael lo seguía ejerciendo cuando los estudiantes iban a España a investigar en archivos y bibliotecas. Elías Rivers agrega un dato muy importante sobre esa maestría de don Rafael para con los americanos.

Cuando hice mi primer viaje a España durante el curso 1950-51, haciendo investigaciones predoctorales sobre el poeta Francisco de Aldana, don Rafael me ayudó muy generosamente, poniéndome en contacto con Moñino, quien había hecho trabajos fundamentales sobre la bibliografía de Aldana. Volví a Yale con todos los textos y datos archiviales que podía encontrar y me puse a redactar mi tesis doctoral durante el curso 1951-52. En el segundo semestre

volvió don Rafael con Pilar; los recogí en el aeropuerto de Nueva York, y se estrechó cada vez más nuestra amistad.

De los cursos dictados en Yale en la primavera de 1952, que como hemos visto alternaban con las visitas a Boston –cursos de primavera son los del segundo semestre del curso escolar– de don Rafael, tengo el testimonio del conocido quevedista James Crosby, que me escribe:

Conocí al profesor Rafael Lapesa en la primavera de 1952, cuando tenía yo 28 años y completaba las últimas asignaturas del doctorado en Yale University. Me matriculé en sus cursos de Poesía del siglo XV y de Historia de la sintaxis española. Enseñar filología a los estudiantes norteamericanos no era tarea fácil. Recuerdo que el profesor Lapesa tenía mucha paciencia con nosotros, y que se esforzaba para explicarnos cómo se podía observar en el *Libro de Buen Amor* el desarrollo de la sintaxis española.

En el curso 1956 Lapesa fue profesor visitante en la Universidad de Wisconsin, en Madison. Recordaba siempre con mucho afecto aquellos días pasados junto al lago en estudio, enseñanza y camaradería con los colegas. Una lista de los que entonces estaban allí nos da el profesor Roberto Sanchez, que envía un par de fotos y los profesores Edward Mulvihill, Roberto Sanchez, Earl Aldrich, Lloyd Kasten, A. Sánchez Barbudo, Mack Singleton, Alberto Rossa, Claude Leroy, Mary Elizabeth Brooks, J. Homer Herriott, Biruté Ciplijauskaitė, A. Sánchez Romeralo... Y Antonio Villanova como profesor visitante. En cambio no he podido conseguir nombres

de estudiantes. Aunque es probable que otro distinguido hispanista que ya se marchó, haya asistido a sus clases como estudiante graduado: John Kronik.

Los cursos dictados en Wisconsin en la primavera de 1956, me dice Ivy Corfis, actual jefe del Departamento de Español, fueron, tal como los registra el catálogo de clases de ese semestre:

“Spanish 128: Historical Spanish Grammar, 8:50 Tu [martes], Th [jueves]. Spanish 223: Seminar in Medieval Spanish Literature (Topic: Poesía castellana de cancionero), 3:30 Tr Spanish 259: Seminar in Modern Spanish Syntax, 8:50 Mon [lunes], Wed. [miercoles].”

La profesora Corfis me pasa el dato de la intervención de don Rafael como juez, junto con los señores John Kronik y Louis Yapez de unos premios concedidos por recitado de poesía en el Club de español y portugués. Acaso los ganadores pudieran haber sido estudiantes de algún curso de don Rafael, especialmente los de tercero y cuarto nivel, es decir, estudiantes pregraduados.

Pero como ya se ha ido desprendiendo de algunos testimonios, la labor de maestro de don Rafael no acababa con el curso. Invitaba a su casa a los alumnos con su familia y así continuaba la formación impartida, porque muchas veces se aprende más en la mesa, compartiendo una comida, que en la clase. Así cuenta Crosby: “En algunas reuniones llegamos mi mujer y yo a conocer mejor al profesor Lapesa y a Pilar, su mujer. Nos invitaron a cenar en su piso, y charlamos del viaje a Europa que nosotros íbamos a emprender cuando terminara el curso.” Además recuerda: “también les visité en 1954 o

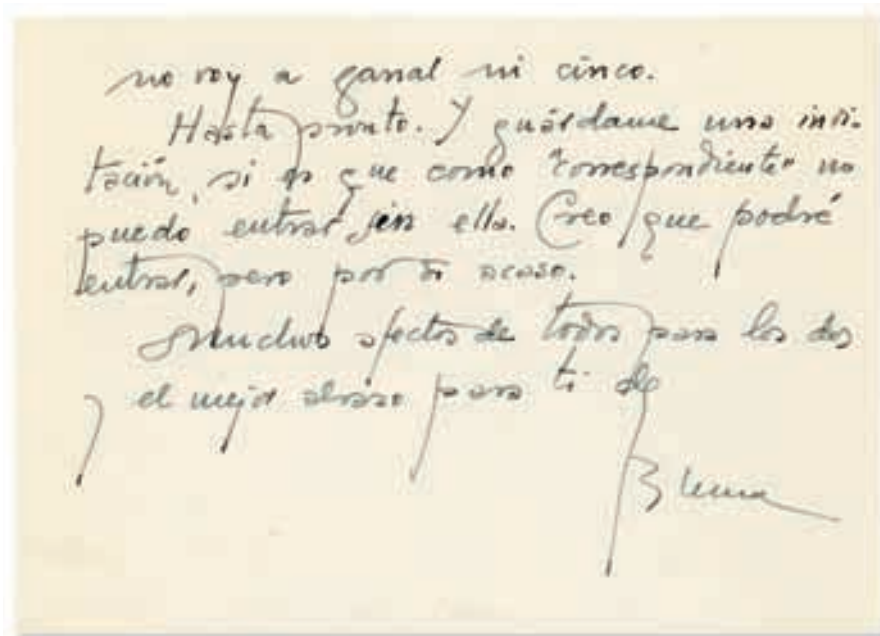
JOSÉ MANUEL BLECUA
 SANTA TERESA, 31
 ZABAGOZA - 2. III - 1951

Querido, admirado Lapesa:

Por supuesto: me tendrás en la sesión del 21. Si puedo llevar a Irene, iremos los dos, pero su madre está muy delicada y me parece que no mejorará. En este caso, iré con mi mayor, que ingresó en la "orden de los jirreos de pantolón largo". (Está la mar de nervioso escogiendo telas para su traje, y la mar de entusiasta, modo pensando en la posibilidad de ver Madrid.)

Te compadezco si andas con pruritos. Yo me pongo enfermo sólo de leer la tonta imprenta, y estoy estudiando la manera de no corregir los de los odiosos libros de texto. ¡Pensar que puedo divertirme con Herrera y Lope y me veo obligado a extractar cosas de entupación! Paciencia.

Yo me daré consejos para todo, sobre todo para dormir algo en los E.U. Soy un gustador caprichoso y pronto fue



1955 cuando Lapesa estaba enseñando en Harvard, y recuerdo vívidamente los paseos a la orilla del río Charles y las conversaciones.”

En Madrid recibía a todos los que pasaban por allí, y todo eso acababa en una verdadera amistad, en una relación de filiación de parte del antiguo estudiante; eso es lo que dice Elías Rivers cuando regresa de su primer viaje a España donde Lapesa le había conectado con el gran especialista en Aldana, Moñino:

“Volví a Yale con todos los textos y datos archivales que podía encontrar y me puse a redactar mi tesis doctoral durante el curso 1951-52. En el segundo semestre volvió don Rafael con Pilar; los recogí en el aeropuerto de Nueva York, y se estrechó cada vez más nuestra amistad.

Desde 1952, siempre que yo volvía a España, los volvía a visitar. Cuando empecé a trabajar en la poesía de Garcilaso, la *Trayectoria...* fue por supuesto mi punto de partida, y él siguió aconsejándome y ayudándome. Su estudio sobre el cultismo semántico en la poesía de Garcilaso, por ejemplo, es de una importancia que no se ha reconocido debidamente. La última vez que le vi, en su casa del Escorial, ya había muerto Pilar, y él seguía trabajando, tratando de terminar varios trabajos. Poco después él se moría, y terminaba nuestra entrañable amistad, pero él sigue siendo mi modelo personal.”

Es Crosby otra vez quien habla de esas atenciones de los Lapesa:

En Madrid almorzamos varias veces con los Lapesa, y en la primavera de 1953 les llevamos en nuestro coche a Salamanca, donde iba a dar unas conferencias. Antes de regresar a los EE.UU. me dedicó un ejemplar de su libro sobre la poesía de Garcilaso de la Vega, que conservo todavía. En los años sucesivos cambiamos ejemplares dedicados de los libros que íbamos publicando. En dos ocasiones de la década de los ochenta almorzamos él y yo en Madrid, la última vez después de la muerte de Pilar. Al profesor Lapesa le recordaré siempre por su bondad, por su erudición, su cortesía y amabilidad y su gentileza, y por su dedicación y respeto a la enseñanza de los jóvenes. Por esto, cuando murió, hacia 2005 le dediqué mi libro sobre *La tradición manuscrita de los "Sueños"*: "A la memoria de Rafael Lapesa, maestro y amigo.

Juan Bautista Avalor Arce me dice, de viva voz, lo mismo que los anteriores han escrito para dando su visión del maestro.

Resta ahora hablar de los americanos que fueron a estudiar a Madrid y allí tomaron clases con don Rafael. Una de ellas es de un americano que posteriormente haría su doctorado en Harvard, pero que había ido a Madrid a hacer una maestría: Charles Fraker, que es hoy un medievalista de rango internacional:

"El año que estuve en España, 1953-54, Rafael Lapesa solo dictó su curso el segundo cuatrimestre [invierno-primavera de 1954], pues había pasado el primero en Harvard. Yo estaba inscripto en una clase ómnibus de lingüística española, de tres materias: Historia del Español, Gramática Histórica Española y Dialectología. Todas tres me fascinaron. Mis noticias de lingüística española eran casi nulas, y aunque no puedo decir que a partir de enero del

54 don Rafael me inspirara una nueva fascinación por el pasado del español, sí puedo decir que sus presentaciones fueron admirables, elegantes y repletas de alusiones a textos antiguos. Recuerdo una vez que citó un texto que (por milagro) yo conocía, *El decir premanriqueño de Talavera sobre la universalidad de la muerte*.



Rafael Lapesa y Pilar Lago en EE.UU.
[Colección particular.]

Form I-156 (Rev. 12-16-55) U.S. DEPT. OF JUSTICE
IMMIGRATION AND NATURALIZATION SERVICE File No. 4-303766

Permit to Reenter the United States
PURSUANT to provisions of section 125 of the Immigration and Nationality Act, this permit is issued to bearer:

RAFAEL LAPESA

was either previously lawfully admitted to the United States, by means of the United States, or otherwise admissible, as a nonquota immigrant or a quota-controlled

Personal Description of Bearer

AGE	SEX	HAIR	COMPLEXION	HAZEL	YES
35	M	B	MEDIUM	DC-RR	DC-RR
HT	WEIGHT	HAZEL, FLAKE	<input type="checkbox"/> Married <input type="checkbox"/> Widowed <input type="checkbox"/> Divorced <input type="checkbox"/> Never Married		
APPROXIMATE WEIGHT					
160 LB					
COUNTRY OF BIRTH		COUNTRY OF ORIGIN		COUNTRY OF CITIZENSHIP	
SPAIN		SPAIN		SPAIN	
PORT OF ENTRY					
BOSTON, MASS.					
DATE		OFF		YEAR	
DEC. 11 1957		11 1957		1957	
APPLICABLE FOR ALIENATION SHOULD BE SUBMITTED TO IMMIGRY OFFICE AT:					
BOSTON					
Approved: <i>Jimmy R. ...</i>					
Signed by		Signed by		Signed by	
Immigration Officer		Immigration Officer		Immigration Officer	

UPON THIS EXPIRATION OF THE VALIDITY, THIS PERMIT MUST BE REAPPLIED FOR AND THE INFORMATION MUST BE FURNISHED TO THE IMMIGRATION OFFICE AT THE PORT OF ENTRY.

AMERICAN STAMPS

Permiso de entrada en Estados Unidos de Rafael Lapesa.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

Lapesa trataba a sus estudiantes con gran cortesía, cosa que me parecía poco española. Una vez que me dirigió la palabra, hasta pudo recordar mi apellido: “Como Ud. sabe, Fraker...”.

Otro testimonio de americano en Madrid es el de James Castañeda, conocidísimo especialista en el teatro del Siglo de Oro. Una de las grandes figuras de Rice University en Houston. Transcribo directamente su testimonio:

En 1957, fui a España e ingresé en el programa del Diploma de Doctor. Aprobé los cuatro cursos monográficos, pero mis profesores en Yale, donde casi había terminado el doctorado, me habían aconsejado que no trabajara con el profesor Entrambasaguas para la tesis. Al mismo tiempo que hacía las clases monográficas, escribía mi tesis para Yale, y terminé recibiendo el Ph. D. de Yale en la primavera del 1958. Acepté un puesto en Hanover College en octubre del mismo año. Durante el semestre de primavera, nos visitó don Julián Marías, a quien yo había conocido

unos años antes en Yale. Tenía ganas de sacar el título en Madrid, para el que lo único que me faltaba era la tesis doctoral, y Julián Marías me aconsejó que me pusiera en contacto con don Rafael Lapesa. Intercambiamos varias cartas, en que me explicaba que las tesis dirigidas por él tenían que referirse a la lengua española, su historia o a la dialectología hispánica. Yo había trabajado con Lope de Vega y, por fin, llegamos a un posible título: *El cultismo en el teatro de Lope de Vega*.

En todo, don Rafael se portó magnífica y generosísimamente conmigo, y sigo guardando como tesoros, las cartas que me dirigía. Nunca terminé la tesis para el Diploma de Doctor porque las obligaciones docentes de mi puesto en Hanover –6 clases en francés y español, mucho trabajo de comité, mi puesto de ayudante al entrenador del equipo de béisbol, y el nacimiento de mi hijo– dejaban bien poco tiempo libre, sobre todo cuando ya tenía un doctorado. Cada año, en mis visitas a España, o hablé por teléfono o visité a don Rafael en su Residencia de Profesores y cada año, sin falta, recibía en Texas, y con mucho agradecimiento sus saludos navideños. Participé en un acto de Sigma Delta Pi, en que fue premiado don Rafael... y me ayudó a terminar mi edición de *El esclavo del demonio*, que salió en 1980: lo único que faltaba era una nota de pie sobre la palabra “Mongibelos”. Cuando estaba de visita en su casa, sin mencionar mi evidente falta de cultura, me dijo sencillamente: “Mongibelos es el nombre italiano de Etna”.

Don Rafael Lapesa Melgar ha sido una constante inspiración a lo largo de mi carrera. Lo admiraba y lo quería.

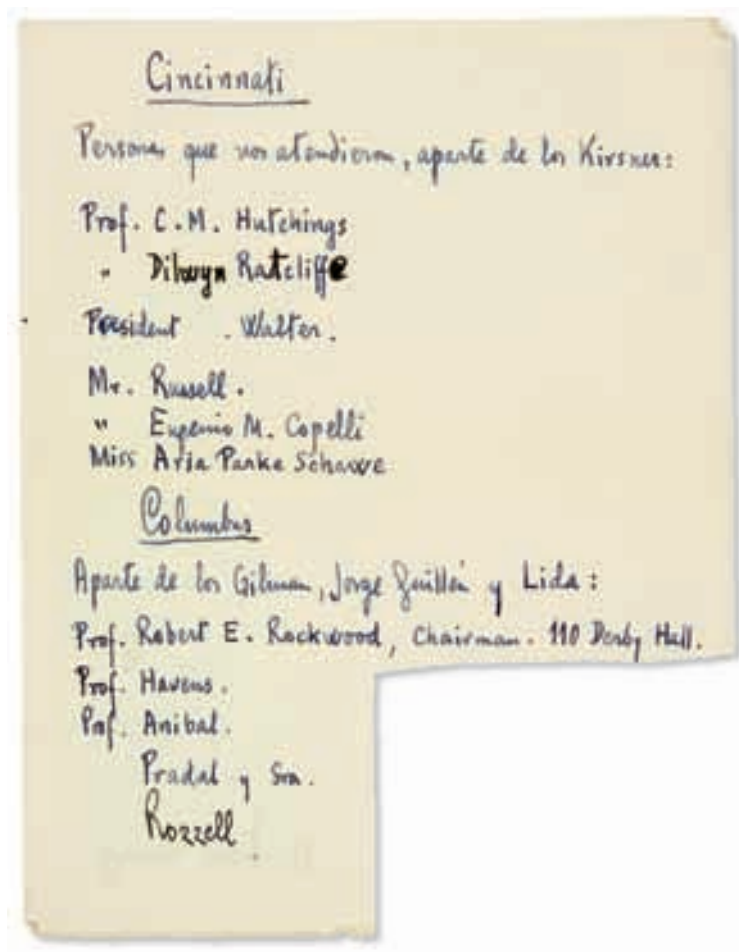
También hay testimonios de americanos más jóvenes que pasaron por Madrid recibiendo su guía y sus enseñanzas, ya casi privadamente. Ivy Corfis, medievalista, profesora en la Universidad de Wisconsin, que tan generosamente me ha procurado datos y fotos del paso de don Rafael por

Madison, le tuvo por consultante el año que estuvo en Madrid como estudiante de doctorado de la Universidad de Michigan con la beca Fulbright. Le he pedido su testimonio para cerrar estas semblanzas y me escribe así:

Consulté al profesor Lapesa tres o cuatro veces. Era sumamente paciente y tolerante con mi falta de conocimiento y con las preguntas casi tontas y básicas que le hacía. Siempre pasaba mucho tiempo conversando conmigo... sin prisa, sin prejuicio, con toda gentileza y cortesía. Me guiaba en cuanto a manuscritos y textos de retórica que yo podría hallar en la Biblioteca Nacional para ampliar mis conocimientos sobre *ars dictandi*, que me fascinaba en aquel momento, para analizar las cartas de la *Cárcel de amor*. Y él hacía todo eso mientras estaba muy preocupado por la salud de su mujer y dedicaba mucho tiempo atendiéndola. Su paciencia era enorme. Su conocimiento increíble y como muy jovencita en cosas de crítica literaria y de literatura, yo admiraba sobremanera no sólo su capacidad de explicar todo con paciencia aceptando mis ignorancias y mis equivocaciones, sino también su capacidad intelectual. Encarnaba todo lo mejor de lo humano.

Con todo, curiosamente, aunque don Rafael enseñó en las universidades americanas cursos de lingüística diacrónica, no conozco a nadie que haya sido alumno suyo y se haya dedicado con excelencia a esas disciplinas. Las han estudiado sí, pero en función del análisis literario que, en ellos, ha sido siempre un análisis filológico. Como hemos visto en los distintos grados de relación académica con Rafael Lapesa sus discípulos americanos coinciden en admirar no solo su erudi-

Relación manuscrita de personas que acogieron al matrimonio Lapesa en Cincinnati y Columbus.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]



ción, sino también su maravillosa personalidad. Esos discípulos son hoy, y han sido los que han muerto, destacadas figuras del hispanismo internacional, como es lógico, ya que eran alumnos selectos de selectísimas universidades, hispanistas que además tuvieron la suerte, como dice Rivers, de tener como profesor, aunque fuera temporariamente, a don Rafael Lapesa.

Rafaela



El profesor Rafael Lapesa

Francisco Javier Satorre Grau

Universitat de València

Lapesa

Pocas veces sucede que magisterio de un profesor trascienda el período que duró su docencia. Y menos aún que la veneración de los discípulos por su maestro vaya creciendo a medida que pasa el tiempo. Esto sucede con Rafael Lapesa. Cuando, desde la lejanía del tiempo, trato de explicarme por qué esto ha sido así, llego a la conclusión de que ello se debe a varios motivos que voy a intentar ir desglosando.

Don Rafael, como con todo afecto lo llamamos todos los que le conocimos, fue un auténtico profesor. Ser profesor fue su auténtica profesión, aquella con la que se ganaba la vida. La mayor parte de su tiempo la empleó, con total celo y dedicación, a transmitir sus conocimientos y a contagiar a sus alumnos la curiosidad por conocer, curiosidad que él tenía en grado sumo. Esto no fue sólo un trabajo, sino, en él, casi una consagración. Cualquier tiempo y ocasión era bueno para esta misión.

Muchos de los tiempos en los que le tocó vivir fueron tiempos recios como decía santa Teresa, tiempos turbulentos de revueltas políticas y de agitación universitaria. Muchos profesores de aquella universidad aprovechaban estas circunstancias para descuidar sus responsabilidades docentes alegando que era imposible, en aquel ambiente, hacer una vida académica normal. Nunca fue éste el proceder de Lapesa. La clase fue siempre sagrada para él, por más que los momentos fueran difíciles. Ni huelgas, ni jornadas de lucha, ni presiones o amenazas de la más diversa índole fueron capaces de hacerle desistir de su misión como profesor. El profundo respeto que sentía por sus alumnos le impedía dimitir de sus responsabilidades como docente.

Su carrera docente tuvo comienzo en 1932, cuando se incorporó al Instituto Nacional de Enseñanza Media “Calderón de la Barca”, de Madrid, aunque la cátedra la había ganado dos años antes, en 1930. En este instituto trabajó junto a Antonio Machado, quien en aquel tiempo era el catedrático de Francés. Ejerció su función docente como catedrático de instituto de bachillerato desde 1932 hasta 1947. Era aquella una época en la que el cuerpo de catedráticos de bachillerato contaba con intelectuales de primerísima fila como, Guillermo Díaz Plaja, Antonio Domínguez Ortiz, Emilio Orozco, Carmen Castro, José Manuel Blecua, Alonso Zamora Vicente, Vicente García de Diego, Gonzalo Torrente Ballester, Emilio Alarcos Llorach y tantos otros. En este ambiente académico de excelencia, Lapesa impartió sus lecciones en los institutos “Calderón de la Barca” y “Lope de Vega”, de Madrid y, terminada la guerra, en el “Beatriz Galindo” de Madrid y en los de Oviedo (1942) y Salamanca (1942-1947).

No interrumpió su misión docente ni cuando la guerra civil destruyó la convivencia entre los españoles. Su acusada hipermetropía lo invalidó para ir al frente, pero él se convirtió en un “miliciano de la cultura”, dedicando su tiempo a enseñar a leer a los analfabetos, que eran muy numerosos en la España de aquellos tiempos. En plena guerra civil, en 1938, recibió el encargo de Tomás Navarro Tomás de redactar un manualito de historia de la lengua española destinado a la instrucción de obreros y campesinos. La obrita, que debía ceñirse a una extensión



Rafael Lapesa, *Formación e historia de la lengua española*, Madrid, Librería de Enrique Prieto, 1943. Adaptación de la *Historia de la lengua* para uso de los estudiantes del cuarto curso de bachillerato. [Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

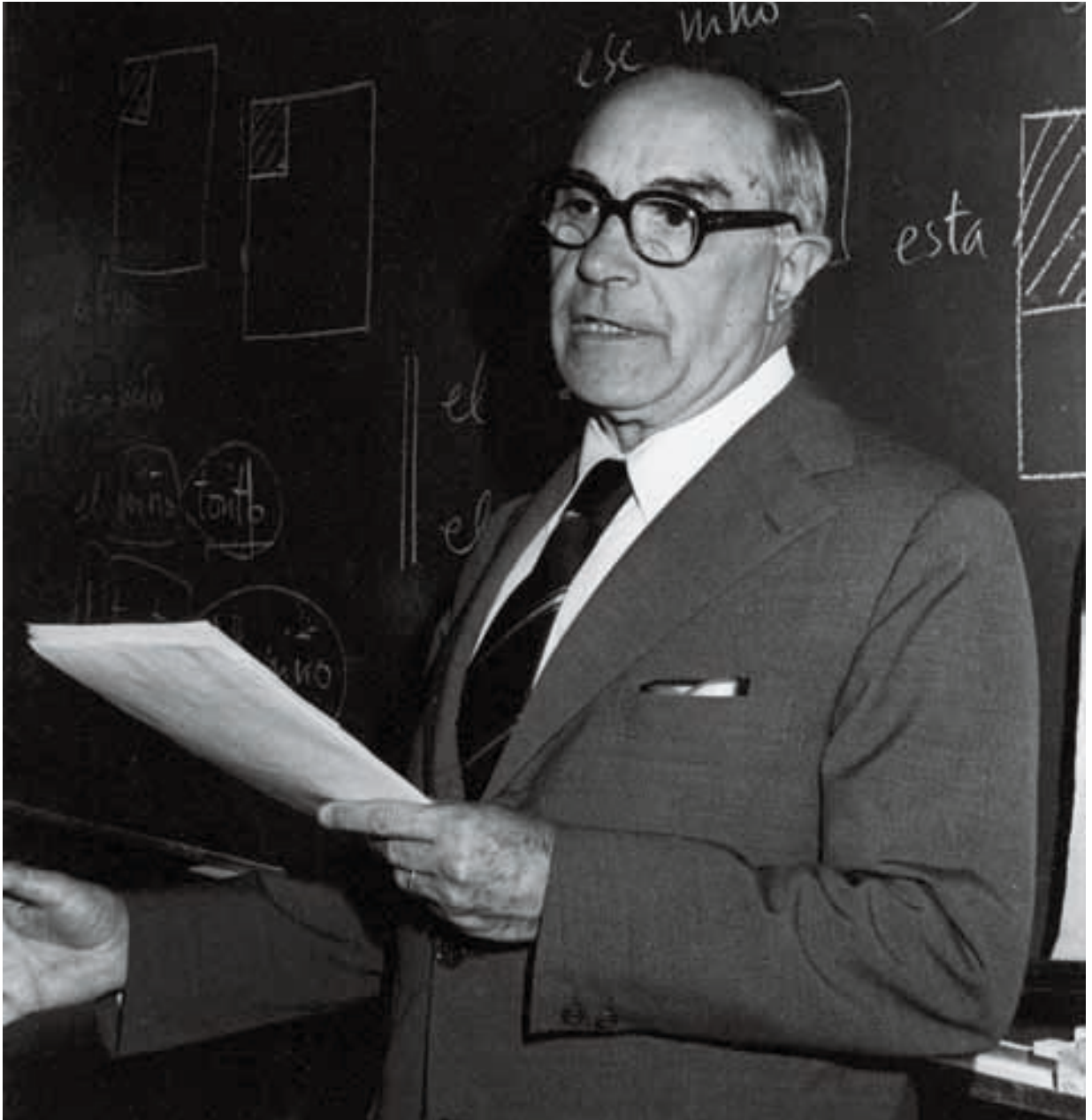
que no superara las 150 cuartillas mecanografiadas a doble espacio, tenía que explicar de manera clara y sencilla, sin emplear tecnicismos de difícil entendimiento, la historia del español para que los lectores pudieran sentir la importancia y dignidad de nuestra lengua y, como consecuencia, sirviera para favorecer la estima y la generalización de su uso. Éste es el ori-

gen de la *Historia de la lengua española*, libro que vio la luz por primera vez en mayo de 1942, publicado por la editorial Escelicer. El texto viene precedido por un prólogo de Menéndez Pidal y una “Advertencia preliminar” del propio Lapesa, en la que reconoce:

La presente obra ha sido escrita con el deseo de ofrecer, en forma compendiada, una visión histórica de la constitución y desarrollo de la lengua española como reflejo de nuestra evolución cultural. Dirijo mi intento a todos cuantos se interesan por las cuestiones relativas al idioma, incluso a los no especializados. Por eso me he esforzado en satisfacer las exigencias del rigor científico sin abandonar el tono de una obra de divulgación.

El lector advertirá en ella numerosas y extensas lagunas; en parte serán imputables al autor; en parte obedecen a que muchos extremos se hallan casi inexplorados. Con todo, he creído útil adelantar aquí mi bosquejo, esperando que sus defectos sean estímulo para otros investigadores.

Además, aprovecha para reconocer la deuda que tiene, a la hora de redactar este libro, con su maestro, don Ramón Menéndez Pidal, y “con los maestros procedentes de su escuela filológica”, aunque no nombra a ninguno. También reconoce que le han servido de orientación los textos clásicos de Karl Vossler, *Frankreichs Kultur und Sprache*, y W. von Wartburg, *Évolution et structure de la langue française*, y que ha tenido en cuenta *The Spanish Language*, de W. J. Entwistle (London, 1936) y *Inicio al estudio de la Historia de la Lengua española* de Jaime Oliver Asín (Zaragoza, 1938).



Rafael Lapesa dando clase en la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", de Santander.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

Lapesa escribió este libro con su prosa clara y precisa, y lo fue completando, ampliando y revisando, actualizándolo con la bibliografía más reciente, y desarrollando capítulos nuevos dedicados a las variantes diatópicas de la lengua, sobre todo las referentes al español de América, hasta convertirlo en el manual de estudio obligatorio en todas las universidades del mundo. En esta obra hemos estudiado la historia de la lengua española numerosas generaciones de hispanistas de los más diversos orígenes. En ella hemos podido tener acceso a los conocimientos más profundos y rigurosos de nuestra historia lingüística, disfrutando, al mismo tiempo, de un estilo claro y pedagógico, que simplifica los aspectos más complicados y hace atractivos los más áridos. La proverbial modestia de Lapesa hacía que, como dice Blecua, se refiriera a este libro llamándolo la “historieta”, para diferenciarlo de la “historia”, palabra con la que hacía alusión a la gran obra que proyectaba su venerado maestro, Menéndez Pidal. En su *Historia de la lengua*, Lapesa combina perfectamente la historia externa y la historia interna; el propio Lapesa dice:

Me he esforzado en presentar la indisoluble interpenetración de la historia externa de la lengua con su historia interna, con sus cambios de formas y estructuras, encuadrando la creación y evolución lingüísticas en el marco de la historia general, que muchas veces descubre la causa que las genera o el sentido que las encamina.

Del mismo modo, lengua y literatura se entrelazan de manera tan armoniosa que no puede enten-

derse la una sin la otra. No existe en el pensamiento de Lapesa la división que en la actualidad parece oponer –y casi enfrentar– a los estudiosos de la lengua y de la literatura. Hoy en día, lamentablemente, es frecuente ver lingüistas que casi se enorgullecen de no conocer prácticamente nada de la literatura española, y profesores de literatura que ignoran por completo los secretos de la gramática de la lengua en la que están escritas las obras literarias que estudian. Lapesa era un verdadero filólogo; para él, el conocimiento de la lengua se obtenía por el estudio de los textos y, al mismo tiempo, el saber lingüístico permite poder analizar y comprender en qué reside el auténtico valor de un texto literario. Y así comprendemos la producción científica del maestro: tan importantes son sus trabajos sobre gramática histórica e historia de la lengua, como aquellos en los que estudia y analiza las obras de nuestros autores clásicos, tanto antiguos como modernos.

Lapesa, siendo catedrático del Instituto Femenino de Salamanca, preparó en 1940 una edición del *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, destinada a los estudiantes de enseñanzas medias, en la que ofrecía una selección del texto valdesiano, magníficamente anotado, acompañado de una introducción –todavía hoy de lectura obligatoria para cualquier estudioso de la obra de Valdés– en la que resume el estado de la lengua española a principios del siglo XVI, de acuerdo con los datos ofrecidos en el propio *Diálogo*. Años más tarde, en 1943, realizó una adaptación de su *Historia de la lengua* para uso de los estudiantes del cuarto curso de bachillerato. El resul-



Programa de Historia General de la Literatura, por Rafael Lapesa, catedrático de Enseñanza Media del Instituto "Calderón de la Barca" de Madrid (1932). [Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

tado fue un manualito titulado *Formación e historia de la lengua española*, impreso en la Librería de Enrique Prieto de la calle Preciados 48, de Madrid. En estos libros se aprecia el esfuerzo, propio de todos los buenos profesores de Enseñanza Media, por condensar lo voluminoso, por simplificar lo complejo, y hacer accesibles a quien quiera alcanzarlos, los secretos de la ciencia.

El paso de Lapesa por la enseñanza media fue un entrenamiento muy valioso en su formación como profesor. La necesidad de explicar conceptos de diverso grado de abstracción y dificultad a jóvenes que nacen al universo de la inteligencia y la cultura lo forzó a adquirir el hábito de la claridad, del orden riguroso en la explicación, de la programación cuidadosa de la materia objeto de sus cursos. La enseñanza media era el momento en el que el joven se iniciaba en la adquisición del lenguaje (pensamiento) abstracto y comenzaba a adquirir un bagaje considerable de conocimientos culturales que le permitieran abordar con éxito la enseñanza superior en la universidad. Cuando, desde la perspectiva desoladora del nivel de los estudios de enseñanza secundaria y bachillerato de hoy en día, observamos los contenidos de los programas y de los manuales correspondientes a aquellos años, no podemos más que lamentar la terrible degeneración y degradación que han experimentado las enseñanzas no universitarias en nuestra querida España. La enseñanza media era una enseñanza rigurosa y seria, a la que tan sólo accedía un grupo selecto de jóvenes que llenaría más tarde las aulas universitarias. Eran alumnos que estudiaban latín desde los 11 años, que tenían conocimientos históricos, filosóficos y gramaticales y literarios muy superiores a lo que hoy consideraríamos sobresaliente.

Pues bien, en ese ambiente académico, en ningún momento le interesó a Lapesa deslumbrar al estudiante con su inmensa sabiduría; sólo tuvo como objetivo conducir, con suma habilidad y destreza, a

quien quisiera tener acceso al conocimiento, por el camino adecuado para poder llegar a él. Cuantos lo conocimos en la universidad pudimos comprobar, con jubilosa sorpresa, la calidad de la enseñanza de aquel profesor ejemplar. Siempre tuvo muy claro que su misión en la universidad era la de ser útil enseñando, no la de crearse un halo de fama y admiración.

La carrera universitaria de Lapesa comenzó en 1947, cuando obtuvo por oposición la cátedra de Gramática Histórica de la Universidad Central de Madrid (la actual Universidad Complutense), ocupando la plaza que había dejado vacante su maestro Américo Castro. Ya antes, de 1930 a 1932, había ocupado interinamente aquella plaza sustituyendo a Américo Castro, que había sido destinado a Berlín como embajador de España. En aquel período de juventud –empezó a dar sus clases a los 22 años–, tuvo el compromiso de tener como alumna a Carmen Castro. Hasta los últimos años de su vida recordó el apuro y la tensión que para él supuso, en aquellos años de inexperiencia, tener por testigo de su trabajo como profesor a la hija de su venerado maestro.

Cuando llegó a la universidad en 1947, tenía Lapesa 39 años y estaba en plenitud de facultades. Traía consigo un bagaje muy importante de experiencia docente e investigadora. La residencia en Madrid le permitió, además, dedicarse con alma y vida a los trabajos de la Real Academia (fue nombrado académico en 1950), trabajos que nunca interfirieron en su dedicación docente. Las numerosas generaciones de estudiantes que poblaron sus clases

de gramática histórica pudieron comprobar, año tras año, el inmenso respeto que por los estudiantes sentía Lapesa, la rigurosa puntualidad con la que acudía a clase sin faltar nunca, ni aun en las condiciones más difíciles, en unas épocas en las que muchísimos profesores de la Universidad, con toda normalidad, encontraban múltiples motivos para dejar plantados a los estudiantes en la puerta de las aulas sin siquiera presentar una excusa.

Entre 1948 y 1960, Lapesa tuvo períodos prolongados de docencia en universidades estadounidenses: Princeton, Harvard, Yale, Berkeley y Wisconsin. En total unos cinco años de investigación y docencia enormemente fecundas. Recuerdo, ya en las puertas de su jubilación, haberle oído referirse a estos años con cierta nostalgia no carente de amargura, diciendo que, si se hubiese quedado allí, como todos sus amigos le pedían, sus condiciones como profesor y como investigador hubieran sido muy distintas a las que tenía en España, no hubiera tenido que luchar tanto, contra enemigos tan cerriles y en circunstancias materiales tan penosas. Los gigantes contra los que tuvo que pelear le hicieron, en más de una ocasión, lamentar la decisión del regreso a España. Pero regresó, afortunadamente para los que tuvimos la suerte de ser alumnos suyos en los años posteriores a esta vuelta. El contacto con centros universitarios extranjeros no cesó y fueron frecuentes las estancias breves en universidades europeas y americanas, sobre todo de Argentina y México.

Lapesa fue el responsable de la orientación hacia los estudios diacrónicos de la lengua española de

muchísimos de los que hoy nos dedicamos a ello. Los estudiantes llegábamos a sus aulas como a las de cualquier otro profesor, sin saber muy bien con qué íbamos a encontrarnos. Pero desde el primer momento, teníamos la sensación, que muy pronto se convertía en convencimiento, de que aquel profesor era excepcional.

Curiosamente, Lapesa no era un hombre de verbo fácil y discurso brillante; todo lo contrario, en su esfuerzo por encontrar la palabra adecuada, con frecuencia balbucía antes de empezar a hablar. Pero la frase que él pronunciaba era la frase perfecta, a la que no le faltaba ni le sobraba una tilde. Su manera de hablar correspondía a su manera de ser: no fue un hombre poderoso en el sentido en el que se suele entender este término, porque su presencia nunca infundió miedo ni temor. Pero su apariencia modesta nunca pudo esconder su gran sabiduría y su inmensa calidad humana. Era humilde porque era sabio de verdad, era sencillo porque no necesitaba infundir temor para hacerse respetar.

En las clases de Lapesa, la explicación de la asignatura se producía con un orden lógico y riguroso. El profundo conocimiento de la materia impartida no le impedía tener siempre en las manos unas fichas que le servían de guía en su explicación. Era el método que empleaba para seguir un camino recto y evitar digresiones que, dado su vastísimo conocimiento de todos los aspectos de la asignatura, hubieran sido más que probables, lo que hubiera ocasionado una explicación desproporcionada, con aspectos muy ampliados y otros apenas esbozados, llena de quie-

bro en su línea argumental, todo ello en perjuicio de la transmisión de los conocimientos a los estudiantes, que exige linealidad y armonía en los contenidos explicados. Esos “papelitos”, como los llamábamos sus estudiantes, no faltaban nunca en sus clases. No daba la clase de memoria; siempre se apoyaba en esos esquemas minuciosamente elaborados, que iba perfeccionando añadiéndoles pestañas con sus últimas investigaciones.

La claridad era en Lapesa casi una obsesión. Siempre repetía a sus alumnos que el mayor enemigo del filólogo era la confusión; y que la confusión nunca estaba en el objeto estudiado, sino en la mente del que estudia. Y así, nos invitaba a quitarnos las telillas de los ojos que no nos dejaban ver con claridad; porque “todo es fácil si se entiende”. Él tenía tal lucidez en todo lo concerniente a las materias que explicaba que hacía fácil lo más complicado; en boca de Lapesa, los temas más difíciles se convertían en sencillos.

Otra cosa que nos fascinaba a sus alumnos era la sensación que teníamos de que las explicaciones de Lapesa respondían a que, con mucha frecuencia, nos hacía partícipes de sus propias investigaciones, de que aquello que estábamos escuchando sólo lo podíamos escuchar nosotros, de que aquello no estaba escrito en ningún sitio, de que éramos unos auténticos privilegiados. Lapesa, con una inusual generosidad, repartía ejemplares de sus separatas a los estudiantes de sus cursos. Eran sus propios trabajos, muchas veces en copias correspondientes a las galeadas que él había corregido de su puño y letra, los

que encerraban la materia objeto de nuestro estudio. Y eran muchas las separatas que nos daba para evitarnos a los estudiantes el penoso trabajo de tener que buscar estos artículos, editados muchas veces en publicaciones difíciles de encontrar, separatas que aún conservamos con veneración como si de reliquias se tratara.

En sus clases de morfosintaxis histórica, la diacronía explicaba la sincronía. Personalmente, puedo decir que nunca he tenido ningún profesor que haya tratado mejor, que haya profundizado de manera más clara y analítica los temas relativos a la morfosintaxis sincrónica que Lapesa en sus clases de morfosintaxis histórica. Porque, según él, la sincronía no puede explicarse más que desde la diacronía. Los hechos de lengua tienen un porqué que hemos de encontrar remontando el río aguas arriba. Si conocemos el origen y las transformaciones ocasionadas por el discorrir del tiempo, podremos dar explicación cabal y razonada de lo que sucede ante nuestros ojos.

La dedicación del maestro a mejorar los conocimientos de sus alumnos llegaba en Lapesa a grados que todavía hoy asombran. Devolvía los exámenes y los ejercicios académicos corregidos con todo detalle y minuciosidad, con comentarios en los márgenes llenos de acierto y sabiduría, todo ello con su letra caligráfica, clara y sencilla como su propia explicación. Cuando al examen seguía un período de vacaciones, enviaba por correo a los estudiantes los ejercicios corregidos, para que pudieran leer las observaciones que había hecho. Ignoro cuánto tiempo tendría que dedicar a cada



Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

[Colección particular. Fotografía de Maque Falgás.]

ejercicio para realizar tanta cantidad de anotaciones y de tal precisión, pero no se entiende que un hombre con tantas ocupaciones y responsabilidades pudiera entregar su tiempo con tanta generosidad para que sus alumnos aprendiéramos. De hecho, aprendíamos tanto en aquellas notas como en sus clases.

Lapesa enseñaba a trabajar. El estudiante que asistía a sus clases podía observar la manera en la que Lapesa trataba los problemas de la lengua, a la que amaba profundamente, o cómo se aproximaba a un texto para analizarlo, no como un enemigo con el que hay que combatir, sino como un

objeto precioso del que hay que disfrutar. Sus clases eran verdaderas clases prácticas de metodología de la investigación. Tenía un método tan preciso y tan claro y lo aplicaba con tanto rigor que era difícil que los que asistíamos a aquellas clases no nos sintiéramos seguros cuando nos llegara el turno de ponernos nosotros a trabajar. Trabajar a la sombra del maestro.

Consecuencia de todo lo dicho era que sus alumnos lo respetábamos con toda nuestra veneración. Un día, en una explicación de clase citó un verso de las *Soledades* de Góngora, y, como un comentario sin malicia, dijo: “supongo que habrán leído las *Soledades*”. Todos nosotros bajamos la mirada para no cruzarnos con la suya, pero adivinamos en el timbre de su voz una tristeza honda, ante tal muestra de ignorancia en estudiantes de cuarto curso de lingüística. Nada más salir de clase, fuimos sin dilación a comprar el libro de las poesías de Góngora, a leer las *Soledades*. La pena del maestro nos dolía mucho más que la reprimenda agria de cualquier otro profesor.

Lapesa dirigió muchísimos trabajos de investigación, tesinas y tesis doctorales. Tenerlo como director de uno de estos trabajos era garantía de tutela real y efectiva. Se pueden contar innumerables casos en los que Lapesa atendía en condiciones extremas a los estudiantes que estaban elaborando sus trabajos. No le importaba estar cargado de trabajo, o molesto por alguna indisposición, o agotado por acabar de llegar de un viaje transoceánico, con el sueño cambiado; el estudiante era importante y a él



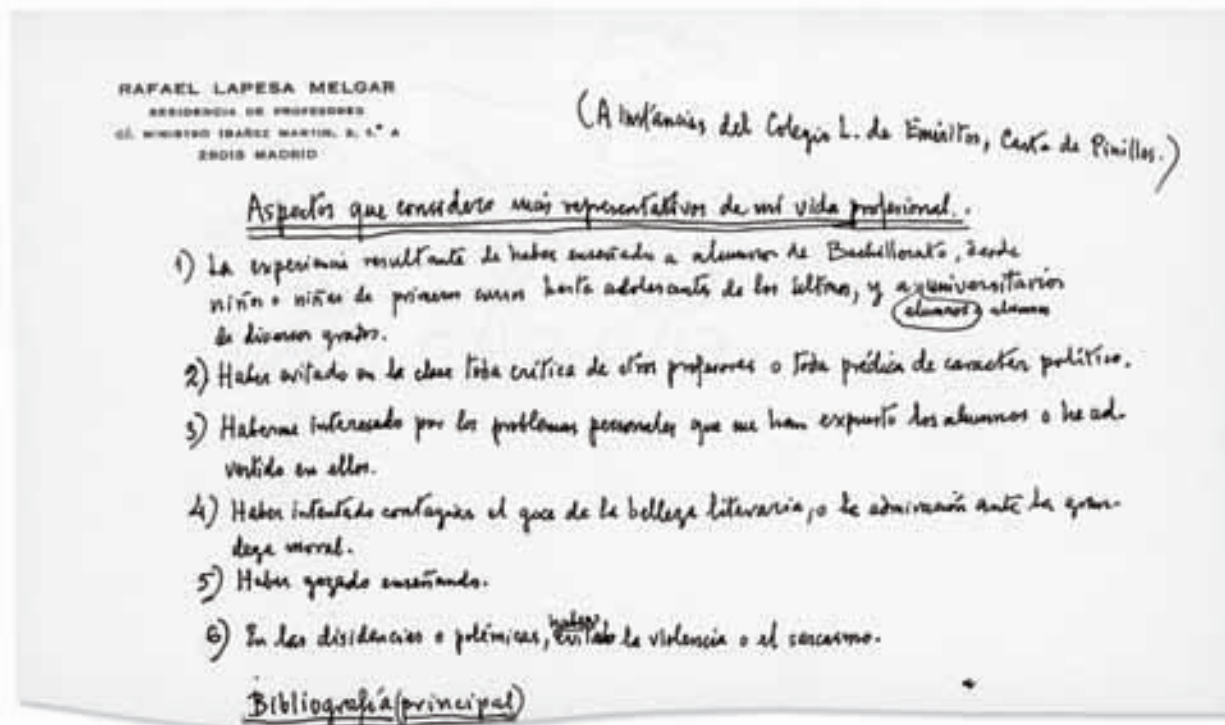
Medalla de la Universidad de Helsinki, concedida con motivo de su investidura como Doctor *honoris causa* por esta Universidad.
[Colección particular. Fotografía de Maque Falgás.]

le dedicaba todo su tiempo, como si no tuviera nada más que hacer.

De igual manera, se comportaba con suma elegancia cuando formaba parte del tribunal de una tesis doctoral. Al terminar el acto, casi pidiendo perdón, solía entregar al doctorando unas notas, escritas en el reverso de tarjetas de cartulina (presentaciones de libros, invitaciones a diversos actos, etc.), en las que, minuciosamente, corregía línea por línea el texto del trabajo presentado, pidiéndole, que si tenía a bien, tomara en cuenta aquellas observaciones donde se concentraba toda la sabiduría con la que, piadosamente, no había querido apabullarlo en el acto público.

En 1978, por razones de edad, estando en plenitud de facultades intelectuales, tuvo que jubilarse, privando así a las generaciones de los años siguientes del regalo de su magisterio. Su recuerdo

vive en los que lo conocimos como el ejemplo de un hombre que hizo del estudio de la lengua y del amor a la verdad el objetivo de su vida, como el modelo del profesor que todos queremos llegar a ser.



Aspectos más representativos de su vida profesional, según el propio Rafael Lapesa.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

Rafaela



Los libros en la vida de Rafael Lapesa

Salvador Chapa Villalba

Biblioteca Valenciana

Lapesa

La nómina de académicos que reciben a Max Aub el 12 de diciembre de 1956 cuando pronuncia su discurso de ingreso en la Real Academia Española¹ reúne, sin destierros ni olvidos, sin exclusiones ni silencios, sin fisuras y sin distancias entre españoles, a los mejores escritores del siglo pasado. En esta broma literaria aparecen juntos, por citar sólo a algunos autores, García Lorca y Giménez Caballero, Sainz Rodríguez y Américo Castro, José María Pemán y Miguel Hernández, Vicente Llorens y Eugenio Montes, Joaquín de Entrambasaguas y Rafael Lapesa.

Este sueño imposible de un exiliado nos sirve de puerta de entrada a los libros de Rafael Lapesa quien, en ese mismo año, presenta una ponencia al II Congreso de Academias de la Lengua Española y dirige tesis doctorales y memorias de licenciatura en la Sección de Filología Románica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. En 1947 había obtenido por oposición la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española, y en junio de 1950 fue elegido miembro de número de la Real Academia Española.

Un libro tomado del estante de una biblioteca personal dice muy poco de la vida de su propietario, apenas un grano de arena, pero cuando se analizan todos los ejemplares como piezas integrantes

de un conjunto podemos saber muchas cosas de quien lo leyó, del discurrir de su vida, de sus quehaceres e intereses, llegamos a una playa conformada por los embates del tiempo, por el soplo siempre cambiante de las emociones de quien ensambló estas piezas y por las acciones de los que se relacionaron con él.

Desde esta perspectiva en este artículo, más que una biografía, pretendo hacer un recorrido por los 11.893² volúmenes de la biblioteca de Rafael Lapesa en los distintos avatares de su vida. Las estimaciones que pueden hacerse son bastante relativas ya que, salvo excepciones, no me ha sido posible conocer la fecha exacta de ingreso de los libros en su biblioteca, por lo que he seguido el criterio del año de publicación de los mismos. Es muy probable, pues, que tenga errores, ausencias, inexactitudes y desmesuras esta aproximación diacrónica a su biblioteca, pero me parece una vía que puede resultar muy provechosa para conocer las circunstancias personales y profesionales de un maestro de vida y de saber, muy querido por todos los que le conocieron.

Los años de formación

Esta etapa académica de la vida de Rafael Lapesa transcurre en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central y en el Centro de Estudios Históricos.

Los primeros textos escolares de la década de 1910 están dedicados a la geografía, la agricultura, el álgebra y la aritmética. Se trata de ejemplares anota-

1. *Destierro y destiempo: dos discursos de ingreso en la Academia*. Valencia: Pre-Textos: Centenario Max Aub 1903-2003, 2004.

2. Número que figura en el tejuelo del último de los volúmenes colocados en el depósito de legados de la Biblioteca Valenciana.

dos, subrayados y bastante deteriorados por el paso del tiempo, la baja calidad del papel y las condiciones de su uso. Nos encontramos las primeras muestras de la letra de Rafael Lapesa, que escribe su nombre como poseedor en las *Lecciones de geografía general y de Europa*, de José Esteban y Gómez, y en los *Elementos de agricultura*, de Pedro Fuster.

Los métodos, manuales, libros de lectura, antologías y cuadernos de ejercicios para el aprendizaje de idiomas componen un apartado fundamental de su biblioteca. Por lo que hace al latín me interesa destacar el *Nuevo método teórico-práctico para aprender la lengua latina*, de Julio Cejador y Frauca; la *Gramática elemental de la lengua latina*, de Francisco A. Commelerán, y los *Ejercicios y trozos latinos*, de Vicente García de Diego. En plena Guerra Civil se publica en Valencia el primer volumen de la *Antología latina*, preparada por Agustín Millares Carlo, asimismo presente en la biblioteca.

Una serie de ediciones francesas dedicadas al estudio de la gramática, la sintaxis, la pronunciación, la ortografía, la dialectología y la lexicología de la lengua francesa ocupa un espacio importante entre los libros de estos años. Como ejemplos tenemos las *Observations sur l'orthographe ou Orthographe française*, de Ambroise Firmin Didot; el *Lexique de l'ancien français*, de Frédéric Godefroy; *Comment on prononce le français*, de Philippe Martinon; *Les Grammairiens et la Phonétique ou L'Enseignement des Sons du Français, depuis le XVI^e siècle jusqu'à nos jours*, de Adrien Millet; *Le problème de l'article et sa solution dans la langue françai-*



Historias de Calderón de la Colección Araluze que Rafael Lapesa leyó en Valencia en su infancia.

[Colección particular.]

se, de Gustave Guillaume; *La première année de grammaire*, de Larive & Fleury, y *Le langage populaire*, de Henri Bauche.

En la formación del joven alumno de Vicente García de Diego, Américo Castro y Menéndez Pidal debieron influir obras de lingüística publicadas en París en la década de los veinte. Las de mayor relevancia son los *Éléments de linguistique romane*, de



Papeleta de calificación

[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

Édouard Bourciez; *Le langage et la vie*, de Charles Bally; *Temps et verbe*, de Gustave Guillaume; *Le langage*, de Joseph Vendryes; *Cours de linguistique générale*, de Ferdinand de Saussure; *Traité de grammaire comparée des langues classiques*, de A. Meillet et J. Vendryes, y *Le langage et la pensée*, de Henri Delacroix.

En cuanto a obras de literatura, dejando aparte los treinta y siete títulos de las *Bibliotecas populares Cervantes* y los diez de la *Biblioteca Calleja*, en la biblioteca de Lapesa se localizan dieciséis obras de la serie “Clásicos Castellanos”, editadas entre 1913 y 1935³, que fueron una buena guía en sus primeros pasos como estudioso de la literatura española. Al margen de que se trata de obras importantes de autores fundamentales, me interesa señalar los nombres de los editores literarios Pedro Salinas, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Julio Cejador, A. G. Solalinde, Vicente García de Diego y José F. Montesinos por su vinculación con Rafael Lapesa, que realiza anotaciones en la edición de Garcilaso de 1924 y corrige algunas erratas de *El Diablo Mundo*, de Espronceda.

En septiembre de 1927 entró Lapesa a trabajar en el Centro de Estudios Históricos, primero como becario en la Sección de Filología invitado por Américo Castro, y desde 1929 como colaborador en las tareas de investigación filológica bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás. La biblioteca cuenta con, al menos, cuarenta y nueve publicaciones relacionadas con esta magna empresa cultural, destacables tanto por sus autores y editores como por su alta calidad científica y, también, por su estrecha relación con las líneas de trabajo de Lapesa.

3. Las cantidades que aparecen en el texto se han obtenido de consultas al OPAC de la Biblioteca Valenciana.

En el conjunto de obras de lengua y literatura editadas por esta institución me interesa destacar en primer lugar el grupo de cartularios y colecciones documentales que el joven profesor subraya, puntea y anota en sus estudios del español antiguo. Me refiero a las ediciones de los cartularios de San Millán de la Cogolla, San Vicente de Oviedo y San Pedro de Arlanza realizadas por Luciano Serrano; a los *Documentos lingüísticos de España*, editados por Menéndez Pidal; a los *Documentos para la historia de las instituciones de León y Castilla: (siglos x-xiii)*, coleccionados por Eduardo de Hinojosa, y a los textos de los *Fueros leoneses de Zamora, Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes*, en edición y estudio de Américo Castro y Federico de Onís.

Un segundo grupo son las obras de la serie “Publicaciones de la Revista de Filología Española”, excelentes ediciones, provistas de índices, de textos importantes de lingüística, filología, bibliografía y paleografía, manuales adecuados para el aprendizaje de los nuevos filólogos, convertidos en clásicos de prolongada vigencia. El *Manual de pronunciación española*, de Tomás Navarro Tomás, puede considerarse la obra más representativa.

Un tercer grupo, relacionado con este último, son las obras de la serie “Anejos de la Revista de Filología Española”, ediciones críticas, estudios, monografías y tesis doctorales de filología. Una selección de los títulos más importantes puede formarse con los *Orígenes del español*, de Menéndez Pidal, en cuyo glosario trabajó Rafael Lapesa; la

edición de C. Carroll Marden de *Cuatro poemas de Gonzalo de Berceo*; el *Garcilaso de la Vega: contribución al estudio de la lírica española del siglo xvi*, de Margot Arce Blanco; la edición de Dámaso Alonso de las traducciones españolas del siglo xvi de *El Enquiridion o Manual del caballero cristiano*, de Erasmo; *La lengua poética de Góngora*, de Dámaso Alonso, y los *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*, estudiados y publicados por Américo Castro.

Este recorrido por las publicaciones de lengua y literatura se cierra con la serie *Teatro antiguo español: textos y estudios*, ediciones críticas realizadas por Menéndez Pidal, Américo Castro y José F. Montesinos, que como todas las del Centro de Estudios Históricos rozan la excelencia en calidad científica y rigor intelectual.

Sobre el ambiente que se vivía en el Centro ha escrito Lapesa:

Toda escuela científica, filosófica o artística forma una familia donde los vínculos establecidos por la transmisión del saber se refuerzan con el afecto creado por la convivencia. Así surgen relaciones, intelectuales y cordiales a la vez, de paternidad, filialidad o hermandad; o semejantes a las que el vasallaje común, el ejemplo y la edad establecían en las mesnadas medievales⁴.

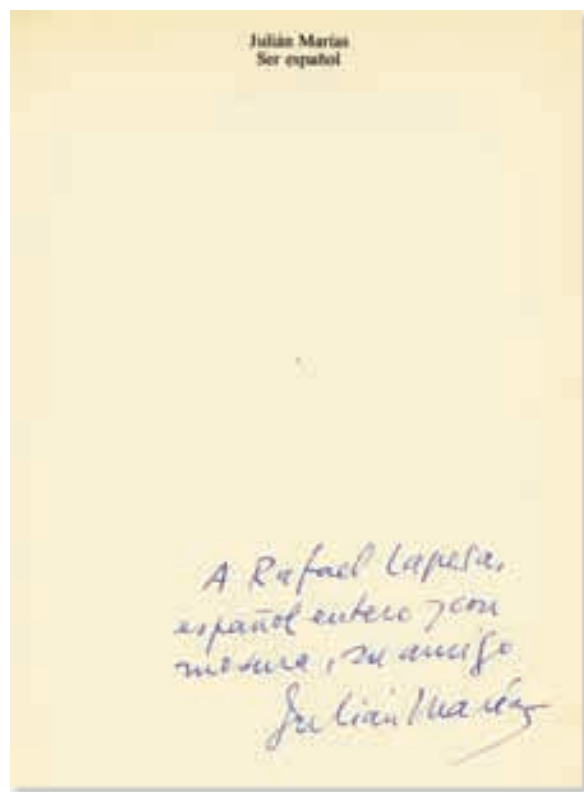
4. ¡Alza la voz, pregonero!: homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal / organizado por la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza [...]. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, Universidad de Madrid, 1979, pp. 58-59.

“Profesor ejemplar, magnífica realidad y mejor promesa”⁵

Licenciado en 1927, siguió en este tiempo los cursos monográficos de doctorado impartidos por su maestro Américo Castro en el edificio de la Institución Libre de Enseñanza y dedicados a Santa Teresa de Jesús, al erasmismo, a Garcilaso de la Vega y a *La Celestina*. En el *Homenaje a Américo Castro*, publicado en 1987 por la Universidad Complutense, traza una semblanza de su maestro con valiosas consideraciones sobre la enseñanza recibida. Como “maestros que hayan influido no sólo en la formación científica, sino también en la humana, en la conducta, en el ideal de vida [...] con magisterio que se ejercía sobre la totalidad vital del discípulo”, solamente reconoce a Menéndez Pidal y a Américo Castro⁶.

En mayo de 1930 ganó por oposición la cátedra de Lengua y Literatura Españolas del Instituto de Segunda Enseñanza de Soria. A los pocos meses pidió la excedencia voluntaria. En 1932 reingresó y fue destinado al Instituto de Oviedo. Después impartió la docencia como catedrático agregado en los institutos de Madrid Calderón de la Barca, Lope de Vega y Beatriz Galindo. A finales de 1941 se reincorporó

al Instituto de Oviedo. En el Instituto Lucía de Medrano, de Salamanca, dio clases los cursos de 1942 a 1947. Formaban parte del cuerpo de catedráticos Gerardo Diego, Antonio Machado, Samuel Gili Gaya, Salvador Fernández y José Manuel Blecuá. Por las mismas fechas desempeñó varios cursos como encargado en las facultades de Filosofía y Letras de Madrid (1930-1936), Oviedo (1941-1942) y Salamanca (1942-1946)⁷.



Dedicatoria. Mariás, Julián. *Ser español*. Barcelona: Planeta, 1987 [Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa. R. Lapesa / 1431.]

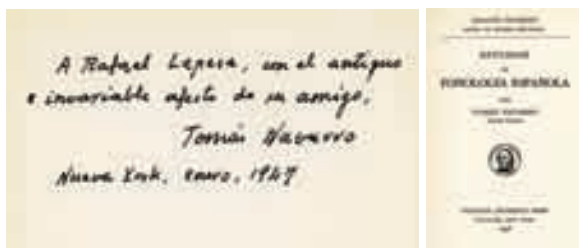
5. Dedicatoria del editor en: Cadalso, José. *Cartas marruecas*. Prólogo, edición y notas de Juan Tamayo y Rubio. Madrid: Espasa-Calpe, 1935.

6. Lapesa, Rafael "Semblanza de Américo Castro". En: *Homenaje a Américo Castro*. Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1987, p. 121.

7. Parra Garrigues, Pilar. *Historial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid: (ensayo bio-bibliográfico)*. Madrid: Universidad de Madrid, 1956, pp. 258-260.

En este tiempo de formación y primer ejercicio de la docencia tienen lugar tres hechos fundamentales en la vida personal y profesional de Rafael Lapesa: la lectura de la tesis doctoral en julio de 1931, titulada *El dialecto asturiano occidental en la Edad Media*, dirigida por Menéndez Pidal y premio extraordinario de doctorado en enero de 1932; su matrimonio con Pilar Lago en agosto, y la publicación en 1942 de la *Historia de la lengua española*, prologada por su maestro Menéndez Pidal, cuyo *Manual de gramática histórica española* ocupa un lugar fundamental en la biblioteca del joven profesor.

Al acercarnos a los libros de estos años, época de desolación y de silencio en una España desgarrada en su propio seno y enfrentada consigo misma, nos encontramos con manuales escolares de lengua española y literatura, reunidos en la biblioteca sin barreras históricas ni geográficas. En el ámbito de la literatura española y universal sobresalen las obras

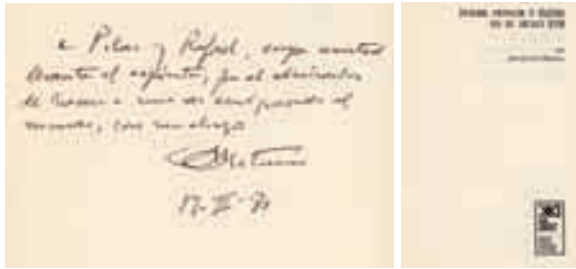


Dedicatoria. Navarro Tomás, Tomás. *Estudios de fonología española*. Syracuse, New York: Syracuse University Press, 1946.

[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa. R. Lapesa / 5329.]

de José Manuel Blecua, Narciso Alonso Cortés, Juan Hurtado y J. de la Serna, Ángel Valbuena Prat, Guillermo Díaz-Plaja, Samuel Gili Gaya y Francisco Escolano. Rafael Lapesa corrige los errores y las erratas de algunos ejemplares, firma en la guarda de la *Historia de la literatura española*, de Narciso Alonso Cortés, y estudia con subrayados y señales la *Teoría y técnica de la literatura: ensayo*, de Juan Tamayo y Rubio. En el examen de las dedicatorias de estos libros, la que más me ha llamado la atención ha sido la de J.M. Alda Tesán en la *Literatura española moderna y contemporánea: (quinto curso de bachillerato)*, de la que es coautor con José Manuel Blecua y que reza así: “A mi querido amigo y compañero Rafael Lapesa, una de las materias primas de este proyecto de libro, contando con su perdón.”

En lo tocante a los textos sobre la lengua española y su historia, los autores más destacados son Carmen García Arroyo, Félix Martí Alpera, Vicente García de Diego, Amado Alonso, Ramón Menéndez Pidal, Jaime Oliver Asín y Tomás Navarro Tomás. La *Gramática castellana: primer curso*, de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, lleva subrayados y acotaciones de Rafael Lapesa, al que en Nueva York, en enero de 1947, Tomás Navarro le dedica su *Manual de entonación española*, editado por el Hispanic Institute en su *Biblioteca del Estudiante* e impreso en Cuba. A estas publicaciones hay que añadir *El lenguaje en la escuela: grado preparatorio* y *El lenguaje en la escuela: grado medio*, realizados por la Comisión de Gramática de la Real Academia Española, en la que fueron ponentes Vicente García de Diego y Julio Casares.



Dedicataria. Maravall, José Antonio. *Poder, honor y élites en el siglo XVII*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, 1979.
[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa. R. Lapesa/ 4903.]

Otros textos de historia de la lengua dignos de mención publicados en esta etapa son *The spanish language together with portuguese, catalan and basque*, de William J. Entwistle; *Précis de grammaire historique de la langue française*, de Ferdinand Brunot y Charles Bruneau; *The french language*, de Alfred Ewert; *The latinity of dated documents in the portuguese territory*, de Norman P. Sacks; *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación la latina*, de Julio Caro Baroja; *El idioma español en sus primeros tiempos*, de Ramón Menéndez Pidal, y *Castellano, español, idioma nacional: historia espiritual de tres nombres*, de Amado Alonso, cuya dedicataria no puedo silenciar: “Para Rafael Lapesa, con felicitaciones muy cordiales por su espléndida Historia de la lengua española, afectuosamente, Amado Alonso, Bs As mayo 1943.”

La biblioteca cuenta por otro lado con dieciséis obras de la serie “Biblioteca Clásica Ebro”, editadas entre 1940 y 1947. Entre ellas me interesa destacar la

edición de José Manuel Blecua de la *Poesía*, de Garcilaso de la Vega, con firma de Lapesa en la anteportada del ejemplar, y la de Rafael Lapesa de *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés.

Siguiendo el recorrido por la serie “Clásicos Castellanos” nos encontramos con siete obras editadas asimismo entre 1940 y 1947. Alonso Zamora Vicente le dedica sus ediciones de las *Poesías*, de Francisco de la Torre, y del Poema de Fernán González, y Francisco López Estrada la de *Los siete libros de la Diana*, de Jorge de Montemayor.

En cuanto a su interés de investigador en la poesía española podemos añadir dos obras fundamentales publicadas por Dámaso Alonso, *Las Soledades*, de Luis de Góngora, y el volumen primero de *Poesía española: antología desde los orígenes hasta fines del siglo XIX*, dedicado a la *Poesía de la Edad Media y poesía de tipo tradicional*.

Para sus trabajos científicos contaba junto a algunas obras ya citadas con el apoyo de títulos como *Paleografía española precedida de una introducción sobre la paleografía latina*, de Zacarías García Villada; *Contribución al ‘Corpus’ de códices visigóticos*, de Agustín Millares Carlo; *Normas de transcripción y edición de textos y documentos*; *Estructura y norma de la investigación nacional: (texto de la ley, reglamento y disposiciones complementarias del Consejo Superior de Investigaciones Científicas)*; *Atlas histórico español*, de Gonzalo Menéndez Pidal; *Vida española en la época gótica: ensayo de interpretación de textos y documentos literarios*, de J. Rubió y Balaguer, además de quince antologías y nueve diccionarios publicados entre 1935 y 1945.

El testimonio material y duradero de sus esfuerzos en esta etapa de formación son sus publicaciones. Al margen de sus artículos en la *Revista de Filología Española*, quiero destacar cuatro trabajos. La edición crítica de 1932 del *Fuero de Madrid* consta de una transcripción de Agustín Millares Carlo, un estudio histórico de Galo Sánchez, un glosario de Rafael Lapesa y una reproducción facsímil. En esta obra el joven catedrático de instituto, colaborador del Centro de Estudios Históricos y reciente doctor, une su nombre al de dos catedráticos de la Universidad Central. El llamado por Lapesa “ejemplar mío”, encuadernado en tela blanca, contiene acotaciones, subrayados y notas mientras que el denominado “ej. de Pilar”, encuadernado en holandesa con recubrimiento de piel marrón y papel marmoleado, tiene en el glosario una dedicatoria conmovedora: “A mi Pilarín del corazón, aliento, alegría y estímulo de mi vida, con todo el cariño de que es capaz Rafael. 28 de Junio de MCMXXXII (Mes y medio antes de nuestra boda).”

“Con el deseo de ofrecer, en forma compendiada, una visión histórica de la constitución y desarrollo de la lengua española como reflejo de nuestra evolución cultural”⁸, publica Lapesa en 1942 su *Historia de la lengua española*, obra representada en la biblioteca

8. Lapesa, Rafael. *Historia de la lengua española*, prólogo de Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Escelicer, [1942] p. 7.

9. Dedicatoria en: Fernández, Salvador. *Gramática española: los sonidos, el nombre y el pronombre*. Madrid: Revista de Occidente, 1951.

por catorce ejemplares de sus nueve ediciones. Al año siguiente el Ministerio de Educación Nacional aprueba su *Formación e historia de la lengua española: adaptación para Cuarto Año de Bachillerato*, obra en cuya portada Lapesa se titula catedrático del Instituto Femenino de Salamanca. La biblioteca cuenta con el “Ejemplar para anotaciones” con la firma del autor en la cubierta, un segundo ejemplar encuadernado en holandesa y un tercero, encuadernado en piel valenciana, con nota de propiedad “Este es el de mi Pilar” en la anteportada y dedicatoria “A mi Pilarín cum anima et vita, Rafael” en la portada.

En 1947 y en la serie “Biblioteca Hispania” de la editorial barcelonesa Rauter, se publica la antología *Poetas del siglo XVI: período clásico (1525-1590)*, en cuya portada Lapesa se titula catedrático de Literatura.

Magisterio universitario y Academia Española

“En quien se hermanan ciencia y maestría”⁹

El año 1947 fue importante en la vida y la obra de Rafael Lapesa. Además de la antología citada publica en la misma editorial *Introducción a los estudios literarios*, manual en el que se titula catedrático de la Universidad Central. La biblioteca cuenta con el ejemplar dedicado a su esposa, encuadernado en piel valenciana, y con un segundo ejemplar, encuadernado en piel de cabra con papel marmoleado.

En su “Semblanza de Américo Castro” explica muy bien Lapesa la coyuntura vital en la que se encontraba:

Mi situación profesional en España era muy incómoda. Aunque las sanciones que en 1940 me impuso la comisión depuradora habían sido anuladas tres años después, seguían pesando en el ambiente y dificultaban mi acceso a cátedras universitarias. En 1946, cansado de sentirme en entredicho, pregunté a don Américo si veía posible que me abriera camino en los Estados Unidos. Su respuesta fue ofrecerme un puesto de profesor visitante en Princeton, con buenas perspectivas de consolidación ulterior. El asunto se dilató por complicaciones familiares mías y porque salió a oposición una cátedra de Gramática Histórica Española en la Facultad madrileña. Yo me resistía a concurrir porque en realidad era, con título disfrazado, la cátedra arrebatada a don Américo; pero él me estimuló para que me presentara, y una vez ganada, me repitió el ofrecimiento de enseñar en Princeton durante un año, al fin del cual habría de decidirme por quedarme allí o volver a Madrid. Acepté y llegué con mi mujer a Nueva York el 2 de febrero de 1948, el día hasta entonces más frío del siglo. El puerto estaba helado...¹⁰

En las oposiciones mencionadas, celebradas en el verano de 1947, a las que también concurren Manuel Alvar y Antoni M. Badia¹¹, había obtenido la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española, que ocupó durante treinta años con un trabajo intenso y fecundo.

Uno de los frutos más importantes de su magisterio y entrega constante a los alumnos son las tesis doctorales y memorias de licenciatura. La biblioteca cuenta con los ejemplares mecanografiados de cuarenta y siete tesis doctorales, presentadas entre 1956 y 1994, dirigidas por Rafael Lapesa, y dedicadas por un lado a diversos temas de lexicología, toponimia, dialectología, gramática y sintaxis, y, por otro, a autores españoles e hispanoamericanos, de forma más concreta, al léxico y estilo de su obra. El estudio de manuscritos y documentos, el español antiguo, el español en América¹², el análisis del lenguaje y estilo de los autores estudiados, etc., son los trabajos que se acometen bajo su dirección.

La biblioteca cuenta con los ejemplares mecanografiados de ciento veinticinco memorias de licenciatura, presentadas entre 1955 y 1977, realizadas con el asesoramiento y dirección de Rafael Lapesa. Este grupo de textos muestra unos ámbitos e intereses de trabajo centrados en la dialectología, la lexicología y la sintaxis, con muestras en todas las épocas de la literatura española desde el *Poema del Cid* y los cantares de gesta hasta Miguel Delibes, pasando por Miguel de Cervantes y Teresa de Jesús. El verbo, el orden de las palabras, el lenguaje coloquial, el estilo de las obras, etc., se estudian por alumnos en los que queda un recuerdo imborrable del maestro.

En febrero de 1947 comenzó a trabajar en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española, recién creado para elaborar el *Diccionario histórico de la lengua española*.

Se localizan ciento diez obras relacionadas con la Real Academia Española en la biblioteca de Rafael

10. Lapesa, Rafael. "Semblanza de Américo Castro". En: *Homenaje a Américo Castro*. Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1987, p. 131.

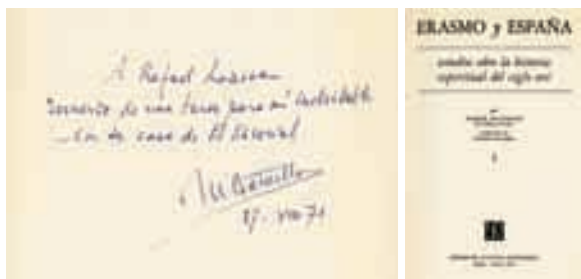
11. Badia i Margarit, Antoni M. *Manuel Alvar López (1903-2001)*. *Necrologies* [En línea]. <<http://publicacions.iec.cat/repository/pdf/00000013/00000041.pdf>>. [Consulta: 25 febrero 2008].

12. *Actas del Congreso de la Lengua Española: Sevilla, 7 al 10 octubre 1992*. Organizado por Pabellón de España, con la colaboración del Instituto Cervantes, bajo los auspicios de la Real Academia Española. Alcalá de Henares: Instituto Cervantes, 1994, p. 41.

Lapesa, que fue elegido miembro de número de esta corporación en junio de 1950 e ingresó para ocupar la silla k en 1954.

Las ediciones del diccionario de 1899, 1914 y 1925 llevan el sello de la Real Academia Española en el colofón. El ejemplar de la edición de 1939 está muy castigado por la abundancia de notas, correcciones y subrayados, que no se encuentran en las ediciones de 1956 y 1984, y son muy escasas en la de 1970.

La gramática académica está presente con las ediciones de 1771 (facsimil de 1984), 1931 –ejemplar con subrayados, notas marginales y correcciones, además de llevar en la guarda el sello “Lapesa, Residencia de Profesores, Calle Isaac Peral, Madrid”–, y de 1973. La cubierta del ejemplar en rústica de esta última, plagado de correcciones y notas marginales, lleva la firma de Rafael Lapesa y la mención “Ejemplar para anotaciones”.



Dedicatoria. Bataillon, Marcel. *Erasmus y España*. México: Fondo de Cultura Económica, 1950.

[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa. R. Lapesa / 5264.]

La normativa ortográfica está representada por las ediciones de 1952 y 1999, mientras que de los estatutos y reglamento de la RAE la biblioteca cuenta con las ediciones de 1978 –con notas marginales y corrección de erratas–, de 1994 y de 1995.

Además de la edición de la recopilación de discursos, en la biblioteca se localizan treinta y ocho discursos de ingreso en la Real Academia Española. Entre *Un eclipse de la poesía en Sevilla: la época almorávide*, leído en 1945 por Emilio García Gómez, y *El descubrimiento de la literatura en el Renacimiento español*, leído en 1997 por Domingo Ynduráin, en cuya cubierta anota Lapesa “Ynduráin (hijo)”, me interesa destacar, por un lado, los dos ejemplares de su discurso de 1954, *Los decires narrativos del Marqués de Santillana*, destinados para correcciones según la anotación de cubierta y, por otro, sus discursos de contestación en las recepciones públicas de Julián Marías, Fernando Lázaro Carreter, Emilio Lorenzo, Vicente Enrique y Tarancón, Alonso Zamora Vicente, Elena Quiroga y Francisco Ayala. Los datos que aportan sobre su relación con los nuevos académicos y el estudio de la obra de éstos me parecen muy valiosos, lo mismo que la gran cantidad de correcciones en el texto de su contestación a Emilio Lorenzo y la dedicatoria a sus hermanas de uno de los tres ejemplares del discurso de Julián Marías.

Otros detalles dignos de mención en este apartado son los fragmentos subrayados y las anotaciones marginales al discurso leído en 1982 por Jesús Prados Arrarte titulado *Don Álvaro Flórez Estrada, un español excepcio-*

nal (1766-1853) y la relación de académicos asistentes y ausentes a la recepción en 1980 de Carlos Bousoño, manuscrita al final del ejemplar del discurso de éste.

Entre las diecinueve obras premiadas en los diferentes certámenes convocados por la Academia se encuentran *Luis Barahona de Soto: estudio biográfico, bibliográfico y crítico*, de Francisco Rodríguez Marín; *El lenguaje de Santa Teresa de Jesús*, de Antonio Sánchez Moguel; *Vocabulario de D. Leandro Fernández de Moratín*, de Federico Ruiz Morcuende; *Los sufijos diminutivos en castellano medieval* y *El habla de La Bureba: introducción al castellano actual de Burgos*, obras de Fernando González Ollé, y *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, edición de Antonio Gallego Morell que en su dedicatoria escribe: "Para D. Rafael Lapesa insigne garcilasiano con deseos de situarme en su 'trayectoria'. Y con gran afecto."

Para cerrar este apartado de las publicaciones vinculadas de algún modo a la Real Academia Española, tenemos las ediciones de la serie "Biblioteca Selecta de Autores Clásicos Españoles" (dedicada a la literatura de los siglos xv al xviii), las reproducciones facsímiles de obras de esta misma época, obras relacionadas con la lengua española y su normativa y otros trabajos de índole literaria. Entre estos últimos aparecen el *Vocabulario de las obras de Don Juan Manuel (1282-1348)*, de Félix Huerta Tejadas; el *Vocabulario de Cervantes*, de Carlos Fernández Gómez; el *Vocabulario de la obra poética de Herrera*, de A. David Kossoff, y el *Vocabulario completo de Lope de Vega*, de Carlos Fernández Gómez, que dedica esta magna obra a Rafael Lapesa.

Entre 1948 y 1968, Rafael Lapesa fue profesor en las universidades americanas de Princeton (1948-1949), Harvard (1948, 1952-1954), Yale (1949 y 1952), Berkeley (1949), Pennsylvania (1952), Wisconsin (1956) en cuyo Institute for Research in Humanities estuvo investigando durante el curso 1959-1960, Puerto Rico (1960), Buenos Aires y La Plata (1962), y en el Colegio de Méjico (1960 y 1968).

En su biblioteca se encuentran 355 publicaciones editadas en los Estados Unidos, que pueden agruparse en cuatro clases:

1) La obra de los españoles en los Estados Unidos: Américo Castro, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Tomás Navarro Tomás y Ángel del Río. El ejemplar de la edición de 1948 de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* está dedicado por Américo Castro, autor del prólogo, y lleva subrayados y notas marginales de Rafael Lapesa. También están dedicados los ejemplares de las obras de Tomás Navarro Tomás, en enero de 1947 el *Manual de Entonación Española* y los *Estudios de fonología española*, y en diciembre de 1968 la versión inglesa de esta última obra. De la impresión de 1959 es el ejemplar de *Ten centuries of spanish poetry: an anthology in english verse with original texts from the XIth century to the Generation of 1898*, realizada por Eleanor L. Turnbull con introducciones de Pedro Salinas.

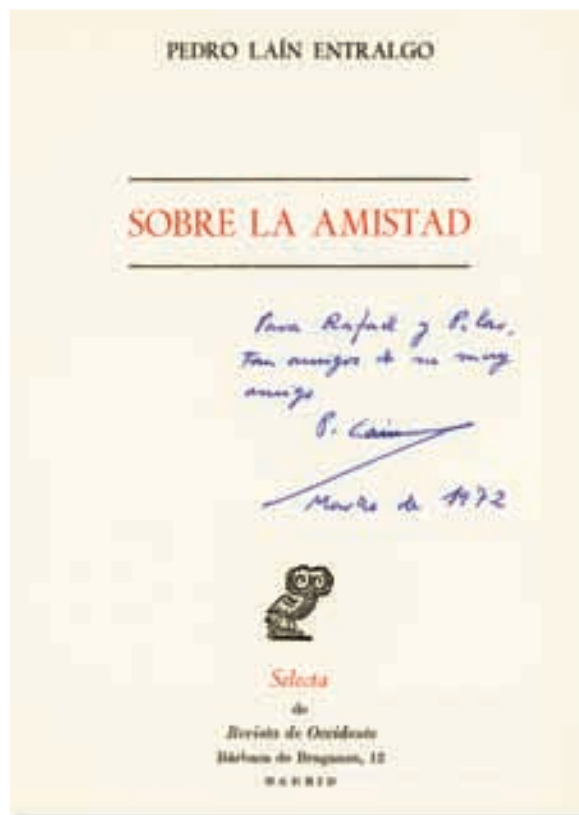
2) Las aportaciones de figuras destacadas de la lingüística moderna como Leonard Bloomfield, Noam Chomsky, Edward Sapir y Otto Jespersen. En este bloque quiero destacar además *Historical linguistics and generative grammar*, de Robert D. King,

y *Linguistics and Literary History: essays in stylistics*, de Leo Spitzer, con una extensa nota marginal en el texto dedicado a Cervantes.

3) Los trabajos que los hispanistas Charles E. Kany, James O. Crosby, Stephen Gilman, Hayward Keniston, Edmund de Chasca, Dorothy Clotelle Clarke, Raymond S. Willis Jr., Lloyd Kasten y Victor R.B. Oelschlager dedican a la gramática y sintaxis de la lengua española, al español antiguo y medieval, sus ediciones críticas, antologías y estudios monográficos sobre autores y obras de literatura española. La producción más destacable pienso que son las publicaciones del Hispanic Seminary of Medieval Studies, de la Universidad de Wisconsin.

4) Para su vida y su trabajo en el mundo universitario americano debieron suponer un importante apoyo las obras de consulta y referencia, los métodos y diccionarios para el aprendizaje de idiomas, y las obras de literatura inglesa y norteamericana. Además de los catálogos y bibliografías me parece digna de mención *An anthology of american poetry: lyric America, 1630-1930*, realizada por Alfred Kreyborg.

Las trescientas catorce ediciones de la “Biblioteca Románica Hispánica”, publicadas a partir de 1950, pueden considerarse un símbolo y testimonio de esta época de plenitud en sus actividades y en su vida científica. Sus maestros, sus discípulos, sus compañeros de cátedra, del Centro de Estudios Históricos y de la Real Academia Española, los mejores lingüistas y filólogos del siglo xx están representados en este conjunto, del que muchos ejemplares le fueron remitidos por la editorial Gredos a petición expresa de sus autores.



Dedicatoria. Laín Entralgo, Pedro. *Sobre la amistad*. Madrid: Revista de Occidente, 1972. [Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapasa. R. Lapasa / 1567.]

De esta editorial son algunos de los textos universitarios con los que cuenta la biblioteca: *Fonología española: (según el método de la Escuela de Praga)* y *Gramática estructural: (según la Escuela de Copenhague y con especial atención a la lengua española)*, de Emilio Alarcos Llorach; *Elementos de fonética general*, de Samuel Gili Gaya; *Diccionario de términos filológicos*, de Fernando Lázaro Carreter;

Dialectología española, de Alonso Zamora Vicente; *Gramática histórica española*, de Vicente García de Diego, y los *Elementos de lingüística general*, de André Martinet.

De otras procedencias son manuales de gran renombre como el *Curso superior de sintaxis española*, de Samuel Gili y Gaya; *Manual de dialectología española*, de Vicente García de Diego; *Gramática española: los sonidos, el nombre y el pronombre*, de Salvador Fernández; *Introducción a la gramática*, de Josep Roca Pons; *El lenguaje y la vida* y *Traité de stylistique française*, de Charles Bally; *El lenguaje: Introducción lingüística a la Historia*, de J. Vendryes; *La fonética*, de Bertil Malmberg, y *Curso de lingüística general*, de Ferdinand de Saussure. El ejemplar de la edición de 1950 de la *Introducción a la lexicografía moderna*, de Julio Casares, lleva una dedicatoria muy significativa de su autor: “A mi querido amigo e inestimable colaborador, Rafael Lapesa, a quien tengo emplazado para que ocupe mi arriesgado lugar en la magna empresa del *Diccionario Histórico*. Julio Casares.”

Las 185 ediciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, publicadas a partir de 1947, se clasifican en diversas series que, en casos como las “Publicaciones” y los “Anejos de la Revista de Filología Española”, continúan la labor iniciada por el Centro de Estudios Históricos. Entre las treinta y ocho obras de esta segunda serie abundan las tesis doctorales premiadas. Una enumeración de títulos y autores resulta inviable tanto en este apartado como en los anteriores, y puestos a seleccionar, me quedo

con *Estudios sobre perífrasis verbales del español*, de José Roca Pons, cuya dedicatoria muestra muy bien el prestigio y renombre alcanzados por Rafael Lapesa al cumplir el medio siglo de vida: “Al Dr. Rafael Lapesa, con el agradecimiento más sincero por la ayuda inapreciable que de él he recibido en mi actividad profesional, y con profunda admiración por su trascendental aportación científica a la filología española. Cordialmente, José Roca, Barcelona, 25 de agosto de 1958.”

Entre *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés*, editado en Salamanca en 1948, y *Buscad sus pares, pocos*, tres ensayos publicados en 1978 con motivo de su jubilación como director de la Cátedra-Seminario Menéndez Pidal de la Universidad Complutense de Madrid, la producción científica de Rafael Lapesa en cuanto a libros y ediciones tiene como obra más destacada *La trayectoria poética de Garcilaso*, que la Revista de Occidente publicó en 1948 y reeditó veinte años después. Un ejemplar de esta obra se lo dedicó Lapesa en diciembre de 1948 en Princeton a Vicente Llorens.

La obra del Marqués de Santillana mereció su atención, además de en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, ya mencionado en *La obra literaria del Marqués de Santillana* y en una edición de las *Serranillas*, salida hace cincuenta años de las prensas santanderinas de los hermanos Bedia dentro de una serie anual de publicaciones de poesía a cargo de Pablo Beltrán de Heredia con las que felicitaba el año nuevo a sus amigos.

En este capítulo de las ediciones, la más destacada es la que realiza de la obra cumbre de Amado Alonso: *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. El primer volumen aparecido en 1955 lleva una “Advertencia preliminar” de Rafael Lapesa, fechada en Madrid en diciembre de 1954, en la que explica muy bien la encomienda realizada por su gran maestro y amigo y las circunstancias de la edición. El segundo volumen aparecido en 1969 lleva una “Nota preliminar” en la que Lapesa explica el retraso y anuncia la pronta aparición del tercer y último volumen, hecho que no se ha producido a pesar de sus denodados y duraderos esfuerzos.

En 1957 se publica *Romanceros del rey Rodrigo y Bernardo del Carpio*, volumen primero del *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas: (español-portugués-catalán-sefardí)*, colección de textos y notas de María Goyri y Ramón Menéndez Pidal. El primero de los editores es Rafael Lapesa que, en una nota marginal a la introducción, concreta las fechas (1929-1930) de su participación en la identificación y fechación de las ediciones e impresiones de los pliegos.

En 1965-1966 se publica la *Crestomatía del español medieval*, de Ramón Menéndez Pidal. Esta edición acabada y revisada por Rafael Lapesa y María Soledad de Andrés lleva una presentación del primero, fechada en Madrid en diciembre de 1964, en la que explica las circunstancias y los avatares del proyecto y su publicación. El párrafo final es interesante en grado sumo: “La *Crestomatía del español medieval* sale como fruto del empuje creador de un maes-

tro asistido por varias generaciones de discípulos. Ojalá despierte vocaciones jóvenes ansiosas de conocer mejor el lenguaje, literatura, historia y vida de la España medieval. Nuestro propósito es facilitarles el camino.”¹³

Extremadamente generoso con sus discípulos y compañeros, en 1967 comienza “Don Rafael” una serie de auténticos regalos para bibliotecarios e investigadores. Me refiero a *De la Edad Media a nuestros días: estudios de historia literaria*, primera de las recopilaciones de sus trabajos dispersos con una “Advertencia preliminar”, fechada en Madrid en febrero de 1967, en la que da importantes detalles sobre las fechas de composición y publicación de los textos y explica el propósito común de los mismos. En la biblioteca se encuentra el ejemplar que dedica el 2 de enero de 1968 a Américo Castro, “maestro muy querido, con vieja devoción y cariño”.

Este esfuerzo tuvo su continuación en 1977 con *Poetas y prosistas de ayer y de hoy: veinte estudios de historia y crítica literarias*, precedidos de una “Advertencia preliminar”, fechada en Madrid en octubre de 1976, en una línea similar a la que acabo de exponer en la primera recopilación. Estas breves introducciones pueden ayudar mucho a quien quiera conocer las etapas, los objetivos y las manifestaciones de la obra científica de Rafael Lapesa.

13. Menéndez Pidal, Ramón. *Crestomatía del español medieval* / por Ramón Menéndez Pidal; con la colaboración del Centro de Estudios Históricos; acabada y revisada por Rafael Lapesa y María Soledad de Andrés. Madrid: Universidad de Madrid, Seminario Menéndez Pidal, 1965-1966, v. I, p. VIII.

En *Buscad sus pares, pocos*, tres ensayos de Rafael Lapesa, publicados en 1978 con motivo de su jubilación como director de la Cátedra-Seminario Menéndez Pidal de la Universidad Complutense de Madrid, destacan para nuestro objetivo la dedicatoria de Diego Catalán y el poema de Jorge Guillén “Nada más peregrino”. Uno de los ejemplares de la biblioteca lleva en la guarda las firmas del personal de la cátedra.

Al año siguiente aparece *Alça la voz, pregonero! homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*, organizado por la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, con el artículo de Lapesa “Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos”, fundamental para el conocimiento de la obra de su maestro y de esta institución.

El español en América

La fisonomía, vitalidad, diversidad e historia del español en América constituyen un objetivo importante de los esfuerzos de Rafael Lapesa materializados en la dirección de trabajos universitarios, los textos que publica, las actividades en el seno de corporaciones académicas, los desplazamientos para participar en reuniones científicas, etc., de todo lo cual encontramos un testimonio en los libros de su biblioteca.

Por orden cuantitativo ocupan el primer lugar las quinientas cinco publicaciones argentinas que reúnen tanto obras de creación de la literatura hispanoamericana como trabajos de lingüistas y filólogos españoles y americanos, que en el caso de los prime-

ros no tenían cabida en España. La nómina de autores sería muy extensa, por lo que una vez más toca seleccionar nombres y títulos con todos los riesgos que ello supone.

Entre las diez obras de Menéndez Pidal editadas entre 1940 y 1962, se encuentran una edición del *Poema del Cid* con versión de Pedro Salinas y *Castilla: la tradición, el idioma*, recopilación de textos dedicada cariñosamente por su maestro.

A la obra de Amado Alonso ya mencionada en estas páginas se puede añadir las versiones y ediciones que Amado Alonso realizó de *Estudios sobre el español de Nuevo Méjico*, de Aurelio M. Espinosa; *El español en Chile*, trabajos de Rodolfo Lenz, Andrés Bello y Rodolfo Oroz; *El lenguaje y la vida*, de Charles Bally; *Curso de lingüística general*, de Ferdinand de Saussure, y la *Introducción a la estilística romance*, de K. Vossler, L. Spitzer y H. Hatzfeld.

Cinco de los ocho ejemplares de las ediciones argentinas del ensayista y crítico Emilio Carilla llevan una breve dedicatoria a Rafael Lapesa. Además, en *El embajador Sarmiento: (Sarmiento y los Estados Unidos)* hay una nota que puede fecharse en 1962 en la que el autor “saluda a D. Rafael Lapesa y Sra., y le pide lo disculpen por no haber podido ir al Aeropuerto. Un feliz viaje de retorno a España”.

La obra filológica del ensayista dominicano Pedro Henríquez Ureña aparece vinculada a Amado Alonso, al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Buenos Aires y a la Academia Argentina de Letras. El Instituto le publicó en 1932 *Sobre el problema del andalucismo dialectal de*

América; en 1940, *El español en Santo Domingo*, y en 1938 su edición de *El español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central*, de E. C. Hills, mientras que la Academia editó en 1976 *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*, y en 1989 sus *Memorias; Diario*.

Las once obras del lingüista y profesor Avelino Herrero Mayor tratan de la docencia del español. Excepto dos ejemplares, todas ellas llevan una dedicatoria cargada de elogio y afecto con la dirección del autor y en algunas ocasiones con la fecha. Como muestra en *Contribución al estudio del español americano (indagaciones lingüísticas)* le dice: "A don Rafael Lapesa Melgar. Recuerdo afectuoso y de admiración. Agradecido a sus envíos y trabajos ilustres. Su amigo y discípulo Avelino Herrero Mayor. L / c: Pichincha, 982. Buenos Aires", mientras que en la anteportada de *Apuntaciones lexicográficas y gramaticales* escribe: "Al eminente filólogo y lingüista Dr. Rafael Lapesa, con la profunda estimación y admiración de su agradecido amigo y discípulo Avelino Herrero Mayor. Buenos Aires, abril de 1951. L / c: Pichincha, 982." En la cubierta de este ejemplar, como en otros de la biblioteca, Lapesa anota el año de edición. También tiene la costumbre de señalar si ha acusado recibo y la fecha de su respuesta.

El 13 de diciembre de 1962 fue elegido miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras. El 13 de mayo de 1988 el jurado del Premio Amado Alonso, instituido por el Ministerio de Educación y Justicia, resolvió por unanimidad otorgar a Lapesa la distinción que le fue entregada en el Colegio

Nacional de Buenos Aires el 21 de septiembre. En el ejemplar del libro *Premio "Amado Alonso" II, 1988: homenaje a Don Rafael Lapesa Melgar : ciclo de conferencias pronunciadas en el Centro Cultural General San Martín, entre los días 22 y 23 de setiembre de 1988*, Lapesa corrige las erratas de su discurso dedicado a Amado Alonso.

Las trescientas cinco publicaciones mejicanas de la biblioteca son de un perfil equiparable al que presentan las realizadas en Argentina. Las obras de exiliados españoles como Vicente Llorens, José Moreno Villa y Alberto Jiménez Fraud, poetas como Adam Rubalcava y Germán Pardo García, hispanistas como W.F. King, Marcelin Defourneaux, Stephen Gilman y Peter Boyd-Newman, y lingüistas como Luis Fernando Lara, José G. Moreno de Alba y Juan M. Lope Blanch son una muestra de la gran vitalidad de esta producción cultural.

Entre las cuarenta y nueve publicaciones del Colegio de México destacan las series "Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica y Estudios de Lingüística y Literatura". A la primera pertenecen por ejemplo *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, de María Rosa Lida de Malkiel; *Cervantes y Avellaneda: estudio de una imitación*, de Stephen Gilman, y *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, de Vicente Llorens. El ejemplar de la primera obra, con abundantes correcciones marginales, lleva pegada una tarjeta de Mrs. Yakov Malkiel en la que se lee: "A mis buenos amigos, Rafael y Pilar Lapesa, dedico este pecado de mi juventud: 'perdonad sus

muchas faltas'. Berkeley, Noviembre de 1950". Gilman, en su dedicatoria, escribe: "Para d. Rafael y Pilar Lapesa con admiración, agradecimiento y los mejores recuerdos de todos nosotros, Steve Gilman. México Feb. 1951."

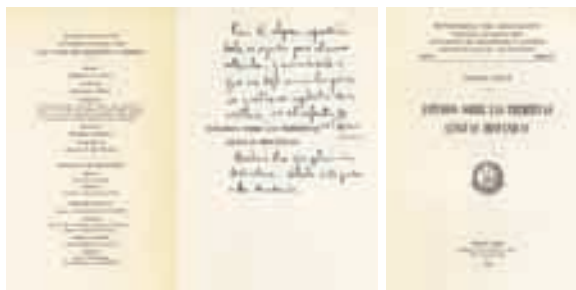
Las veintidós obras de Juan M. Lope Blanch tienen como eje la dialectología y la mayoría pertenecen a la serie "Publicaciones del Centro de Lingüística Hispánica", de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre las dedicatorias cordiales y afectuosas en seis ejemplares destaco la de *Observaciones sobre la sintaxis del español hablado en México*, publicada en 1953, en la que escribe: "Para Pilar y Rafael Lapesa, estos 'juguetes de la niñez', como curiosidad y en recuerdo de tiempos lejanos, con el afecto cordial de Juan M. Lope Bl. (México, 31 de octubre, 1983)."

Las ocho obras del poeta y narrador Adam Rubalcava llevan dedicatoria a Rafael Lapesa en términos que se repiten y que también encontramos en muchos ejemplares de otros autores: respeto, reconocimiento, simpatía, gratitud, afecto y estimación. Como muestra valga la dedicatoria de *Puebla de los Ángeles: (estampas y glosas)*: "Para Rafael Lapesa, amable y cordial, con mi profundo reconocimiento. Adam Rubalcava. Madrid, junio 1975."

En 1950 se editó por el Fondo de Cultura Económica *Erasmus y España: estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, de Marcel Bataillon, cuya dedicatoria dice: "A Rafael Lapesa, recuerdo de una tarde para mi inolvidable en su casa de El Escorial. M. Bataillon. 17.VIII.71."

Las treinta y dos publicaciones ecuatorianas de la biblioteca corresponden en su mayor parte a ediciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y a autores de Ecuador como Carlos A. Arroyo del Río, Luis Fradejas Sánchez y Humberto Toscano Mateus, que en muchos casos dedican los ejemplares a Rafael Lapesa. En éstos suele constar el domicilio del autor lo que permitía la respuesta, de la que en ocasiones queda constancia en la cubierta con la nota de "Correspondido" o de "Acusé recibo" con la fecha.

Muestra del estilo y de la forma de estas dedicatorias son las de las obras del sociólogo y diplomático Luis Bossano, que en *El desarme de las conciencias: una contribución al ideal de paz* le escribe: "A Don Rafael Lapesa, maestro ilustre, con el homenaje de mi admiración y mi amistad. Luis Bossano. Quito: VII-31/68", y en *Disertaciones*: "Para Don Rafael Lapesa, Académico de insigne ejecutoria, exponente preclaro de las Letras Castellanas, con un cordial



Dedicatoria. Tovar, Antonio. *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1949.

[Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa. R. Lapesa / 9611.]

homenaje de amistad y admiración intelectual. Luis Bossano. 28-II-/80. Casilla 94, Quito.”

Algo diferente es la dedicatoria del ejemplar de *Santa Mariana de Jesús, hija de la Compañía de Jesús: estudio histórico-ascético de su espiritualidad*, de Aurelio Espinosa Pólit, editada en 1956. En ella se lee: “Para Pilar: como un recuerdo de la tierra de Santa Marianita. Aft. Cecilia Larrea Boya. Quito, 2 de Agosto de 1968.”

En la *Memoria del V Congreso de Academias de la Lengua Española: celebrado en Quito del 24 de julio al 19 de agosto de 1968*, encontramos un claro ejemplo de la intensa actividad de Rafael Lapesa en las reuniones científicas. Como presidente de la delegación de la Real Academia Española y de la Comisión III de Temas Gramaticales, intervino en las mesas redondas y en la sesión de clausura.

Las ciento veintinueve publicaciones colombianas corresponden en su mayoría a obras de literatos y filólogos colombianos. Entre ellas sobresale la serie “Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo”, representada por cincuenta y tres ediciones.

José Antonio León Rey, residente en Madrid por razón de su cargo de secretario general de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua, dedica a Rafael Lapesa como “homenaje de admiración” sus libros de narrativa *Guayacundo*, *Cuando se muere el agua y otros cuentos*, *Paisajes y vivencias* y *Nidito de plata y otros cuentos*.

La obra lexicográfica de Rufino José Cuervo está representada en la biblioteca por el volumen primero de la edición de 1886 del *Diccionario de cons-*

trucción y régimen de la lengua castellana, el volumen segundo de la edición de 1954 y cinco fascículos del volumen tercero de la edición de 1959 de esta misma obra. Hay subrayados, correcciones y señales en los márgenes de los artículos *de* y *cuanto* del ejemplar de 1954, y en los del artículo *el, la, los, las* del ejemplar del fascículo primero de 1959.

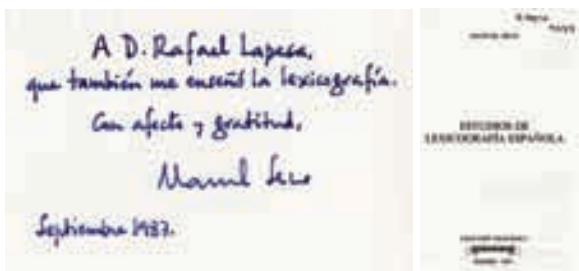
“Dueño de tantas sabidurías”¹⁴

“Cuya sólida sabiduría palidece ante su humanidad”¹⁵

En los estantes del depósito quedan en silencio muchos más libros de los aquí mencionados, huella y testimonio de una vida plena de emociones y vivencias, cuya descripción haría interminable este recorrido. Sólo a modo de apunte, pienso en los ejemplares vinculados a la destacable participación de Rafael Lapesa en innumerables congresos y reuniones científicas (ciento trece obras), su interés por los manuales y métodos de aprendizaje del español, su presencia activa en asociaciones como el Instituto de Estudios Asturianos (cincuenta y dos), la Asociación Internacional de Hispanistas (nueve), la Asociación de Academias de la Lengua Española (siete) y el Instituto de Ciencias del Hombre (treinta y dos), el trato que mantiene con los compañeros de la

14. Dedicatoria en: Cela, Camilo José. *Diccionario secreto*. 1ª ed. Madrid: Barcelona: Alfaguara, 1968-1971, v. I.

15. Dedicatoria en: Cela, Camilo José. *Diccionario secreto*. 1ª ed. Madrid: Barcelona: Alfaguara, 1968-1971, v. II.



Dedicatoria. Seco, Manuel. *Estudios de lexicografía española*. Madrid: Paraninfo, 1987. [Biblioteca Valenciana. Biblioteca Rafael Lapesa. R. Lapesa / 9734.]

Real Academia Española o con los alumnos ya graduados y los hispanistas de todo el mundo.

Como muestra valga su relación con la Sociedad de Estudios y Publicaciones, iniciada en 1961 a solicitud de Julián Marías. La biblioteca cuenta con veintituna ediciones de esta sociedad, publicadas entre 1953 y 1986, de obras del propio Julián Marías, José Antonio Maravall, Xavier Zubiri, Luis Rosales, Pedro Laín Entralgo, José Camón Aznar, José Miguel Artola, José María López Piñero, Melchor Fernández Almagro, María Cruz Seoane y Jorge Campos. Entre estas obras del ámbito de las humanidades me interesa destacar las dedicatorias de Xavier Zubiri a sus amigos Pilar y Rafael en *Inteligencia y razón*, *Inteligencia sentiente*, y el volumen primero de *Realitas*; la que escribe Julián Marías en *La España posible en tiempos de Carlos III*, que dice así: “A Pilar y Rafael Lapesa, empeñados en que España sea posible, su amigo Julián”; la que escribe Luis Rosales en *Cervantes y la*

libertad con estas palabras: “A Rafael Lapesa con un abrazo, Luis Rosales. Perdona la equivocación o el extravío”, y, por último, la de José Antonio Maravall en *Antiguos y modernos: la idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, que reza así: “A Pilar y Rafael Lapesa cuyo recuerdo es aliento en el trabajo intelectual, con mucho cariño.”

El acercamiento a los amigos de Rafael Lapesa a través de las dedicatorias de los libros que se regalamos desvela pequeñas anécdotas, detalles sueltos de una vida vivida en el amor y la generosidad. Poetas, novelistas, filólogos, críticos literarios, historiadores, historiadores del arte, musicólogos, médicos, psicólogos, historiadores del pensamiento, intelectuales, filósofos, representantes de todas las ramas del amplio y variado mundo de las humanidades se encuentran en estos trazos breves, cargados de sentimientos y emociones.

Dos poetas pueden servir de ejemplo en sus libros que conviven en la biblioteca: Ramón de Garciasol, defensor de la legalidad constitucional republicana que conoció los campos de concentración y los batallones de prisioneros de guerra, y José María Alonso Gamo, diplomático de la España de Franco, nacidos ambos en la provincia de Guadalajara, son amigos de Rafael Lapesa y le remiten sus obras.

En veintitres libros del poeta y ensayista Ramón de Garciasol encontramos dedicatorias a su amigo Rafael Lapesa, casi todas compartidas con Pilar. La reproducción de las mismas por orden cronológico de publicación parece un buen camino para acercarnos a una amistad profunda y fraterna:

* De 1965 son *Fuente serena*: "Para Pilar y Rafael, estos versos que les buscan y quieren ser dignos de su atención. Con el abrazo cordial de su amigo Ramón de Garciasol"; *Herido ver*: "Para Pilar y Rafael, tan queridos, tan recordados, tan en la devoción y en el abrazo su Miguel", y la primera edición de *Claves de España: Cervantes y el 'Quijote'*: "Para Pilar y Rafael, con devoción y amistad. Y el mejor abrazo de Ramón de Garciasol. El Escorial: 31-VII-65."

* De 1967 es la *Antología provisional*: "A Pilar y Rafael, tan queridos, estos poemas que les buscan. Con devoción y amistad. Y el abrazo más cordial de Miguel."

* De 1968 es *Hombres de España: Cervantes*: "Para Pilar y Rafael, con devoción, amistad y el abrazo fraterno de Miguel."

* De 1969 la edición en Espasa-Calpe de *Claves de España: Cervantes y el 'Quijote'*: "Para Pilar y Rafael, fraternos, inolvidables. Con la devoción y el abrazo de Miguel."

* De 1970 son *Del amor y del camino*: "A Pilar y Rafael, autógrafos e impresos, en el corazón. Con el abrazo de Ramón de Garciasol", en cuyo ejemplar hay dos hojas intercaladas con análisis de algunos poemas y el léxico empleado, y *Los que viven por sus manos*: "Para Rafael Lapesa, querido maestro y admirado amigo, con la devoción y el abrazo de Ramón de Garciasol. Madrid : 14 de abril de 1970."

* De 1972 es *Cervantes: biografía ilustrada*: "Para los queridos Pilar y Rafael, tan en el cariño de los Garciasol. Madrid : Enero, 1973."

* De 1973 son *Poemas testamentarios*: "Para los queridos y siempre recordados Pilar y Rafael, con el

abrazo y la mejor amistad de Miguel. Madrid : 22 - III - 73"; *Correo para la muerte*: "Para Pilar y Rafael, tan queridos. Con el abrazo de su Miguel. Mayo, 1973", y *Atila*: "Para los queridos y admirados Pilar y Rafael Lapesa, con el abrazo de su amigo Ramón de Garciasol."

* De 1976 son *Quevedo*: "Para Rafael Lapesa, tan hondo, tan ejemplar. Con la devoción y el abrazo de su Miguel"; *Las horas del amor y otras horas*: "Para Pilar y Rafael Lapesa. Con admiración y amistad. Y el abrazo de su Miguel"; *Decido vivir*: "Para Pilar y Rafael, por su obra, por su vida, con la mayor devoción y amistad. Y el abrazo de su Ramón de Garciasol", y *Libro de Tobía*: "Queridos Pilar y Rafael: Que estos versos sean dignos de vuestra atención y del cariño que os tienen verdaderamente los Garciasol."

* De 1978 son *Rubén Darío en sus versos*: "Queridos Pilar y Rafael: con devoción, amistad y el abrazo de vuestro Miguel", y *Memoria amarga de la paz de España*: "Para Pilar y Rafael, fraternos y admirados. Por su bondad, por su sabiduría. Con el abrazo de su Miguel."

* De 1980 son *Segunda selección de mis poemas*: "A Pilar y Rafael, grandes en la doctrina, en la conducta, en la amistad, con el abrazo y la más agradecida admiración de su Miguel", y *Unamuno: al hilo de "Poesías", 1907*: "A Pilar y Rafael, fraternos. Por su amistad y sabiduría. Por ese libro ejemplar que hace más entrañable nuestra prodigiosa lengua. Con el abrazo de su Miguel."

* De 1981 es *Escuela de la pobreza: (Maquiavelo: 1469-1527)*: "Querido y admirado Rafael



Instalación de la colección de Lapesa en la Biblioteca Valenciana.
[Biblioteca Valenciana. Fotografía Maque Falgás.]

Lapesa: Que no te olvida ni deja de serte fiel, con un abrazo, tu Miguel."

* De 1982 es *Recado de El Escorial*: "Para Pilar y Rafael, tan entrañables, con el deseo de que estos poemas que ellos han vivido sean dignos de la hermosura escorialense. Con el abrazo de los dos, Miguel."

* De 1984 es *Poemas alcarreños*, cuyo ejemplar lleva una dedicatoria algo diferente: "Querido y

admirado Rafael: Recibe estos humildes poemas que me gustaría supiesen a mi hermosa y pobre tierra, como devoción y homenaje. Con el dolor de que la dedicatoria no sea compartida con la inolvidable y maravillosa Pilar. Y el abrazo de tu Miguel."

* De 1991 es *Cuadernos de Miguel Alonso*: "Para el maestro –doctrina y conducta– Rafael Lapesa, por su amistad y su bondad de tantos años. Con el abrazo y la devoción de su Miguel. Mayo, 1991."

Seguimos el mismo método con las dedicatorias de diez libros del poeta y traductor José María Alonso Gamo, que nos hablan de una gran amistad:

* De 1951 es su edición del *Viaje a España del señor Andrés Navagero: (1524-1526)*, en cuyo ejemplar escribe: "Querido Rafael, con este libro mío, agotado hace tanto tiempo, y que hoy constituye una rareza literaria, quiero testimoniarte mi admiración al gran maestro, mi devoción al gran amigo, y mi gratitud por tantas muestras de afecto como me has dado en nuestros ya muchos años de amistad indisoluble. Con un abrazo. J.M^a. Alonso Gamo."

* Al año siguiente sale de las prensas de Tipografía Moderna *Tus rosas frente al espejo*, en cuyo ejemplar escribe: "A Rafael Lapesa, amigo de siempre, con un abrazo. J.M^a. Alonso Gamo."

* De 1957 es la edición de Ínsula de *Ausencia*, en cuyo ejemplar escribe: "Para Rafael Lapesa a quien tanto quiero y con un fuerte abrazo. J.M^a. Alonso Gamo."

* También en Ínsula se publican en 1960 sus versiones *De Catulo a Dylan Thomas*, en cuyo ejemplar

escribe: "A Rafael Lapesa con mi mejor amistad. José María Alonso Gamó. En recuerdo de los días romanos de la Semana Santa de 1963."

Hay correcciones en los poemas de Catulo del ejemplar esta edición y del de otra sin fecha.

* De 1963 es el texto mecanografiado de *Paisajes del alma en guerra*, en cuyo ejemplar escribe: "Hasta que salga la próxima edición, para Rafael Lapesa con todo afecto y un gran abrazo, José María. En Roma - Abril - 1963."

* De 1966 es *Un español en el mundo: Santayana: poesía y poética*, en cuyo ejemplar escribe: "A Rafael Lapesa a quien tanto quiero y admiro. Con un fuerte abrazo. J.M^a. Alonso Gamó. Madrid - Marzo - 1966."

* De 1974 es *Zurbarán: poemas*, en cuyo ejemplar escribe: "A Pilar y Rafael Lapesa, amigos entrañables, con un abrazo de José María, y Nenuca."

* De 1976 es *Paisajes del alma en paz*, en cuyo ejemplar escribe: "Para Pilar y Rafael Lapesa este libro que ya han leído en copia a máquina, con menos erratas. Con un gran abrazo. 2 abril 1976. J.M^a. Alonso Gamó."

* De 1984 es *Rincón: poemas alcarreños*, en cuyo ejemplar escribe: "A Rafael Lapesa, este libro que completa mi ciclo poético por el principio. Con la amistad de siempre y un fuerte abrazo J.M^a. Alonso Gamó."

* De 1987 es *Luis Gálvez de Montalvo: vida y obra de ese gran ignorado*, en cuyo ejemplar escribe: "A Rafael Lapesa a quien tanto quiero y admiro, esta pretensión de hacer que los lectores se fijen en este gran

poeta ignorado. Con la amistad de siempre y con un fuerte abrazo J.M^a. Alonso Gamó". Este ejemplar lleva notas marginales, subrayados y corrección de erratas.

La pervivencia de la rosa

En la hora de cierre toca retomar el tema de las recopilaciones de estudios que Lapesa presenta a los estudiosos de la lengua y la literatura españolas con generosidad y de forma precisa en las fuentes y fechas de la primera publicación de los trabajos.

En 1985 edita Paraninfo sus *Estudios de historia lingüística española* con una "Advertencia preliminar" de Lapesa que explica el contenido de los trabajos y las circunstancias de la edición. El "ejemplar para anotaciones" lleva la corrección de erratas y algunas acotaciones que matizan y actualizan los textos.

En 1988 edita Istmo *De Ayala a Ayala: estudios literarios y estilísticos*. En esta ocasión su breve "Advertencia preliminar", fechada en Madrid en diciembre de 1987, expone con suma claridad el fin perseguido y da una buena muestra de su talante:

No lo hago porque los crea dignos de "perpetua y recordable memoria", sino por facilitar su consulta al discreto lector a quien puedan interesar las noticias o puntos de vista que en ellos se ofrecen... Convienen en testimoniar afán constante por desentrañar la actitud anímica o la cosmovisión de cada autor a través de sus formas expresivas. No tengo fe ni esperanza en los análisis que pretenden comprender creaciones literarias prescindiendo del creador respectivo; por eso prefiero seguir manteniéndome en la línea de las humanidades no deshumanizadas¹⁶.

En 1992 edita Istmo *Léxico e historia*, según reza en la portada “volumen preparado por Juan R. Lodares en colaboración con el autor”. Lapesa, que cuenta ochenta y cuatro años, firma con letra firme y clara dos tiernas dedicatorias: en el volumen primero, “A mi Pilarín del alma, en su gloria y en mi incurable añoranza. Rafael. Julio de 1992”, y en el volumen segundo, “A mi Pilarilla, amor dulce, aun en el dolor de no tenerla. Junio de 1992. Rafael.”

Pilar Lago, su esposa y compañera, había fallecido en 1984. Del acto de recuerdo que le dedicó la Asociación Española de Mujeres Universitarias queda un precioso libro, *Pilar Lago Couceiro de Lapesa: Puenteáreas (Pontevedra), 22 de mayo de 1900, Madrid, 8 de julio de 1984. In memoriam*, en el que no se sabe qué admirar más: la belleza serena y luminosa de la homenajeadada en las fotografías o el amor que los textos de las intervenciones transmiten. Uno de los ejemplares de la biblioteca está encuadernado en piel pasta valenciana con tejuelos marrón oscuro y guardas marmoleadas.

En 1996 edita Crítica *El español moderno y contemporáneo: estudios lingüísticos*, con un prólogo, fechado en Madrid en octubre de 1994, en el que, al margen de repetir los rasgos de anteriores introducciones, se vislumbra un fondo de tristeza y pesimis-

mo como, por ejemplo, en este párrafo que no ha perdido vigencia:

Hubiera querido que mi aportación terminase con un ‘canto de vida y esperanza’. Así debería ser si nos limitáramos a pensar en el porvenir de nuestra lengua en América, el creciente interés que, fuera del mundo hispánico, hay por aprenderla, y el valor de las creaciones literarias que en ella se escriben a uno y otro lado del Atlántico; pero estos motivos de exultante alegría tienen por contrapeso el descuido que en España padece su enseñanza; los defectos resultantes del apresuramiento o la improvisación con que forzosamente actúan periodistas y locutores; y, sobre todo, el espíritu de insolidaridad que está cundiendo en la parte española de la piel de toro y que, reabriendo heridas de pasados agravios –reales, por desgracia, en unos casos, pero quiméricos en otros– convierte en rencorosas hermanastras a las lenguas hermanas de la nacional, o pretende elevar a lenguas de cultura dialectos que nunca pasaron de ser conjuntos de variedades aldeanas¹⁷.

El señalado en cubierta como “ejemplar de Pilar” lleva una dedicatoria que sobrecoge y emociona:

A mi Pilar querida: A los doce años –tan largos– de tu ausencia, hago míos los versos de Goethe: ‘Yo pienso en ti cuando del sol los rayos / asoman, relumbrando, sobre el mar. / Pienso en ti cuando el brillo de la luna / veo las olas platear. / ... / Conmigo estás. Aunque te encuentres lejos, / estás cerca de mí. / El sol se pone. Pronto lucirán las estrellas. / ; Si estuvieras aquí...!’ Verano de 1996. Tuyo siempre, añorándote. Rafael.

Esta serie de recopilaciones se cierra en 1997 con la edición en Gredos *De Berceo a Jorge Guillén: estudios literarios*, en cuyo breve prólogo, fechado

16. Lapesa, Rafael. *De Ayala a Ayala: estudios literarios y estilísticos*. Madrid: Istmo, 1988, p. 7.

17. Lapesa, Rafael. *El español moderno y contemporáneo: estudios lingüísticos*. Barcelona: Crítica, D.L. 1996, p. 8.

en Madrid en enero de 1997, el pesimismo se hace más patente: “Estoy viviendo el momento en que “las ansias crecen, las esperanzas menguan”, y me decido a renunciar, por ahora (y quién sabe si para siempre), a los artículos en gestación, todavía nonatos.”¹⁸

La dedicatoria en la portada del “Ejemplar de mi Pilar” es un lamento hondo y nostálgico: “A mi Pilar del alma, en su cielo y en mi incurable añoranza: ‘Te dulcis coniux, te solus in litore [secum] / Te surgente die, te decedente canebam’. 24-III-1997. Rafael.”

De los versos del libro IV de las *Geórgicas*, de Virgilio, podemos saltar como despedida al poema “Arenge a las rosas y a los hombres” de su amigo Ramón de Garciasol¹⁹, que muy probablemente escucharon Pilar y Rafael:

Rosas, creced, pujad, multiplicaos
hasta invadir las cajas de caudales,
hasta impedir las ametralladoras,
hasta sembrar la pólvora y el hierro
de luz y primavera,
hasta ocupar el odio y las entrañas
de obuses, bombas, balas y morteros.
¡Creced, rosas, creced! ¡Pujad sin tregua!
Llenad los ojos de los tocineros,
floreced los cerebros belicosos,

18. Lapesa, Rafael. *De Berceo a Jorge Guillén: estudios literarios*. Madrid: Gredos, [1997] p. 7.

19. *Poesía social española contemporánea: antología (1939-1968)*. Selección y prólogo, Leopoldo de Luis; edición y notas de Fanny Rubio y Jorge Urrutia. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, p. 277-278.

corroed de esperanza a los podridos,
iluminad la mente de las bestias,
que se alimentan de oro, y sangre, y lágrimas;
que son capaces de matar la vida
porque palpita y brilla en nuestras manos.
Árboles, aguas, pájaros, frutales,
mieses, vides, obreros, plantas, madres,
óleos, músicas, máquinas, ideas,
vamos a proclamar la resistencia
de amor contra la guerra.

Están sembrando el aire de temores
para amargarnos la alegría,
para que nos matemos tú y yo, hermano,
ahora que ya maduran los dolores, y el sentido
va a revelarse al mundo.

Trabajad
de espaldas al temor. Abrid los ojos,
Rosas, hombres, al bien y a la belleza.
¡Creced! ¡Cantad! La vida es nuestra.
La tierra es nuestra, y nuestro es el futuro.
Trabajos, pensamientos, esperanzas,
vuestros y nuestros, rosas, hombres.
Nosotros encendemos las estrellas
y traemos el día,
y por nosotros se hará la paz.
Estamos en peligro, rosas, hombres,
perfume, sol, materia, inteligencia,
ciencia, fe, muerte, piedra, gracia, Dios.

¡Ahoguem a los bárbaros en luces!
¡Avanzad, rosas, hombres! ¡Ocupad el mundo!

Rafaela



Archivo personal de Rafael Lapesa Melgar

Claudia Simón Aura

Biblioteca Valenciana

Lapesa

En 2008 se cumplen cien años del nacimiento de Rafael Lapesa Melgar (Valencia, 1908-Madrid, 2001). En la Biblioteca Valenciana se encuentra depositado su archivo personal, que incluye un fondo perteneciente a su esposa, Pilar Lago Couceiro. Se compró por la Biblioteca Valenciana, junto con la biblioteca personal del productor en el año 2002 y contiene numerosísima documentación, tanto producida por Lapesa como por otros.

Este archivo tiene importancia por ser testimonio de la importante tarea filológica emprendida por su productor y desarrollada a lo largo de medio de siglo de actividades profesionales, a lo que hay que añadir la amplia conexión que establece con uno de los grupos más importantes de intelectuales que ha dado el siglo xx: estamos hablando de gentes como Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Dámaso Alonso, Alonso Zamora Vicente, Jorge Guillén, Francisco Ayala, Amado Alonso, Camilo José Cela, etc.

Debemos relacionar este amplio fondo, que se encuentra depositado en la Sección de Manuscritos y Archivos Personales de la Biblioteca Valenciana, con algunos de los archivos que forman parte de la misma, por nombrar algunos, los de Vicente Llorens y Manuel Sanchis Guarner, con quienes compartía la actividad docente y los objetivos de sus investigaciones y con quienes se carteo en diferentes momentos de su vida, pero podemos también establecer conexiones con los archivos de Ángel Lacalle o Francisco Almela y Vives por los métodos compartidos en cuanto a la forma de archivar los documentos de su archivo y los campos de estudio de estos investigadores.

Se trata de un archivo que ofrece múltiples perspectivas para el investigador. Una de las perspectivas sería la que ofrece información de primera mano sobre la época en la que se fue creando el archivo: refleja la vida cultural de nuestro país durante la mayor parte del siglo xx, especialmente la segunda mitad del mismo. Así en el fondo hallamos documentación sobre personas, actos, instituciones, con las que se relaciona Lapesa directamente, y que por lo tanto informan sobre datos concretos del momento en que se produjeron. De esta forma la experiencia personal de Rafael Lapesa, que circula paralela a la de su generación, sirve para ilustrar este periodo, y ofrece información significativa de varios hechos que han pasado a formar parte de la historia de nuestro país: en el archivo hay datos directos de la experiencia de Lapesa durante la guerra civil y la posterior posguerra, durante la cual sufrió un proceso de depuración del cual se guardan documentos concretos, pero también hay una relación muy directa con los exiliados, con muchos de los cuales mantuvo una relación estrecha, en especial con Américo Castro.

En este sentido la difusión de los fondos depositados en el archivo se sitúa dentro de las tareas de recuperación del patrimonio cultural e histórico de nuestro país y se relaciona directamente con la revalidación de la llamada “memoria histórica”.

El investigador que se adentre en el archivo de Rafael Lapesa no dejará de percatarse, de que en él abunda material que ayuda a completar la trayectoria personal y profesional de su productor, con lo cual en este punto enlazaría con la corriente actual

de recuperación de textos y relatos biográficos y autobiográficos. En el archivo hay una cierta reflexión sobre este asunto: a lo largo de toda su vida, Rafael Lapesa dejó constancia por escrito, con su esmero característico, de casi todos los hechos importantes de su existencia: estudios, oposiciones, cursos en diferentes universidades, sin restar importancia a otro tipo de datos del ámbito cotidiano: enfermedades, viajes, vacaciones, siempre acompañado de Pilar. Deja testimonio directo Lapesa de casi todos los momentos relevantes de su vida profesional y vital y esto le lleva, por ejemplo, a indicar en listados datos variopintos, desde los estudiosos a los que considera discípulos suyos, hasta los directores que ha tenido la Real Academia Española. Esta información abundante se convierte en imprescindible para conocer la dilatada trayectoria profesional de Lapesa, sus múltiples compromisos, etc. Por lo demás, el propio Lapesa llama a todo este conjunto de escritos y listados “Los trabajos y los días”, y en un momento dado consigna en un sobre la siguiente inscripción: “Autobiografía del pelmazo conocido como Rafael Lapesa.”

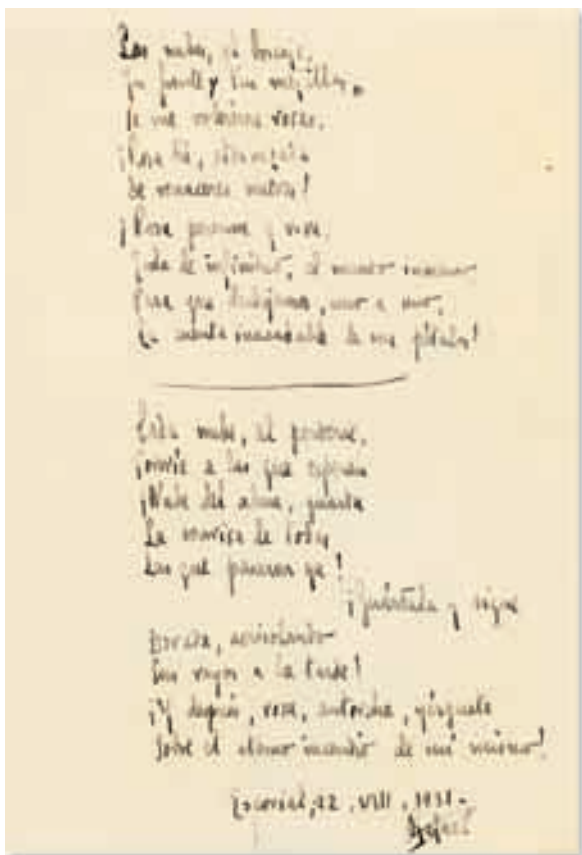
El archivo personal de Rafael Lapesa se articula alrededor de su actividad profesional. En el fondo la mayoría de las definiciones de lo que es un “archivo” inciden en este aspecto. El Diccionario de la Real Academia lo define así: “Conjunto ordenado de documentos que una persona, una sociedad, una institución, etc., producen en el ejercicio de sus funciones o actividades.” Además la propia legislación insiste en el tema de la conservación con destino a



Algunos de los materiales guardados en el Archivo de Rafael Lapesa.
[Biblioteca Valenciana. Fotografía de Maque Falgás.]

la difusión y utilización para la investigación, la cultura, la información y la gestión administrativa. Así que en el archivo de Rafael Lapesa (que se conserva en la Biblioteca Valenciana) no deja de cumplirse este rasgo de acumulación de documentos por el ejercicio de la actividad principal de su productor.

En el caso de las actividades desarrolladas por Lapesa podemos observar que estas se desdoblán en varios compartimentos profesionales: docencia, investigación, escritura. Este sería un primer nivel de importancia del archivo, y es el que dota de importancia por sí mismo. El grupo de documentación producido en este nivel será el que mayor interés despierte en el investigador, y se proyecta directamente



Poema de Rafael Lapesa (1932). Original.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

en los manuscritos del productor, clasificados a través de la sección que en nuestro cuadro de clasificación hemos llamado “Obra de Creación”, aunque tiene una documentación abundantísima en la sección de “Documentación Laboral”.

Por otro lado muestra una visión detallada de la vida privada de su creador ofreciendo datos sobre la

faceta cotidiana y familiar del mismo. En este terreno es donde resalta la importancia de algunas series de la documentación del archivo, de las que hablaremos después, en concreto de las que conforman la sección de “Documentación Personal y Familiar”, aunque tiene estrechos vínculos con la sección de “Gestión de bienes”.

Otro nivel de información destacable es el que, partiendo de todo el entramado de conexiones con personajes, sucesos, etc., refleja la vida cultural de un tiempo y un espacio muy particulares. Como decíamos más arriba, nos referimos al periodo posterior a la guerra civil española, que pasa por la transición y llega a nuestros días (hay que tener en cuenta que de la primera etapa de la vida de Lapesa y de la que antecede a la guerra no hay tanta documentación, por causas diversas). En este segmento de la documentación podríamos destacar la sección de “Correspondencia”, en la que hay información valiosísima sobre la vida cultural y literaria de la segunda mitad del siglo xx.

Recapitulando: vemos que este legado ofrece tres tipos de perspectiva de investigación: una primera sería la personal, en cuanto que refleja el ámbito privado de una persona, al margen de su proyección social y cultural. De hecho, aunque este legado no contenga voluntariamente una formulación estrictamente autobiográfica del material o una reflexión consciente sobre este asunto, está plagado de pequeños textos autobiográficos redactados por su autor. La segunda perspectiva sería el propio archivo del productor, en el que destacarían los

documentos de tipo profesional y los de carácter creativo, que son los que dotan al fondo de su excepcionalidad. Por último el archivo ofrece una amplia panorámica de las actividades de un grupo de investigadores de categoría excepcional y nos mostraría el mundo en el que interactuaron todos estos personajes y Rafael Lapesa.

La documentación guardada en el archivo lapetano recorre un periodo amplio espacio temporal, desde la infancia de Lapesa (alrededor de 1916) hasta su fallecimiento en 2001, pero entre el material guardado hay algunos documentos mucho más antiguos, pertenecientes al año 1540 y otras fechas, estudiados para la tesis doctoral de Lapesa sobre el asturiano occidental. Como hemos visto, el grueso de la documentación gira alrededor de la labor docente de Lapesa y de las tareas de investigación desarrolladas, en el terreno lingüístico y de la historia de la literatura. Esta documentación se acrecentó con la producida en el ámbito de las numerosas actividades emprendidas por nuestro personaje durante su vida, tareas en el seno de la Real Academia Española, desde el año de su ingreso, en 1950, pero también las realizadas en el Seminario de Lexicografía, en el Centro de Estudios Históricos, en las diversas instituciones y asociaciones con las que colaboró, etc.

Rafael Lapesa nació en Valencia en 1908 y allí vivió hasta que a finales de 1916 su familia se trasladó a Madrid, lugar en el que transcurrió toda su vida hasta su muerte, con la excepción de los diversos periodos de permanencia en el extranjero.¹ Se educó en casa sus primeros años, pues su padre se dedica-

ba a la enseñanza al igual que sus hermanas mayores. Según sus propias palabras: “Mi vocación humanística arranca del ambiente familiar. Mi padre, licenciado en letras fue incansable fundador de colegios en Valencia y cercanías, en los que se reservaba la enseñanza de humanidades: Mis dos hermanas mayores estudiaban en la Escuela Normal del Magisterio y las dos intermedias entre ellas y yo –único varón– asistían a la escuela primaria dependiente de la normal... Como yo no tenía con quién jugar –los amigos vecinos iban a colegios– me entretenía en leer con avidez los libros que manejaban mis hermanas, tanto los manuales escolares como los de enseñanza media. Así los de historia sustituían a los cuentos infantiles.” (Archivo Rafael Lapesa)

Fue en Madrid donde realizó sus estudios de bachillerato y universitarios: el bachillerato en el instituto Cardenal Cisneros (1917-1923), y la enseñanza universitaria (1923-1927) en la Universidad de Madrid. A las clases universitarias, de latín, acudía por las tardes, al tener que compaginar los estudios con sus trabajos en la empresa de seguros “Los previsores del porvenir”.

En la universidad conoció a Pilar Lago, compañera primero y esposa después. De esta etapa se conservan numerosos cuadernos de apuntes de Pilar Lago, y sabemos que compartía los mismos con Rafael Lapesa: “Aparte de visitas a museos y del Apolo de

1. De estos periodos pasados fuera de España el investigador puede encontrar numerosos datos en el archivo, en la serie de notas autobiográficas mencionadas arriba.

Reinach, me fueron preciosa ayuda los apuntes tomados de la clase de don Andrés Ovejero por la más inteligente y bella compañera de clase, la que andando el tiempo habría de iluminar mi vida.” (Archivo de Rafael Lapesa) Más adelante dedica unas palabras a describir la enorme capacidad didáctica de A. Ovejero. En las notas dejadas por él se leen los datos de cómo pudo sustituir su ausencia de las clases para poder aprobar las asignaturas.

En el último año de su licenciatura se produce un encuentro decisivo: Américo Castro, que daba Historia de la lengua española “No sólo aprendimos fonética, morfología y sintaxis históricas y actuales, sino las novedades que estaban revolucionando la lingüística en aquellos entonces: la dialectología y la geografía lingüística, la reacción idealista de Croce y Vossler, la estilística naciente, y claro está, la relación entre la historia lingüística y la historia general...” (Archivo de Lapesa)

Don Américo fue quien le introdujo en el Centro de Estudios Históricos, en sustitución de Pedro Sánchez Sevilla, para trabajar en la elaboración de un glosario de las voces protorrománicas anteriores al siglo XII, que estaba proyectado como segundo tomo de los *Orígenes del español* de don Ramón Menéndez Pidal. En esta época Lapesa tenía 19 años.

Ganó las oposiciones a instituto (cátedra) en 1930 y en 1930-1931 dio sus primeras clases en la Universidad sustituyendo a Américo Castro en la asignatura de Historia de la lengua española. En el Centro de Estudios Históricos conoció a Dámaso Alonso, J. F. Montesinos, Salinas, Amado Alonso,

Tomás Navarro Tomás, etc. Con la mayoría de ellos mantuvo una profunda amistad, especialmente con Dámaso Alonso, de quien en el archivo hay abundante correspondencia.

Durante 1932 a 1936 fue profesor en el Instituto Calderón de la Barca de Madrid, y aquí coincidió con Antonio Machado. Los dos habían ido a parar allí en comisión de servicio. Lapesa en aquellos momentos era catedrático de instituto en Oviedo.

Después de la guerra civil estuvo en Oviedo y Salamanca para después desarrollar su labor como profesor universitario en la Universidad de Madrid, hasta su jubilación en 1978. El primer curso como catedrático en dicha universidad lo dio en el otoño de 1947 (había ganado la cátedra vacante de Américo Castro, por su exilio, animado por él mismo). Además estuvo en varias universidades norteamericanas: Princeton, Harvard, Yale, California, Puerto Rico, además de diversos periodos en Argentina, México, Puerto Rico, etc. Se dedicó a la docencia compaginándola con la investigación en el terreno de la filología, investigación fruto de la cual son sus obras: *Historia de la lengua española* (1942), *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés* (1948), *La trayectoria poética de Garcilaso* (1948), *La obra literaria del Marqués de Santillana* (1957), *Estudios de historia lingüística española* (1985), entre otras. Como resultado de sus trabajos ofreció numerosísimas conferencias y cursos en instituciones como el Instituto de España en Londres, el Instituto Italiano de Madrid, el Colegio de España en París, el Instituto de España en Munich, el Romanisches Seminar en



Libro-homenaje a Pilar Lago de Lapesa.
[Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.]

Frankfurt y Bonn, el Instituto de Estudios Hispánicos en París, las universidades de Murcia, Barcelona, Cincinnati, Ohio, Burdeos, Toulouse, por citar algunos. En cuanto a las universidades de verano, ofreció cursos en El Escorial, en Jaca...

Fue nombrado miembro de número de la Real Academia Española en 1950, e ingresa en 1954, siendo secretario de la misma entre 1964 y 1971. En 1987 fue director interino, tras la renuncia de Pedro Laín Entralgo. La colaboración con la Real Academia, sin embargo, había comenzado años atrás, en 1927, en el Seminario de Lexicografía, en la elaboración del *Diccionario Histórico de la Lengua Española*. Fue subdirector del Seminario entre 1950 y 1968 y director del mismo entre 1969 y 1981.

Sus trabajos en la Real Academia Española, en la dirección del *Diccionario Histórico de la Lengua Española* se prolongaron durante décadas. Desde el año 1960 hasta 1970 fue subdirector, junto a Julio Casares, director del mismo. En aquel momento como redactor jefe estaba Salvador Fernández Ramírez, que a partir de 1961 compartió dicha función con Samuel Gili Gaya. A partir de 1965 el director pasó a ser García de Diego y se añadió a Fernández Ramírez y Gili Gaya la colaboración como redactor específico de Alonso Zamora Vicente, que a partir de 1968 pasó a ser académico redactor. A partir de 1970 fue director del diccionario Lapesa. En 1984 pasaría a ser director honorario y Manuel Seco su director.

Fue miembro de la Real Academia de la Historia y de otras academias, institutos, asociaciones: miembro de honor de la MLA, de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, miembro de la Hispanic Society of America, miembro correspondiente de la Real Academia Gallega, de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, de la Academia Argentina de las Letras, de la Academia Nacional de Letras del Uruguay, de la Academia Paraguaya de la lengua, de la Academia de Artes y Letras de Puerto Rico, del Instituto de Estudios Asturianos, de la Institución Alfonso el Magnánimo y del Centro de Cultura Valenciana. Además fue nombrado Caballero de la Legión de Honor y de la Orden de Andrés Bello.

Si entre sus maestros se contaban Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Ramón Menéndez Pidal, o Andrés Ovejero, entre sus discípulos se encuentran estudiosos como Emilio Lorenzo, Alonso Zamora Vicente, Manuel Alvar, Gonzalo Sobejano, Diego Catalán, Manuel Seco, Eugenio de Bustos, Juan M. Lope Blanch, Diego Catalán, Ignacio Soldevila, Humberto López Morales, Luisa López Grijera, Luis López Molina, Maite Echenique, Alicia Yllera, Rafael Cano, Elias L. Rivers, Stephen Reckert, etc.

Toda esta dilatada trayectoria profesional y vital se traduce en miles de documentos, organizados en unas 215 cajas de archivo, y se distribuyen, siguiendo el cuadro de clasificación de la sección de Archivos personales de la Biblioteca Valenciana en las siguientes secciones y series:

1. Documentación personal y familiar
 - 1.1. Documentación civil
 - 1.1.1. Documentos de identidad
 - 1.1.2. Certificados
 - 1.2. Documentación Académica
 - 1.2.1. Diplomas, carnés
 - 1.2.2. Matrículas
 - 1.2.4. Certificados
 - 1.2.6. Apuntes de clase
 - 1.2.7. Doctorados *Honoris Causa*
 - 1.3. Documentación Asociativa
 - 1.3.1. Invitaciones
 - 1.3.2. Carnés de socio
 - 1.3.3. Recibos de cuotas
 - 1.3.4. Asociaciones
 - 1.4. Documentación Militar
 - 1.5. Documentación Legal y Judicial
 - 1.6. Recuerdos personales
 - 1.6.1. Felicitaciones navideñas
 - 1.6.2. Recuerdos de viajes
 - 1.6.3. Invitaciones y recordatorios
 - 1.6.4. Esquelas ajenas (noticias necrológicas ajenas)
 - 1.6.5. Curiosidades varias
 - 1.7. Reconocimientos y crítica
 - 1.7.1. Homenajes
 - 1.7.2. Premios y nombramientos
 - 1.7.3. Artículos sobre el personaje
 - 1.7.4. Adhesiones
 - 1.8. Documentación Familiar

- 2. Obra de creación
 - 2.1. Prosa
 - 2.1.1. Artículos
 - 2.2. Discursos, Conferencias, Congresos...
 - 2.3. Notas de trabajo
 - 2.4. Trabajos de investigación
 - 3. Documentación Laboral
 - 3.1. Documentación Profesional
 - 3.3. Docencia
 - 3.4. Cursos, Congresos y Conferencias
 - 3.5. Materiales de Trabajo
 - 3.6. Agendas y Direcciones
 - 3.7. Jubilación
 - 3.8. Colaboraciones con entidades diversas
 - 4. Documentación sobre Gestión de Bienes
 - 4.1. Documentación fiscal
 - 4.1.1. Declaraciones de la renta
 - 4.2. Documentación patrimonial
 - 4.2.1. Testamentaría
 - 4.3. Documentación bancaria
 - 4.3.1. Libretas bancarias
 - 4.3.2. Títulos bancarios
 - 4.4. Documentación contable
 - 4.4.1. Facturas
 - 4.4.2. Recibos
 - 4.4.2. Contratos
 - 4.4.4. Nóminas
 - 4.4.5. Suscripciones
 - 5. Correspondencia
 - 5.1. Correspondencia enviada
 - 5.2. Correspondencia recibida
 - 6. Documentación gráfica
 - 6.1. Fotografías
 - 6.2. Carteles
 - 6.3. Dibujos
 - 7. Documentación audiovisual
 - 7.2. Vídeos
 - 7.4. Casetes
 - 7.5. Microfilmes
 - 8. Objetos personales
 - 9. Varia
 - 9.1. Obra de creación ajena
 - 9.2. Recortes de prensa varios
 - 9.3. Correspondencia ajena
 - 9.4. Notas e impresos aparecidos en los libros de Lapesa
- En la sección de "Documentación Personal y Familiar" la documentación es muy variada: la hay de tipo civil, en especial referente a la estancia en los Estados Unidos de América: carnés, certificados, etc., de tipo académico que contiene la documentación



Rafael Lapesa con su sobrina Eloísa durante su estancia en Estocolmo.
[Colección particular.]

referida a la formación académica de Rafael Lapesa, con certificados, notas, cuadernos de apuntes. Hay documentación de tipo médico o militar, y un grupo de documentos incluidos en la serie de “Documentación legal y judicial” acerca de la depuración sufrida por Lapesa al final de la guerra civil. La serie de “Documentación Asociativa” ordena los documentos las numerosas entidades y asociaciones de las que formó parte Lapesa, entre ellas la Asociación Española

de Música de Cámara o la Asociación de Amigos del Museo del Prado, por nombrar algunas. En la serie de “Recuerdos Personales” destacan los numerosos prospectos y folletos guardados tras la asistencia a actos sociales y culturales. Un serie muy completa es la de “Reconocimientos y Crítica”, en la que se guardan algunas muestras de los homenajes recibidos por Lapesa, los premios que recibió (por ejemplo el Premio Príncipe de Asturias o la Medalla de Oro de

Bellas Artes), las adhesiones recibidas a determinados actos de homenaje y los artículos, reseñas y separatas generados por la publicación de su obra. Por último hay algunos documentos pertenecientes a algunos familiares de Lapesa, que se encuentran en la serie de "Documentación Personal y Familiar".

La sección más importante es la de "Obra de Creación", en la que se concentra el grueso de los trabajos elaborados por Rafael Lapesa. Contiene artículos, prólogos, discursos, lecciones para clases, libros, etc. Destacan las numerosísimas notas, tanto de lectura como de trabajo, recogidas a lo largo del tiempo. Podemos citar aquí los diversos manuscritos (autógrafos, mecanografiados, mixtos) tanto de los estudios de tipo histórico-literario, como de los lingüísticos. En el primer grupo están por ejemplo *Tres poetas ante la soledad*, *Apostillas a la Comedieta de Ponza*, *Más sobre atribuciones a Gutierre de Cetina*, por ejemplo. En el segundo grupo "Las formas verbales de segunda persona y los orígenes del voseo", "El artículo ante posesivo en castellano antiguo", "Sobre problemas y métodos de una sintaxis histórica", numerosos trabajos sobre el español de América, entre otros.

También están los escritos dedicados a colegas, maestros y amigos, la mayoría de ellos publicados en homenajes y revistas, de los que podemos citar los dedicados a Pedro Laín, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Dámaso Alonso, Samuel Gili Gaya, el Cardenal Tarancón, Amado Alonso, etc.

En cuanto a las notas mencionadas, todas están relacionadas con los estudios principales de Rafael Lapesa, los relacionados con el Marqués de

Santillana, Garcilaso de la Vega, Gutierre de Cetina, y por ende de la poesía de los siglos XIV y XV, Juan Ruiz, etc. También hay muchas notas de investigación sobre la poesía del siglo XX, y en especial sobre algunos poetas de la generación del 27. Otras de ellas se refieren a datos lingüísticos y filológicos, y hay un grupo de fichas importante para la elaboración del glosario del español medieval. Muchas de estas notas de investigación se proyectan en conferencias y cursos ofrecidos por Lapesa, además de la escritura de sus libros principales. La mayor parte de estas notas están guardadas en sobres en los que Lapesa indica la finalidad o utilidad de las notas, o el contenido de las mismas.

La sección de "Documentación Laboral" gira alrededor del trabajo como docente de Rafael Lapesa, tanto en institutos de segunda enseñanza como en diferentes universidades, españolas y del extranjero. Contiene información sobre la actividad docente de Lapesa, aquella de la que se sentía más orgulloso él mismo. Aquí hay documentación muy variada, tanto relativa a las actividades del propio Lapesa como a las de sus alumnos: tesinas, tesis doctorales, cursos de doctorado, clases, etc. Esta documentación se reparte en series entre las que está la "Documentación profesional", que contiene prospectos, folletos, dípticos, de la mayor parte de las actividades efectuadas por Lapesa en su vida laboral: cursos, conferencias, congresos u homenajes. En la serie de "Docencia" hay documentación del propio Lapesa y de los alumnos a los que enseñó y hay documentos relacionados con la participación en tesis y tesinas, cursos, evaluacio-

Amor”, “Fray Luis de León”, etc. Las separatas contienen también recortes de prensa y a veces notas del propio Lapesa intercaladas entre ellas. Hay que decir que en el archivo se han guardado las separatas en las que de alguna manera Lapesa intervino, agrupándolas por temas o por autor, y guardándolas de forma especial, en carpetillas, cajas de cartón u otros envoltorios, pero en la biblioteca del autor se guardan miles de ellas, acumuladas a lo largo de su vida.

La sección se completa con documentación relativa a las entidades con las que colaboró, por ejemplo la Real Academia Española, el Colegio Libre de Eméritos, Fundación de Estudios Sociológicos, además de los trabajos para el Comité de Estandarización de Nombres Geográficos, etc.

En la sección de “Gestión de Bienes”, hay una documentación muy completa de determinados aspectos de la economía familiar del matrimonio Lapesa. Merece la pena destacar el grupo de documentación que atestigua la generosidad y humanidad de nuestro filólogo. Lapesa ha consignado y guardado las cantidades destinadas a obras de caridad y actividades benéficas, y datos sobre las entidades con las que colaboró.

Dentro del archivo la sección de “Correspondencia” es, junto con la sección de “Obra de creación”, la más importante en cuanto al volumen de documentación y en cuanto a la calidad de los materiales que se guardan en ella. El volumen de misivas recibidas por Lapesa (que, teniendo en cuenta tanto las recibidas como las enviadas por él se acerca, más o menos a los 15000 documentos) se

corresponde con el vasto periodo cronológico que abarca, un periodo comprendido desde 1932 hasta el año del fallecimiento del productor en 2001. La mayor parte de la correspondencia empieza a recibirse en 1942, en concreto cartas o tarjetas postales de felicitación y enhorabuena por la aparición de su *Historia de la lengua española*. Antes de esta fecha no hay apenas cartas, debido con seguridad a los acontecimientos históricos de todos conocidos y es en el año 1946, ya finalizada la segunda guerra mundial, cuando empieza el grueso de la correspondencia. Toda esta documentación refleja la trayectoria humana, vital y profesional de Rafael Lapesa y muestra la importante labor de profesor y de filólogo que desarrolló a lo largo de tantos años y la resonancia que alcanzaron tanto en España como internacionalmente, sus libros y sus trabajos de investigación. Además en dicha sección de correspondencia se refleja el cariño, respeto y admiración que supo despertar a lo largo de los años en sus innumerables amigos, compañeros y alumnos, por su enorme humanidad. Hay que decir que de todo este epistolario se debería considerar a Pilar Lago, esposa de Rafael Lapesa, como su correceptora, pues la mayoría de las cartas la incluyen a ella también como destinataria de las misivas.

El esquema de clasificación de esta sección es muy sencillo. Siguiendo el cuadro de clasificación de la sección de Manuscritos y Archivos personales de la Biblioteca Valenciana se divide en dos series: Correspondencia enviada y Correspondencia recibida. Las cartas se han guardado siguiendo el principio

de procedencia documental, en el orden en que Lapesa lo hizo, en primer lugar siguiendo un orden cronológico, por año, y dentro de cada año, por el orden más lógico, el alfabético. En el caso de la correspondencia enviada, el archivo guarda la copia en papel de calco que Lapesa mismo recopiló. De las cartas originales se conservan únicamente muchas de las enviadas a su gran amigo Manuel García Blanco. De las cartas recibidas cabe destacar que Rafael Lapesa señalaba en muchas de ellas la fecha en que fueron contestadas y algunas apreciaciones sobre los asuntos tratados en ellas

Es necesario señalar la importancia de los corresponsales de Rafael Lapesa. En primer lugar, destacan sus maestros: Américo Castro, Tomás Navarro Tomás y Ramón Menéndez Pidal. Los amigos y colegas ocupan un amplio espacio entre las cartas recibidas: Manuel García Blanco, José Manuel Blecuá, Alonso Zamora Vicente, Dámaso Alonso, Carlos Clavería, Antonio Sánchez Barbudo, Salvador Fernández Ramírez, Samuel Gili Gaya, Antonio M^a Badia i Margarit, Fernando Lázaro Carreter, Amado Alonso, María Rosa Lida y Yakov Malkiel, Joan Coromines, Manuel Alvar, Emilio Alarcos Llorach, Ángel del Río, Jesús Manuel Alda Tesán, Antonio Tovar, Pedro Laín Entralgo, Álvaro Galmés, Diego Catalán, Manuel Muñoz Cortés, de entre los españoles. En cuanto a los foráneos: Raffaello Viola, Otis H. Green, James O. Crosby, David Kossof, Jean Sarrailh, etc. Si además de estos amigos, casi todos dedicados a la misma profesión que el receptor, unimos otros profesionales con los

que se carteaba Lapesa, la nómina de filólogos e historiadores de la literatura es impresionante. En cuanto a la temática de las cartas, podemos distinguir algunos grupos más definidos, como la correspondencia laboral, que contiene cartas de los institutos y universidades, tanto españoles como foráneos en los que se encontrase trabajando Lapesa, cartas en las que podríamos incluir las escritas por alumnos y por miembros de los diferentes departamentos, o bien las que se relacionan con las estancias en los cursos de verano que dictaba casi todos los años, entre ellos los ofrecidos en Jaca o Santander. Así mismo destaca la correspondencia profesional, relacionada con los trabajos que como filólogo e historiador de la literatura estuviese realizando, muchas de ellas escritas a colegas y amigos, correspondencia que se complementa con la editorial, muy abundante también en la sección. Además hay cartas de felicitación por la edición de libros y trabajos, por ejemplo las recibidas al salir a la calle las sucesivas ediciones de su *Historia de la Lengua española*, que despertó la adhesión y la admiración de innumerables lectores. También hay felicitaciones por sus nombramientos como académico de la Real Academia de la Lengua o de la Real Academia de la Historia. Se pueden mencionar también otro tipo de cartas: felicitaciones navideñas, invitaciones para participar en cursos, congresos, para colaborar en revistas y publicaciones, preguntas destinadas a encuestas, peticiones de colaboraciones en homenajes a colegas, peticiones de recomendación... Muchas veces son tan sólo saludos o recuerdos



Montaje fotográfico de Carmen Martín Gaité dedicado a Rafael Lapesa. [Colección particular.]

enviados para manifestar el cariño o la admiración. Toda este tipología se ve complementada con la correspondencia de tipo familiar, que dota a la sección de su componente más íntimo y personal.

En la sección de “Documentación Gráfica” hay fotografías de muchos de los maestros o amigos del productor del archivo, y hay que destacar aquellas en las que se ve a Rafael Lapesa acompañado de Pilar Lago, en numerosos actos públicos y algunas escenas familiares. Junto con las fotografías se guardan numerosos carteles de actos en los que actuó Lapesa y algún dibujo.

Hay una pequeña sección de “Documentación Audiovisual”, con videos, cassetes o microfilmes. En los videos se pueden ver las actuaciones de Lapesa en actos organizados por la Fundación de Estudios Sociológicos, por ejemplo. En uno de ellos se ve a Lapesa leyendo sus conferencias de “De cómo el castellano pasó a ser la lengua española”, “De la lengua española clásica a la actual”, “El español de España y el de América”. También existe la grabación de las palabras pronunciadas por Lapesa en el acto de investidura como Doctor *Honoris Causa* por la Universitat de València, en 1985.

Hay que mencionar la existencia, dentro del Archivo del subfondo de Pilar Lago Couceiro, que contiene documentación personal de Pilar Lago. Ocupa seis cajas de archivo y contiene documentación variada, desde documentos personales propiamente dichos hasta notas y escritos, y una sección de correspondencia personal que contiene información muy interesante sobre la época en que Pilar Lago

pasó en París, durante la cual se rompió una pierna, hecho mencionado en el librito dedicado a su memoria. Entre la documentación mencionada hay una serie de cuadernos de apuntes tomados por ella en las clases seguidas en la Universidad. Pero la presencia de Pilar Lago en el archivo va más allá de estas cajas, pues su presencia es constante en casi toda la secciones, entre otras cosas por su colaboración continua en los trabajos de su marido que se plasman en notas de su puño y letra entre las de Rafael Lapesa, cuadernillos de ella guardados entre los de Lapesa, etc.

Finalmente en la sección de “Varia” hay todo tipo de documentación: obras enviadas por amigos y discípulos, la mayor parte de las veces dedicada, recortes de prensa de interés personal para Lapesa y una serie de documentos aparecidos en los libros de la biblioteca de Lapesa de diverso interés: propaganda, folletos editoriales, todo tipo de impresos, etc.

El estado de la documentación, en cuanto a su conservación, plantea algunos problemas que solucionar antes de disponer en cada sección la documentación pues es una de las tareas primordiales para la correcta difusión del contenido de cualquier legado, y como su nombre indica para la futura pervivencia del mismo. En el archivo de Lapesa el estado de conservación de los documentos no plantea graves problemas, pero hay determinados aspectos de su sistema de escritura que podrían dificultarla. En concreto Lapesa reelaboraba sus trabajos una vez escritos e incluso editados, recortando y pegando fragmentos u hojas enteras sobre otros textos simila-

res. Con el paso del tiempo estos fragmentos pegados con papel adhesivo van cayéndose y si no se recuperan de forma correcta se corre el peligro de perder parte de la información que los textos contienen. Otras veces al guardar en sobres los trabajos, la intersección por la que permanecieron doblados tiende a borrarse, con lo cual estos documentos deben desdoblarse para ser guardados correctamente. Otras tareas han consistido en extraer elementos de unión como grapas o clips que con el paso del tiempo se oxidan y destruyen el documento. En el caso de nuestro archivo ha de hacerse con cuidado, pues Lapesa tendía a grapar notas diversas sobre diferentes hojas, y al extraerse las grapas, etc, se debe recuperar los datos que se pretendía relacionar. Sin embargo el archivo ha requerido pocas actuaciones por parte del departamento de restauración de la Biblioteca Valenciana.

La mayor parte de las tareas de ordenación y clasificación del material vienen facilitadas por la minuciosa clasificación de su propio archivo por parte de

Rafael Lapesa. No reviste dificultad la distribución de la documentación, en las diferentes series, pues la forma de guardar la documentación por Rafael Lapesa coincide en general con la clasificación establecida en la Biblioteca Valenciana. La documentación que pertenece a la sección de “Documentación Personal y Familiar” venía ella misma separada, sin confundirse con el resto de la documentación, lo mismo que el resto de las series. De esta forma el principio de procedencia no se rompe.

Las tareas de ordenación, inventariado y catalogación del archivo de Rafael Lapesa Melgar están en proceso de elaboración, siguiendo los parámetros de las reglas internacionales de descripción archivística (ISAD G) y aplicando por otro lado el cuadro de clasificación elaborado por la Biblioteca Valenciana. Su catalogación y difusión pondrá al alcance de los investigadores el legado de una persona que deja constancia en cada rincón de sus papeles de su profunda humanidad, de su enorme saber y de su dedicación constante a la difusión de nuestra literatura y nuestra cultura.

Rafael Lapesa Melgar
Valencia, 1908 - Madrid, 2001



A handwritten signature in black ink, which appears to read "Rafael Lapesa". The signature is written in a cursive, somewhat stylized script.

JUAN DE VALDÉS
LOGO DE LA LENGUA

Relación, estado y usos
por
RAFAEL LAPESA
Catedrático de Filología
PRIMERA EDICIÓN ILUSTRADA



HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

CELICER, S. L.
BUENOS AIRES
Editorial Espasa, S. A.
Cataluña, 150
CÁDIZ
Editorial Celis, S.
Valencia, 44 y 46

DECIR
MARQUÉS



tema: su última lección

Clavell, 1952, Mayo-Junio

Pocas veces se dará una unión tan perfecta de inteligencia y voluntad, de espíritu creador y generoso vitalidad. Alto, robusto, de una fuerza y completa. Por eso fue debilmente pensoso saber que lo iba a perder. El lo ignoró durante mucho tiempo, con esa calma que aparta a los enfermos de averiguar sus propios males. Después, aliviado pasajeramente, volvió a sentir en los días remata. Con todo, su progresivo decaimiento sobre Fray Luis de León como de cosas imposibles elaborar sus muchas notas para un curso inevitable que seudiese a...

LOS AUXILIARES, M...
TENCIA Y CAMBIO

INDICES
DE FORMA Y F...

de la pasion...
RESEÑA
15(1) 117

RAFAEL LAPESA
DE LA EDAD MEDIA
A NUESTROS DÍAS
DE HISTORIA LITERARIA

INTRODUCCION A LOS ESTUDIOS LITERARIOS



NARRATIVAS DE SANTILLANA

DO EL DÍA 21 DE MARZO DE 1954

RAFAEL LAPESA MELGAR

Y COMPTON DE ALONSO Sr. D. ALONSO



MADRID 1954

... al mundo de la erudición y al sentimiento fundamental de que...
... la búsqueda de un reciente aplicación de...
... la Edad de Oro. De los actuales, Juan...
... publicado uno que no ha tenido...
... estilo de Julio Verne, cuyo...
... centro sobre los dos primeros...
... de entramos a la primera...
... de la persona...
... la misma vez que...
... siendo Alonso define el...
... el mundo...
... de estos principios, deduciendo...
... de la estética...
... y equilibrio...
... extremo de...

SINTAXIS. GENERALIDADES

BERNABÉ, Alberto
Rosa Lorach E
Acta Ling...

LENGUA Y CULTURA HISTÓRICA
Hª de la Lingüística

Rafael Lapesa
La trayectoria
de Garcilaso
Alianza Universitaria



marqués de santillana

RAFAEL LAPESA *Flempas de mi Pílan*

DE BERCEO A JORGE GUILLÉN

ESTUDIOS LITERARIOS



RAFAEL LAPESA



VNIVERSITAT
D VALÈNCIA

GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE CULTURA I ESPORT

 *Biblioteca Valenciana*



Colabora:

